





POESIAS ESCOGIDAS

DE

D. JUAN MELENDEZ VALDES.

TOMO SEGUNDO.

EN VALENCIA

POR JOSÉ FERRER DE ORGA Y COMPAÑÍA.

AÑO 1811.

José del Carrillo

SILVAS.

Si te digna manet divini gloria ruris.

Virg.

SILVA I.

A LAS MUSAS.

Perdon, amables Musas; ya rendido
Vuelvo a implorar vuestro favor: el fuego
Gratas me dad con que cantaba un dia
Mis ansias de amor ciego,
O de la ninfa mia
Las dulces burlas, el desden fingido,
Y aquel huir para rendirse luego.
El entusiasmo ardiente
Dadme, en que ya pintaba
La florida beldad del fresco prado,
La calma ya en que el ánimo embargaba
El esquadron fulgente,
Que en la noche serena
El ancho cielo de diamantes llena;
Deslizándose en tanto fugitivas
Las horas, y la cándida mañana

Sembrando el paso de arrebol y grana
A Febo luminoso.
¡Ah Musas! ¡que gozoso
Las canciones festivas
De las aves siguiera,
Saludando su luz el labio mio!
Hora mirando el plateado rio
Sesgar ondisonante en la ladera,
Hora en la siesta ardiente,
Baxo la sombra hojosa
De algun árbol copado,
Al raudal puro de risueña fuente,
Gozando en paz el soplo regalado
Del manso viento en las volubles ramas.
Ni allí loca ambicion en peligrosos
Falaces sueños embriagó el deseo,
Ni sus voraces llamas
Sopló en el corazon el odio insano;
O en medio de desvelos congojosos
Insomne se azoró la vil codicia,
Cubriendo su oro con la yerta mano.

Miró el mas alto empleo
El alma sin envidia; los umbrales
Del magnate ignoró, y a la malicia
Jamas expuso su veraz franqueza.
De rústicos zagales
La inocente llaneza
Y sus sencillos juegos y alegría,
De cuidados exênto
Venturoso gozé, y el alma mia
Entró a la parte en su hermanal contento.
La hermosa juventud me sonreia,
Y de fugaces flores
Ornaba entónces mis tranquilas sienes,
Miéntra el ardiente Baco me brindaba
Con sus dulces favores;
Y de natura al maternal acento
El corazon sensible,
En calma bonancible,
Y en comun gozo y en comunes bienes
De eterna bienandanza me saciaba.
¡Dias alegres, de esperanza henchidos

De ventura inmortal! ¡amables juegos
De la niñez! ¡memoria,
Grata memoria de los dulces fuegos
De amor! ¿donde sois idos?
¿Decidme, Musas, quien ajó su gloria?
Huyó niñez con ignorado vuelo,
Y en él abismo hundió de lo pasado
El risueño placer. ¡Desventurado!
En ruego inútil importuno al cielo,
Y que torne le imploro
La amable inexperiencia, la alegría,
El ingenuo candor, la paz dichosa,
Que ornáron ¡ay! mi primavera hermosa;
Mas nada alcanzo con mi amargo lloro.
La edad, la triste edad del alma mia
Lanzó tan hechicera
Magia, y a mil cuidados
Me condenó por siempre en faz severa.
Crudo decreto de malignos hados
Dióme de Témis la inflexíble vara;
Y que mi blando pecho

Los yerros castigara
Del delinqüente, pero hermano mio,
Astrea me ordenó: mi alegre frente
De torvo ceño obscureció inclemente,
Y de lúgubres ropas me vistiera.
Yo mudo, mas deshecho
En llanto triste, su decreto impio
Obedecí temblando;
Y subí al solio, y de la acerba diosa
Las leyes pronuncié con voz medrosa.
¡O! ¡quien entónces el poder tuviera,
Musas, de resistir! ¡quien me volviese
Mi obscura medianía,
El deleyte, el reir, el ocio blando,
Que imprudente perdí! ¡quien convirtiese
Mi toga en un pellico, la armonía
Tornando á mi rabel, con que sonaba
En las vegas de OTEA (*)

(*) Sitio ameno muy inmediato a Salamanca.

De mis floridos años los ardores,
Y de Arcadio la voz le acompañaba
Baylando en torno alegres los pastores!
El que insano desea
El encumbrado puesto,
Goze en buen hora su esplendor funesto.
Yo viva humilde, obscuro,
De envidia vil, de adulacion seguro,
Entre el pellico y el honroso arado.
Y de fáciles bienes abastado,
En salud firme el cuerpo, sana el alma
De pasiones fatales,
Entre otros mis iguales,
En recíproco amor, entre oficiosos
Consuelos feliz muera
En venturosa calma,
Mi honrada probidad dexando al suelo,
Sin que otro nombre en rótulos pomposos
Mi losa al tiempo guarde lisonjera.
Pero ¡ay Musas! que el cielo
Por siempre me cerró la florecida

Senda del bien, y a la cadena dura
De insoportable obligacion atando
Mi congojada vida,
Alguna vez llorando
Puedo solo engañar mi desventura
Con vuestra voz y mágicos encantos.
Alguna vez en el silencio amigo
De la noche callada
Puedo en sentidos cantos
Adormir mi dolor, y al crudo cielo
Hago de ellos testigo,
Y en las memorias de mis dichas velo.
Musas, alguna vez; pues luego ayrada
Témis me increpa, y de pavor temblando
Callo, y su imperio irresistible sigo,
Su augusto trono en lágrimas bañando.
Musas, amables Musas, de mis penas
Benignas os doled: vuestra armonía
Temple el son de las bárbaras cadenas,
Que arrastro miserable noche y dia.

SILVA II.

AL CÉFIRO

DURMIENDO CLÓRIS.

Bate las sueltas alas amorosas,
Cefirillo süave, silencioso;
No de mi Clori el sueño regalado
Ofendas importuno: al fresco prado
Tórnate y a las rosas,
Tórnate, cefirillo bullicioso,
Y de su cáliz goza y sus olores.
A mi Clori perdona, tus favores,
Tu lisonjero aliento le escasea;
Y huye léjos del labio adormecido.
No agravies, no, atrevido
Su reposo felice,
Que Amor quizá en su idea
Me retrata esta vez, quizá le ofrece
Mi fe pura y le dice:

Duélete, o desdeñosa,
De tan fina pasion, y con su fuego
Su tímida modestia desvanece;
Tornándola sensible y cariñosa.
¡O! ¡mi ventura no interrumpas ciego!
Yo no sé que gozoso
Me anuncia el corazon al contemplarla.
Déxame ser en sueños venturoso,
Y escapa léjos a jugar al prado,
O respetoso pósate a su lado.
Empero ya travieso por besarla
Una rosa doblaste,
Y vivaz en sus hojas te ocultaste.
De nuevo tornas y la rosa inclinas,
Y con vuelo festivo,
Bullicioso y lascivo
La meces, y a su pecho te avecinas.
¡O! ¡que mi ardor provocas
Cada vez que lo tocas!
¡O! ¡que tal vez ese cogollo esconde
Letal punzante espina, que su nieve

Hiera con golpe aleve!
Cesa, y benigno a mi rogar responde:
Cesa, céfiro manso,
Y siga Clori en plácido descanso.
Cesa, y a tu deseo
Corresponda tu ninfa agradecida
En fácil himeneo.
O nuncio del verano deleytoso,
Tú que en móviles alas vagaroso,
De las flores galan, del prado vida,
Vas dulce susurrando,
Con delicado soplo derramando
Mil fragrantes esencias, ¡ay! no toques
Esta vez a mi Clori; no provoques,
Cefirillo atrevido,
Con tu aroma su aliento:
Guarda, que Amor con ella se ha dormido.
Mas ¡ay! con que contento
Parece que se rie y que me llama.
Su boca se despliega
Y su semblante celestial se inflama,

Como la rosa pura,
Que bañada en aljófares florece
Emulando del alba la hermosura.
Llega festivo, llega
A sus párpados bellos,
Y con ala traviesa cariñoso
Asentándote en ellos
Apacible los mece,
Que otra vez rie y su alegría crece.
¡Ay! agítala, llega y tan dichoso
Momento no perdamos, cefirillo,
Que Amor me llama y su favor me envia:
Acorre, vuela, y tu fugaz soplillo
Ayude al logro de la dicha mia.

SILVA III.

LAS FLORES.

Naced, vistosas flores,
Ornad el suelo, que lloró desnudo
So el cetro helado del invierno rudo,
Con los vivos colores,
En que matiza vuestro fresco seno
Rica naturaleza.
Ya rie mayo, y céfiro sereno
Con deliciosos besos solicita
Vuestra sin par belleza,
Y el rudo broche a los capullos quita.
Pareced, pareced, o del verano
Hijas y la alma Flora,
Y al nacarado llanto de la aurora
Abrid el cáliz virginal: ya siento,
Ya siento en vuestro aroma soberano,
Divinas flores, empapado el viento;

Y aspira la nariz y el pecho alienta
Los ámbares que el prado les presenta
Do quiéra liberal. ¡O! ¡ que infinita
Profusion de colores
La embebecida vista solicita!
¡ Que magia ! ¡ que primores
De subido matiz, que anhela en vano
Al lienzo trasladar pincel liviano !
Con el arte natura
A formaros en una concurriéron,
Galanas flores, y a la par os diéron
Sus gracias y hermosura.
Mas ¡ ah ! que acaso un dia
Acaba tan pomposa lozania,
Imágen cierta de la suerte humana.
Empero mas dichosas,
Si os roba, flores, el ferviente estío,
Mayo os levanta del sepulcro umbrío,
Y a brillar otra vez naceis hermosas.
Así, o jazmin, tu nieve
Ya a lucir torna aunque en espacio breve

Entre el verde agradable de tus ramas,
Y con tu olor subido
Parece que amoroso
A las zagalas que te corten clamas,
Para enlazar sus sienes venturoso.
Miéntra el clavel en púrpura teñido
En el flexîble vástago se mece,
Y oficioso desvelo a la belleza,
A Flora y al Amor un trono ofrece
En su globo encendido,
Hasta que trasladado
A algun pecho nevado,
Mustio sobre él desmaya la cabeza
Y el cercò encoge de su pompa hojosa,
Y la humilde violeta, vergonzosa
Por los valles perdida
Su modesta beldad cela encogida;
Mas el ámbar fragrante
Que le roba fugaz mil vueltas dando
El aura susurrante,
En él sus vagas alas empapando,

Descubre fiel do esconde su belleza.
Orgulloso levanta la cabeza
Y la vista arrebata
Entre el vulgo de flores olorosas
El tulipan, honor de los vergeles;
Y en galas emulando a los claveles,
Con faxas mil vistosas
De su viva escarlata
Recama la riquísima librea.
Pero ¡ah! que en mano avara le escasea
Cruda Flora su encienso delicioso,
Y solo así a la vista luce hermoso.
No tú, azucena virginal, vestida
Del manto de inocencia en nieve pura
Y el cáliz de oro fino recamado;
No tú, que en el aroma mas preciado
Bañando tu hermosura,
A par los ojos y el sentido encantas,
De los toques mecida
De mil lindos Amores,
Que vivaces codician tus favores,

¡O como entre sus brazos te levantas!
¡Como brilla del sol al rayo ardiente
Tu corona esplendente!
¡Y qual en torno cariñosas vuelan
Cien mariposas, y en besarte anhelan!
Tuyo, tuyo seria,
O azucena, el imperio sin la rosa,
De Flora honor, delicia del verano,
Que en fugaz plazo de belleza breve
Su cáliz abre al apuntar el dia,
Y en púrpura bañada el soberano
Cerco levanta de la frente hermosa.
Su aljófar nacarado el alba llueve
En su seno divino;
Febo la enciende con benigna llama,
Y le dió Citerea
Su sangre celestial, quando afligida
Del bello Adónis la espirante vida,
Que en débil voz la llama,
Quiso acorrer; y del fatal espino
Ofendida ¡o dolor! la planta bella

De púrpura tiñó la infeliz huella.
Codíciala Cupido
Entre las flores por la mas preciada,
Y la nupcial guirnalda que ciñera
Á su Phíquis amada,
De rosas fué de su pensil de Gnido;
Y el tálamo feliz tambien de rosa,
Donde triunfó y gozó, quando abrasado
En su llama dichosa
Tierno exclamó en sus brazos desmayado:
Hoy, bella Phíquis, por la vez primera
Siento que el Dios de las delicias era.
¡O reyna de las flores!
¡Gloria del mayo! ¡venturoso fruto
Del llanto de la aurora!
Salve ¡rosa divina!
Salve, y ve, llega á mi gentil pastora
A rendirle el tributo
De tus suaves odores,
Y humilde a su beldad la frente inclina.
Salve ¡divina rosa!

Salve, y dexa que viéndote en su pecho
Morar ufana, y por su nieve pura
Tus frescas hojas derramar segura,
Loco envidie tu suerte venturosa,
Y anhele en ti trocado
Sobre él morir en ámbares deshecho:
Me aspirará su labio regalado.

SILVA IV.

EL SUEÑO.

¿Por que en tanta alegría
Se inunda mi semblante
Y enagenado el ánimo se goza?
Curiosa me demandas, Fili mia.
Hállote, y al instante
Mi corazon palpita y se alboroza,
Y rio si te miro,
Y no de pena, de placer suspiro.

Un sueño, un sueño solo mi contento
Causa, Fili adorada;
Óyelo y goza el júbilo que siento.
En la fresca enramada,
Qual solemos triscando
Y riendo y burlando,
Soñé feliz que estábamos un dia.
De lindas flores a tu sien texia
Y amaranto oloroso
Yo una guirnalda bella;
Mas tú, quando oficioso
Ceñírtela intenté, me la robaste;
Y una cinta con ella
Flexîble haciendo, blandamente ataste
Mis dos manos. Estrecha, Fili, estrecha,
Dixe, el nudo primero,
Y otro y otro me echa,
Que a gloria tengo el ser tu prisionero.
Luego viendo una rosa
En medio el valle descollar hermosa
Sobre todas las flores,

De los besos del céfiro halagada,
A cortarla corrí. ¡Flor venturosa,
Le dixe, el lácteo seno de mi amada
De tu frescura goze y tus olores!
Y en él la puse lleno de ternura.
Mi rosa pareció mas encendida
Y su nieve mas pura
Contrapuesta a la púrpura subida.
Tú al punto la tomaste,
Y no sin vanidad ¡ay! la llegaste
Al carmin vivo de tus labios bellos,
Y besándola de ellos
A los mios riyendo la pasaras.
El alma toda apénas los tocaras,
El alma toda a recoger tu beso
Sobre la rosa se lanzó anhelante,
Y por uno sin seso
Su tierno cáliz te torné abrasado
Con mil y mil en mi pasion amante.
En tales burlas por el fresco prado
Vagando alegres fuimos,

Cantando mil tonadas,
O remedando en voces acordadas
Ya el trino delicado a los xilgueros,
Ya el plácido balar de los corderos.
Quando a Lícidas vimos
Que a nosotros venia,
Qual suele en torva faz, osc o y zeloso:
Nublóse tu alegría,
Bien como flor cortada
Cuya mustia beldad cae desmayada;
Y con labio medroso,
Huyamos, me dixiste:
¿Zagal tan necio y tan odioso viste?
Yo te idolatro, y quiere
Que oyga su amor y alivie su cuidado;
Y así me sigue qual si sombra fuera.
¡Ay zagal! aquí estas; en vano espera:
Y fiel mi mano al corazon llevaste.
Sobre él la puse, y fino palpitaba,
Y el mio de placer mil vuelcos daba.
Así en trisca inocente

Sin sentirlo llegamos a la fuente,
Que en torno enrama el álamo pomposo.
Aquí evitemos la abrasada siesta,
Dixiste, pues a plácido reposo
Su sombra brinda y brinda la floresta;
Y te asentaste en la mullida grama.
Yo me senté a tu lado,
Y en torno se derrama
Con el tuyo paciendo mi ganado
Por la fresca pradera.
El albo vellocino a la cordera,
Que en grato don por el rabel me diste,
A rizar oficiosa te pusiste,
Y yo en tanto escribia
Tu nombre venturoso
En la lisa corteza,
Y así apenado al álamo decia:
Crece, tronco dichoso,
Crece, y el nombre de mi Fili amada
Crezca a la par contigo,
Y a par tambien su amor y su firmeza;

Y sé a los cielos de mi fe testigo.
De hoy mas por los pastores
Se escogerá tu sombra regalada,
Quando traten en pláticas de amores,
O al viento envien sus dolientes quejas.
Sus inocentes danzas
Tendrán en ti las lindas zagalejas,
Y anidarán los dulces ruiseñores.
Ni sufrirás del tiempo las mudanzas
De tus sonantes hojas despojado,
Ya con su nombre a Fili consagrado.
Tú que fina escuchaste
Mi apasionado ruego,
Cariñosa tomaste
La aguda punta, y escribiste luego
Tras FILI. DE. DAMON., y por adorno
De mírto una lazada
Que los dos nombres estrechaba en torno;
Y tierna me miraste: ¡o que mirada!
De ella alentado mis felices brazos
A tu cuello de nieve

Lanzándose amorosos......Un ruido
Suena a la espalda y la enramada mueve,
Tú esquiva evitas los ardientes lazos;
Yo miro ayrado, y Lícida escondido
Torvo acechaba nuestra dulce llama.
Su odiosa vista en cólera me inflama,
Detiéneme tu brazo cariñoso;
Lícidas huye con fugaz carrera;
Despierto, y en mi sueño venturoso
Fué FILI DE DAMON tu voz postrera.

SILVA V.

LOS RECUERDOS TRISTES.

¡Ah Clori! se anubláron
Los dias del placer: nuestra ventura
Pasó, pasó dexando en la memoria
Recuerdos y amargura.
Sombra fugaz voláron

Las horas fugitivas de mi gloria,
Muy mas que el ave que ni rastro dexa
Quando hasta el cielo rápida se aleja.
Vuelvo atras, y el deseo
Engañador te finge qual un dia
Nos viera Amor, de sus ardientes flechas
Nuestras dos almas para en uno hechas
Gozándose llagadas, retirados
Del comercio importuno,
Y a su imperio feliz abandonados;
Ya en la alameda hojosa en el recreo
De un paseo inocente,
Ya en tu albergue glorioso, do ninguno,
Triste censor de nuestras ansias puras,
Ni tus palabras mágicas oia,
Ni de mi loca lengua las ternuras,
Ni los suspiros de mi amor ferviente.
Solo el cielo nos viera
Y sus puras antorchas rutilantes,
Y al cielo enagenado yo pedia,
Que en sus claras mansiones

Mis votos y tus votos recibiera;
Y en mis brazos amantes
Mas fino te estrechaba,
Y así testigos mi delirio hacia
De mi inmensa ventura,
Ya la lumbre de amor, ya los triones,
Miéntra ardia y gozaba,
Y tornaba a gozar y mas ardia.
¿Te acuerdas, adorada, la ternura
Con que anublando ya la imágen triste
De mi ausencia el placer, tú me dixiste:
¡O importuno! olvidemos
Momento tan fatal: hora gozemos,
¿Gozemos otra vez? ¡Ah! ¿que se hiciera
De aquella noche, en que el desden rendido
Prorumpiste llorando: eres querido;
Tuya soy, tuya? ¡O noche! si olvidarme
De ti puedo, mi pecho al gozo muera;
Clori dexe de amarme.
Divididos apénas
Del blondo estío en los ardientes dias,

Si el trance se llegaba
De alejarme de ti, ¡qual te afligias!
¡Como yo me apartaba! ¡ay horas, llenas,
Horas, llenas de gloria y de ventura!
¡Horas, que en vano detener procura
Mi insano amor! ¿do estais? ¿o que se ha hecho
De aquel hallarme a su adorable lado
Y a sus plantas postrado,
En ansias mil deshecho?
Ya embriagado el oido
En su voz celestial que el alma eleva
Y do le agrada extática la lleva;
Ya ciego, sin sentido
A los rayos lumbrosos
De sus ojuelos vivos, cariñosos;
Ya plácido gozando la alegría
De su amable semblante,
Do reynan sencillez y cortesía
Y angélica inocencia; el albo seno,
De honestidad y de ternura lleno,
Baxo la sutil gasa palpitante,

Miéntras furtivo mi mirar seguia
Su movimiento blando,
Mi fiel imágen dentro contemplando.
Clori, esta imágen indeleble sea,
A pesar de la suerte
Que agostará nuestro florido suelo.
Idólatra en tu fe, constante vea
Arder hasta la muerte
La fiel llama que en ti me envidia el cielo.
O si débil acaso..... Clori mia,
Sin que dexes de amarme,
En tus brazos iluso en mi alegría
Hoy acabe, si un dia has de olvidarme.

SILVA VI.

EL LECHO DE FÍLIS.

¿Do me conduce Amor? ¿do inadvertido,
En soñadas venturas embebido
Llegué con planta osada?
Esta es la alcoba de mi Fili amada.
Aquel su lecho, aquel, allí reposa:
Allí su cuerpo delicado hermoso
En blanda paz se entrega
Al sueño mas süave: esta dichosa
Olanda la recibe. Llega, llega
Con paso respetoso,
O deseo feliz, llega y suspira
Sobre el lecho de Fili, y silencioso,
Si en él descansa, al punto te retira.
Retírate, no acaso a despertarla
En tu ardor impaciente
Te atrevas por tu mal: huye prudente,

Huye de riesgo tal, y ni a mirarla
Pararte quieras por estar dormida,
Que aun corre riesgo, si la ves, tu vida.
Pero solo está el lecho: ¡afortunado
Lecho, salve mil veces,
Pues que gozar mereces
De su esquiva beldad! ¡salve, nevado
Lecho, y consiente que mi fina boca
La olanda estreche, que felice toca
Los miembros bellos de mi Fili amada!
Su huella señalada
En ti, lecho felice,
Aquí posó dormida
La rubia frente, a mi deseo dice;
Allí tendió hácia ti su brazo hermoso
Del delirio de un sueño conmovida,
Y aquí asentó su seno delicioso.
¡O salve veces mil, y el atrevido
Tiempo no te consuma,
Dichoso lecho, del Amor mullido!
Siempre en torno de ti las Gracias velen.

Los sueños lisonjeros,
Quando mi Fili tu süave pluma
Busque, sobre ella cariñosos vuelen:
En sus alas los céfiros ligeros
Todo el ámbar le ofrezcan de las flores,
Y mi forma tomando
El placer, en su seno mil ardores,
Gozos mil mueva, su desden domando.
¡Salve, lecho feliz, que solo sabes
Misterios tan süaves!
Tú, si su seno cándido palpita,
Le sientes palpitar; tú, si se queja,
Tú, si el placer la agita
Y embriagada le dexa
Fingirse mil venturas,
Todo lo entiendes, lecho regalado,
Todo lo entiendes con envidia mia.
Sus ansias, sus ternuras,
Sus gozos, sus desvelos,
Su tímida modestia, sus rezelos,
En el silencio de la noche amado

Patentes à ti solo, con el dia
Para mí desparecen,
Y qual la niebla al sol se desvanecen.
¡O lecho, feliz lecho, qual suspiro
Quando tu suerte y mis zozobras miro!
Si en ti el reposo habita,
¿De do, lecho feliz, viene la llama
Que en delicias me inflama?
¿La grata turbacion que el pecho agita?
¡Ah lecho afortunado!
Tú de mi bien recibes
El llanto aljofarado,
Si lastimada llora: tú percibes,
Tú solo en sus amores confidente,
Su delicada voz. ¿Mis ansias siente?
¿Se angustia como yo? ¿teme? ¿rezela?
¿Duda, si en verla tardo, y se desvela?
¡Ay! tú lo sabes: dímelo te ruego,
Y templa de una vez mi temor ciego.
Témplalo, dulce lecho...... Así decia
El ardiente Damon, sin que pensase

Que Fílis le atendia
A otra parte del lecho retirada.
La bella zagaleja lastimada
De que tanto penase,
Salió presta de donde se escondia.
Damon se turba, y Fílis cariñosa
Se rie dulcemente y le asegura,
Mudando la serrana desdeñosa
Su rigor desde entónces en blandura.

SILVA VII.

MI VUELTA AL CAMPO.

Ya vuelvo a ti, pacífico retiro,
Altas colinas, valle silencioso,
Término a mis deseos,
Faustos me recibid: dadme el reposo;
Por qué en vano suspiro
Entre el tumulto y tristes devaneos

De la corte engañosa.
Con vuestra sombra amiga
Mi inocencia cubrid, y en paz dichosa
Dadme esperar el golpe doloroso
De la parca enemiga,
Que lento alcanze a mi vejez cansada,
Qual de otoño templado
En deleytosa tarde desmayada
Huye su luz del cárdeno occidente
El rubio sol con paso sosegado.
¡O! ¡como, vegas plácidas, ya siente
Vuestro influxo feliz el alma mia!
Os tengo, os gozaré; con libre planta
Discurriré por vos: veré la aurora,
Bañada en perlas que riendo llora,
Purpúrea abrir la puerta al nuevo dia,
Su dudoso esplendor vago esmaltando
Del monte que a las nubes se adelanta,
La opuesta negra cumbre.
Del sol naciente la benigna lumbre
Veré alentar, vivificar el suelo,

Que en nublosos vapores
Adormeciera de la noche el hielo.
Del aura matinal el soplo blando,
De vida henchido y olorosas flores,
Aspiraré gozoso.
El himno de alborada bullicioso
Oiré a las sueltas aves,
Extático en sus cánticos süaves,
Y mi vista encantada,
Libre vagando en inquietud curiosa
Por la inmensa llanada,
Aquí verá los fértiles sembrados
Ceder en ondas fáciles al viento,
De sus plácidas alas regalados:
Sobre la esteva honrada
Allí cantar al arador contento
En la esperanza de la mies futura:
Alegre en su inocencia y su ventura
Mas allá un pastorcillo,
Lento guiar sus cándidas corderas
A las frescas praderas,

Tañendo el concertado caramillo:
Y el rio ondisonante,
Entre copados árboles torciendo,
Engañar en su fuga circulante
Los ojos que sus pasos van siguiendo,
Lento aquí sobre un lecho de verdura,
Allí celando su corriente pura;
Cerrando el horizonte
El bosque impenetrable y arduo monte.
¡O vida! ¡o bienhadada
Situacion! ¡o mortales
Desdeñados y obscuros! ¡o ignorada
Felicidad, alivio de mis males!
¡Quando por siempre en vuestro dulce abrigo
Los graves hierros, que aherrojada siente
El alma, romperá! ¡quando el amigo
De la naturaleza
Fixará en medio de ella su morada,
Para admirar contino su belleza,
Y celebrarla en su entusiasmo ardiente!
Otros gustos entónce, otros cuidados

Mas gratos llenarán mis faustos dias:
De mis rústicas manos cultivados
Los campos que labráron mis abuelos,
Las esperanzas mias
Colmarán: y mis próvidos desvelos.
Mi huerta abandonada,
Que apénas hora del colono siente
En su seno la azada,
De hortaliza sabrosa
Verá poblar sus niveladas eras.
Mi mano diligente
Apoyará oficiosa
Ya el vástago a la vid, ya la caida
Rama al frutal, que al paladar convida
Doblada al peso de doradas peras.
Veráme mi ganado
A su salud atento
Solícito contarle, quando lento
Torna al redil de su pacer sabroso.
O en ocio afortunado,
Miéntra su ardiente faz el sol inclina,

Solitario filósofo el umbroso
Bosque en la mano un libro discurriendo,
Llenar mi pecho de tu luz divina,
Angélica verdad, las celestiales
Sagradas voces respetoso oyendo,
Que en himnos inmortales,
En medio de las selvas silenciosas,
Do segura reposas,
A sencillo mortal para consuelo
Tal vez dictaste del lloroso suelo.
De las aves el trino melodioso
Allí mi dulce voz despertaría,
Y armónica a las suyas se uniria
Cantando solo el campo y mi ventura.
Allí del campo hablara
Con el pobre colono, y en las penas
De su estado afanoso
Con blandas voces de consuelo llenas
Humano le alentara.
O bien sentado a la corriente pura,
Viva, fresca, esplendente,

Del plácido arroyuelo bullicioso,
Que entre guijuelas huye fugitivo,
Si del vicio tal vez la imágen fiera
Mi memoria afligiera,
El ánimo doliente
Se conhortara en su dolor esquivo;
Y en sus rápidas linfas contemplando
De la vida fugaz el presto vuelo,
Calmara el triste anhelo
De la loca ambicion y ciego mando.
Imágen, o arroyuelo,
Del tiempo volador y de la nada
De nuestras alegrías,
Una de otra apremiada
Tus ondas al nacer se desvanecen,
Y en rando curso en el vecino rio
Tu nombre y tus cristales desparecen.
Así se abisman nuestros breves dias
En la noche del tiempo: así la gloria,
El alto poderío,
La ominosa riqueza

Y lumbre de belleza,
Do ciega corre juventud liviana,
Pasan qual sombra vana,
Solo dolor dexando en la memoria.
¡O! ¡quantas veces mi azorada mente
En tu márgen florida,
Contemplando tu rápida corriente,
Lloró el destino de mi frágil vida!
¡Quantas en paz sabrosa
Interrumpí tu plácido ruido
Con mi voz, o arroyuelo, dolorosa,
Y en dulces pensamientos embebido,
A tu corriente pura
Las lágrimas mezclé de mi ternura!
¡Quantas, quantas me viste
Querer de ti apenado separarme,
Y moviendo la planta perezosa,
Cien veces revolver la vista triste
Hácia ti al alejarme,
Oyendo tu murmullo regalado,
Y exclamar conmovido

Con balbuciente acento:
Aquí moran la dicha y el contento!
¡O campo! ¡o grato olvido!
¡O libertad feliz! ¡o afortunado
El que por ti de léjos no suspira;
Mas trocando tu plácida llaneza
Por la odiosa grandeza,
Por siempre a tu sagrado se retira!
¡Afortunado, el que en humilde choza
Mora en los campos y en seguir se goza
Los rústicos trabajos, compañeros
De virtud e inocencia,
Y salvar logra con feliz prudencia
Del mar su barca y huracanes fieros!

SONETOS.

AL SR. D. GASPAR DE JOVELLANOS,

DEL CONSEJO DE S. M. OIDOR EN LA REAL AUDIENCIA DE SEVILLA. (*)

Las blandas quejas de mi dulce lira,
Mil lágrimas, suspiros y dolores
Me agrada renovar, pues sus rigores
Piadoso el cielo por mi bien retira.
El dichoso zagal que tierno admira
Su linda zagaleja entre las flores,
Y de su llama goza y sus favores,
Alegre cante lo que Amor le inspira.
Yo llore solo de mi Fili ayrada
El altivo desden con triste canto,
Que el eco lleve al mayoral Jovino,
Alternando con cítara dorada,
Ya en tierno verso, o dolorido llanto,
Las dulces ansias de un amor divino.

(*) El autor dedicó estos sonetos a su amigo el año de 1776, a excepcion de quatro añadidos en esta edicion.

SONETO I.

EL DESPECHO.

Los ojos tristes, de llorar cansados,
Alzando al cielo su clemencia imploro;
Mas vuelven luego al encendido lloro,
Que el grave peso no los sufre alzados.

Mil dolorosos ayes desdeñados
Son ¡ay! tras esto de la luz que adoro;
Y ni me alivia el dia, ni mejoro
Con la callada noche mis cuidados.

Huyo a la soledad, y va conmigo
Oculto el mal, y nada me recrea;
En la ciudad en lágrimas me anego.

Aborrezco mi ser, y aunque maldigo
La vida, temo que la muerte aun sea
Remedio débil para tanto fuego.

SONETO II.

EL PRONÓSTICO.

No en vano, desdeñosa, su luz pura
Ha el cielo a tus ojuelos trasladado,
Y ornó de oro el cabello ensortijado,
Y dió a tu frente gr[illegible]
Esa encendida boca c[illegible]
Suspirará: tu seno regalado
De blando fuego bullirá agitado,
Y el rostro volverás con mas dulzura.
Tirsi, el felice Tirsi tus favores
Cogerá, altiva Clori, su deseo
Coronando en el tálamo dichoso.
Los Cupidillos verterán mil flores,
Llamando en suaves himnos a Himeneo,
Y Amor su beso le dará gozoso.

SONETO III.

EL PENSAMIENTO.

Qual suele abeja inquieta revolando
Por florido pensil entre mil rosas,
Hasta venir a hallar las mas hermosas,
Andar con dulce trompa susurrando;
Mas luego que las ve con vuelo blando
Baxa y bate las alas vagarosas,
Y en medio de sus hojas olorosas
El delicado aroma está gozando:
Asi, mi bien, el pensamiento mio
Con dichosa zozobra por hallarte
Vagaba de amor libre por el suelo.
Pero te vi, rendíme, y mi albedrío
Abrasado en tu luz goza al mirarte
Gracias que envidia de tu rostro el cielo.

SONETO IV.

LAS ARTES DEL AMOR.

Quiso el Amor que el corazon helado
De Nise ardiese, y le lanzó una flecha;
Mas dió al punto a sus pies mil partes hecha
Contra su seno de pudor murado.
Solicítala en oro transformado,
Y al vil metal con altivez desecha.
Busca al vano favor; no le aprovecha,
Quedando en pruebas mil siempre burlado.
Válese al fin de Tirsi que la adora:
Llama al tierno Himeneo, y oficioso
De la mano la arrastra al nupcial lecho.
Victoria canta el Dios: de la pastora
Cesa el desden, y en llanto delicioso
Qual nieve al sol se le derrite el pecho.

SONETO V.

LA PALOMA.

Suelta mi palomita pequeñuela
Y déxamela libre, ladron fiero:
Suéltamela, pues ves quanto la quiero,
Y mi dolor con ella se consuela.
Tú allá me la entretienes con cautela:
Dos noches no ha venido, aunque la espero.
¡Ay! si esta se detiene, cierto muero:
Suéltala ¡o crudo! y tú verás qual vuela.
Si señas quieres, el color de nieve,
Manchadas las alitas, amorosa
La vista, y el arrullo soberano,
Lumbroso el cuello y el piquito breve.....
Mas suéltala, y verásla bulliciosa,
Qual viene y pica de mi palma el grano.

SONETO VI.

LAS ILUSIONES DE LA AUSENCIA.

Hora pienso yo ver a mi señora
De gentil aldeana, y que el cabello
Libre le vaga por el albo cuello,
Cantando alegre al despertar la aurora.
Hora que con cayada hecha pastora
Los corderillos guia, y suelta al vellos
Por el prado brincar corre en pos de ellos,
Y hora que en ocio en la cabaña mora.
Tierna hora rie y va cogiendo flores,
A caza hora tras ella el monte sigo,
Y baylar en la fiesta hora la veo.
Así ausente me alivio en mis dolores,
Y aunque sueño de amor es quanto digo,
El alma siente un celestial recreo.

SONETO VII.

EL RUEGO Y LA CRUELDAD.

Huyes, Cínaris bella, y desdeñosa,
De mil dulces palabras olvidada,
Ni vuelves hácia mí la faz rosada,
Ni mi voz oyes por correr furiosa.
¡Ay! tente, tente a mi dolor piadosa,
Tente y yo callaré: no tu nevada
Planta la selva hiera enmarañada,
Qual la de Vénus, quando erró llorosa.
Ni aun respirar ya puedes de rendida.
Vuelve...¡ay! ¡ay! vuelve...mas ¡dolor agudo!
Que por mejor correr suelta el cayado.
Vuelve..... dixo Damon; pero no oida
De la ingrata su voz, seguir no pudo
En encendidas lágrimas bañado.

SONETO VIII.

EL DESEO Y LA DESCONFIANZA.

¡O si el dolor que siento se acabara,
Y el bien que tanto anhelo se cumpliese!
¡Como por desdichado que hora fuese,
La mas alta ventura no envidiara!
Con la esperanza sola me aliviara,
Y por mucho que en tanto padeciese,
El gozo de que el mal su fin tuviese
Lo amargo de la pena al fin templara.
Por un instante de placer que hubiera
Con júbilo mis ansias sufriria,
Ni en su eterno durar desfalleciera.
Pero si es tal la desventura mia,
Que huyendo el bien, el daño persevera,
¡Que aguardar puedo en mi letal porfía!

SONETO IX.

EL PROPÓSITO INÚTIL.

Tiempo, adorada, fué, quando abrasado
Al fuego de tus lumbres celestiales
Osé mi honesta fe, mis dulces males
Cantar sin miedo en verso regalado.

¡Que de veces en lágrimas bañado
Me halló el alba besando tus umbrales,
O la lóbrega noche, siempre iguales
Mi ciego anhelo y tu desden helado!

Pasó aquel tiempo; mas la viva llama
De mi fiel pecho inextinguible dura,
Y hablar no puedo, aunque morir me veo.

Huyo, y muy mas mi corazon se inflama;
Juro olvidarte, y crece mi ternura;
Y siempre a la razon vence el deseo.

SONETO X.

LA ESQUIVEZ VENCIDA.

No temas, simplecilla; del dichoso
Galan pastor no tardes la ventura:
Apenado a ti corre; su ternura
Premio al fin halle y su anhelar reposo.

De rosa en la coyunda; el cuello hermoso
Pon al yugo feliz: la copa apura
Que Amor te brinda, y de triunfar segura
Entra en lides süaves con tu esposo.

¡La vista tornas! ¡del nupcial abrazo
Huyes tímida y culpas sus ardores,
En rubor virginal la faz teñida!

Mas Vénus... Vénus... su genial regazo
Sobre el lecho feliz llueve mil flores,
Que Fílis coge, y la esquivez olvida.

SONETO XI.

LAS ARMAS DEL AMOR.

De tus doradas hebras, mi señora,
Amor formó los lazos para asirme;
De tus bellos ojuelos para herirme
Las flechas y la llama abrasadora.
Tu dulce boca, que el carmin colora,
Su púrpura le dió para rendirme;
Tus manos, si al encanto quise huirme,
Nieve que en fuego se me vuelve ahora.
Tu voz süave, tu desden fingido
Y el albo seno do el placer se anida,
Pábulo añaden al ardor primero.
Amor con tales armas me ha rendido:
¡Ay armas celestiales! ¡ay mi vida!
Yo soy, yo quiero ser tu prisionero.

SONETO XII.

LA HUMILDE RECONVENCION.

Dame, traydor Aminta, y jamas sea
Tu cándida Amarili desdeñosa,
La guirnalda de flores olorosa
Que a mis sienes ciñó la tierna Alcea.
¡Ay! dámela, cruel, y si aun desea
Tomar venganza tu pasion zelosa,
He aquí de mi manada una amorosa
Cordera, en torno fenecer la vea.
¡Ay! dámela, no tardes. que el precioso
Cabello ornó de la pastora mia,
Muy mas que el oro del Ofir luciente,
Quando cantando en ademan gracioso
Y halagüeño mirar, merecí un dia
Ceñir con ella su serena frente.

SONETO XIII.

LA RESIGNACION AMOROSA.

¿Que quieres, crudo Amor? dexa al cansado
Animo respirar solo un momento:
Baste el veneno en que abrasar me siento,
Y el dardo agudo al corazon clavado.
Ni duermo, ni reposo, y de mi lado
Qual sombra huye el placer: ¡ah! ¡que lamento
Suena en mi triste oido! De tormento
Basta, Amor, basta, pues de mí has triunfado.
Le ruego así, y a mi dolor movido
Él me muestra la lumbre por que muero,
Puro rayo de angélica hermosura.
Yo me postro a adorarla, y encendido
En fuego celestial, penar mas quiero,
Y morir pido como gran ventura.

SONETO XIV.

EL RUEGO ENCARECIDO.

Dexa ya la cabaña, mi pastora,
Déxala, mi regalo y gloria mia:
Ven, que ya en el oriente raya el dia,
Y el sol las cumbres de los montes dora.
Ven, y al humilde pecho que te adora
Torna con tu presencia la alegría.
¡Ay! que tardas, y el alma desconfia;
¡Ay! ven, y alivia mi penar, señora.
Texida una guirnalda de mil flores,
Y una fragrante delicada rosa
Te tengo, Fílis, ya para en llegando.
Darételas cantando mil amores,
Darételas, mi bien, y tú amorosa
Un beso me darás sabroso y blando.

SONETO XV.

LOS TRISTES RECUERDOS.

En este valle, do sin seso ahora
En muda soledad tu malhadado
Nombre ¡ay Fili! repito, afortunado
Decirte osé: mi corazon te adora.

Junto a este arroyo que tu muerte llora,
Te hallé cogiendo flores, y turbado
La guirnalda nupcial en tu dorado
Cabello puse, y te juré señora.

Allí nos reveló sus deliciosos
Misterios la alma Vénus, la sagrada
Tea encendiendo plácido Himeneo.

¡Ay! ¡dexadme, recuerdos dolorosos!
Mi Fili al claro olimpo fué robada,
Y yo en mil ansias fenecer me veo.

SONETO XVI.

LA FUGA INÚTIL.

Tímido corzo de crüel acero
El regalado pecho traspasado,
Ya el seno de la yerba emponzoñado,
Por demas huye del veloz montero.

En vano busca el agua, y el ligero
Cuerpo revuelve hácia el doliente lado:
Corre el veneno, y lanza congojado
La vida en un bramido lastimero.

Así la flecha al corazon clavada
Huyó en vano la muerte, revolviendo
El ánima a mil partes dolorida:

Crece el veneno, y de la sangre helada
Se va el herido corazon cubriendo,
Y el fin se llega de mi triste vida.

SONETO XVII.

EN UNAS BODAS.

He aquí el lecho nupcial..¿tiemblas, amada?
¿Y para ti le ornó de gozo llena
Tu tierna madre? El corazon serena,
Y de santo pudor sube a él velada.
Tambien yo como tú temí engañada
Doblar el cuello a la feliz cadena;
Cedí, y dichosa fui: tu esposo pena,
Llega y colma su suerte afortunada.
Veo asomar al Himeneo santo;
Que fausta ya Fecundidad te mira,
Y en maternal amor arder tu pecho.
Llega...La vírgen entre risa y llanto
Ansia y teme; la madre se retira,
Y corre Honestidad el nupcial lecho.

SONETO XVIII.

EL REMORDIMIENTO.

Perdona, bella Cintia, al pecho mio,
Si evita cauto tu adorable llama,
Que Fili solo su fineza inflama,
Y él la idolatra aun en mármol frio.
Si amarte intento, del silencio umbrío
Su voz infausta por venganza clama:
¿Así, me dice, ¡o pérfido! se ama?
¡Ay! ¡tiembla, tiembla mi furor, impio!
Vuélveme a mi inocencia y a mi pura
Candidez virginal: tú de mi pecho
¡Aleve! ¡aleve! has la virtud lanzado.
Vuélveme mi virtud...Su sombra obscura
Me sigue así, y en lágrimas deshecho
Me hallo en el duro suelo desmayado.

ELEGÍAS.

ELEGÍA I.

EN UN EMPEÑO TEMERARIO.

Amor, desdenes, ira y todo junto
El bando de la envidia y de los zelos
Se han unido en mi daño a un solo punto.
La medrosa inquietud con mil desvelos
Cubre mi infeliz pecho de amargura:
Doy lástima a la tierra y a los cielos.
Yo vi en mi daño una doncella pura,
Término de beldad y con mil dones,
Que exceden toda humana criatura.
Sus ojos son de fuego; sus razones
Hacen al que las oye temblar luego,
Y encanta en su saber los corazones.
Yo la miré y temí, y un blando fuego
Sentí que por mis venas discurria;
Y a todo lo demas halléme ciego.

Volvióseme tristeza la alegría,
La paz del corazon tormenta brava,
Y obscuridad infausta el albo dia.

Nunca empero del daño me apartaba,
Mas ántes vanamente confiado
Del puerto al ancho mar me abandonaba.

Ni de nubes el cielo encapotado,
Ni de las roncas olas el bramido,
Ni el aquilon por ellas despeñado,

Ni la negra tiniebla, ni el gemido
De los que anega el mar, ni de mi leño
El cruxir, ni el camino no sabido,

Bastáron a apartarme del empeño,
Ni a volverme al lugar do me alejaba;
Que Amor me arrebataba a mi despeño.

La orilla con los huesos blanqueaba
De muchos que perdiéron ya la vida,
Y otros el viento por la mar llevaba:

Yo alegre en tanto en rápida corrida,
Las olas iba de la mar cortando,
De la mar en mi daño embravecida,

Y en necio error en el Amor fiando,
Que calmase aguardaba la tormenta,
Así a solas conmigo razonando:

¡O flaco corazon! ¿que te amedrenta?
¿Que rezelas cobarde, o que te espanta,
Si un Dios tu vela y tu esperanza alienta?

¿Pretendes por ventura gloria tanta
Sin peligro alcanzar? ¡Ay! que la gloria
Es solo del que al riesgo se adelanta

Y aquel solo es el digno de memoria
Que trepa a la difícil aspereza,
Do eterna hará la fama su victoria.

¿No ves, no ves, cuitado, tu baxeza?
Pues alza ya los ojos a la cumbre
De aquella sobrehumana gentileza.

¡O beldad celestial! ¡o gloria! ¡o lumbre!
¡O angélico semblante! ¡o luz del dia!
Tu esplendor fausto mi tiniebla alumbre.

Tú mi norte serás, serás mi guia,
Tú eres mi estrella, tú mi aurora hermosa:
Tuya es mi libertad y el alma mia.

A ti corre mi nave presurosa,
Tú la encamina al puerto deseado,
Y a mí vuelve los ojos amorosa.
Tal la ruego, y al mar abandonado
Parécenme sus olas mas serenas,
Y dolido el Amor de mi cuidado.
Así el veneno corre por las venas,
Y en un ardor dulcísimo me abraso,
Que revuelve en su llama amargas penas.
¿Diré ¡cuitado! lo que entónces paso?
¿Ni el infierno y la gloria que en mí siento?
Aun con cien lenguas me quedara escaso.
En el medio del agua estoy sediento,
En el medio del fuego estoy helado,
Y a un tiempo alegre rio y me lamento.
Estoy contra mí propio conjurado,
Y quiero y aborrezco en solo un punto,
Y vivo y muero en tan fatal cuidado.
Siento placer y pena todo junto;
A mi adorada busco, y si la veo,
Me quedo en mi dolor como difunto.

Gloria inmortal del fortunado empleo
Que en ciego afan anhela mi ternura,
¡O! ¡qual en ti me aflixo y me recreo!

¿Quien digno habrá de ser de tal ventu ra?
¿A quien, divino Amor, a quien espera
El premio de su angélica hermosura?

¡O, si ganarle yo posible fuera!
Suerte mayor no anhela mi deseo,
Y despues, si así place, al punto muera.

Mas ¡mísero de mí! que devaneo,
Y alcanzarla presumo locamente,
¡Ay! y su altura y mi humildad no veo.

Qual fábula seré de gente en gente,
Y el nombre infausto quedará en el mundo
De mi temeridad y amor ardiente.

¡Ciego,dañoso error! ¿en que me fundo,
Que a la altísima cumbre de su gloria
Así aspiro a subir desde el profundo?

¡O caso digno de fatal memoria!
Yo lo alcanzo, señora, lastimado;
Pero Amor lleva siempre la victoria.

Yo sé quo qual gigante despeñado
Seré al fin, o qual Ícaro atrevido,
En medio el hondo mar precipitado.
Sé que el ciego me arrastra embebecido
Donde pueda acabarme: sé mi engaño,
Y quan alto mi error haya crecido.
Y el orígen fatal de tanto daño
Sé para mas dolor, y sé la llama
Donde ardí incauto para mal tamaño.
Y sé como el tirano a sí me llama,
Y a mi rota barquilla en nada ayuda
Contra el sonante mar, que hinchado brama.
Todo lo sé, señora; mas no muda
Su voto Amor, ni yo tornar pudiera,
Pues ya aun me veda que al remedio acuda.
¿Y que gloria mayor, puesto que muera,
Que fenecer por vos? ¿quien lo alcanzara?
¡Ay! ¡si el crudo me oyese, y luego fuera!
Mi fatal caso al ménos lastimara
Vuestro pecho en crudeza empedernido,
Y aun piadoso quizá mi fin llorara.

Con esto del camino no sabido
Pisara yo la senda confiado,
Y ni sombra temiera, ni alarido.
Mas ¡ay mísero! ¡ay triste! que el ayrado
Mar se encrudece y amenaza el suelo,
Y a su furia el Amor me ha abandonado.
Los vientos silban, se obscurece el cielo,
Cruxe frágil el leño, y donde miro,
Encuentro de la noche el negro velo.
Me quejo, gimo y por demas suspiro:
La muerte a todos lados me saltea,
Y mi barca infeliz perdió ya el giro.
Tal merece quien tanto devanea
Y a imposibles, osado se aventura:
Si por su daño alguno los desea,
Sírvale de escarmiento mi locura.

ELEGÍA II.

EN LA MUERTE DE FÍLIS.

¡O! rompa ya el silencio el dolor mio,
Y al labio salga en dolorido acento
La aguda pena en que morir porfío.
Con lastimeros ayes gima el viento,
Y entre suspiros y mortal quebranto
La falta de la voz supla el lamento.
Los ojos cieguen con su amargo llanto,
Y léjos de la luz siempre en obscura
Noche fenezcan en desastre tanto.
Truéqueseme la dicha en desventura,
Ni jamas bien alguno esperar pueda,
Pues me robó la muerte mi luz pura.
¡Fílis! ¡amada Fílis! ¡ay! ¿que queda
Ya a mi dolor? ¿faltaste, mi señora?
¡Como la voz el sentimiento veda!

Allá volaste al cielo a ser aurora,
Dexando en llanto y sempiterno olvido
Esta alma triste que tu ausencia llora.

¿Que? ¿ni mi dulce amor te ha detenido?
¿Ni la amarga orfandad en que me dexas?
¿Tan mal, querida Fili, te he servido?

¿Así de este infeliz, así te alejas?
Vuelve, adorada, vuelve a consolarme;
No mas desdeñes mis dolientes quejas.

Pero tú no pudiste abandonarme:
El golpe de la muerte, el golpe fiero
Solo de tu alma luz logró apartarme.

¡O muerte; ¡muerte! ¡o golpe lastimero!
¡Ay! ¿sabes, despiadada, lo que hiciste?
De todos tus delitos el postrero.

¿A quien con mano bárbara rompiste
El feliz hilo de la tierna vida,
Y en el sepulcro despiadada hundiste?

¿A Fílis? ¿a mi Fílis? ¿mi querida?
¿Mi inocente zagala? ¿Su ternura
En que pudo ofenderte? ¡o fementida!

¿No te movió su angélica hermosura,
A que no mancillases insolente
Tan delicada flor en su alba pura?
Jamas yo te creí tan inclemente;
Mas este golpe, golpe lamentable,
¡O! ¡quan a costa mia me desmiente!
¡O dura mano! ¡o bárbara, implacable!
¿A quien, clamo sin fin, a quien heriste
Con la aguda guadaña, abominable?
¡A Fílis! ¡a mi Fílis!... ¡Ay! ¿que hiciste?
¿Ignoraste al lanzar ¡ciega homicida!
Tu fúnebre saeta, donde diste?
Ya lo confirmas en tu infame huida,
Y en el Lete te escondes entre horrores,
Tremenda Diosa, de tu error corrida.
Con tan cruel memoria mis dolores
Qual olas crecen de la mar: ¡cuitado!
¿Que he de hacer sin mi bien, sin mis amores?
¡Que ya no gozaré su alegre lado!
¡Ni he de oir sus suavísimas razones!
¡Ni he de ver de su rostro el tierno agrado!

¡Sus ojuelos, iman de corazones,
Aquellos ojos, cuya lumbre clara
Tras sí arrastráron tantas atenciones!

¡Y aquella faz divina, hermosa y rara,
Que ya en eterna noche se obscurece!
¡Ay muerte dura, de mi bien avara!

Mi llanto y mi dolor mas y mas crece;
Pero ¡que mucho! si en mi acerba pena
Todo el orbe dolido se enternece.

Con horrísono silbo el ayre suena,
Ni el agua corre ya como solia,
Ni la tierra es fructífera, ni amena.

Ni arrebolado asoma el albo dia,
Ni es el sol en su cumbre refulgente,
Ni la luna en la noche húmida y fria.

El Tórmes el raudal de su corriente
Detiene por seguir mi amargo llanto,
De cipres coronada la ancha frente.

Con lúgubre aparato y triste canto
De sus Ninfas el coro le rodea:
¡Ay! ¡como crece al verlas mi quebranto!

No ya el nácar sus cuellos hermosea,
Ni sembrado de perlas y corales
Su cabello en los hombros libre ondea.
Mustio taray y tocas funerales
Hoy visten todas por la Fílis mia,
De su agudo pesar ciertas señales.
¡O! ¡qual con ellas yo la vi algun dia
Del seco agosto en la enojosa llama
Triscar alegre en la corriente fria!
Hoy en llanto su pecho se derrama,
Y con doliente lúgubre alarido,
Qual si la oyese cada qual la llama.
El raudo Tórmes con mortal quejido
Tambien las acompaña, y su lamento
Merece de Neptuno ser oido.
Neptuno, el que del húmido elemento
Modera la soberbia procelosa,
Ocupando entre Dioses alto asiento;
El que en su ligereza impetuosa,
Con su tridente en carro de corales
Rige del mar la furia sonorosa,

Retraxo el curso a repetir mis males,
Y en ronco son los hórridos tritones
Diéron de su dolor ciertas señales.
Del húmido palacio los salones
Retumbáron con fúnebres gemidos,
Y tembláron colunas y artesones.
Las focas y delfines doloridos
En rumbo incierto por la mar vagaban,
De tan nuevos prodigios aturdidos;
Y como que asombrados preguntaban:
¿Que horror es este y doloroso estruendo?
Y los míseros llantos remedaban
Las colas escamosas revolviendo,
Y en las cerúleas ondas excitando
Desapacible son, ronco y horrendo.
Por las vecinas playas lamentando
Sonaban de otra parte los zagales
En verso triste mi desastre infando.
Mas ¡ay! ¡ay! que sus voces a mis males
En nada alivio dan; mas ántes crecen
En mis ojos dos fuentes inmortales:

Que si ya, Fili amada, no merecen
Estar colgados de tu faz süave,
Mejor en ciego llanto así fenecen.

¡O dolor sobre todos el mas grave!
¡O flor! ¡o breve bien! ¡o corta vida!
Quien en ti se confia poco sabe.

Apénas apareces, ya eres ida,
Dexando la esperanza en ti fundada,
Qual mustia flor del vástago partida.

¿Quien pudiera decirme que mi amada,
Mi tierna palomita, de repente
Así del seno me seria robada,

Quando a aguardarla fui junto a la fuente
La tarde ántes del aciago dia
En la márgen del Tórmes transparente?

¡Como me recibió! ¡con que alegría
De mí burlando mi temor culpaba,
Y fiel su eterna llama me ofrecia!

¡Con que halagüeños ojos me miraba!
¡Y con quantos dulcísimos favores
Mis dudas, mis zozobras alentaba!

¡O mi acabado bien! ¡o mis amores!
¿Quien entónces creyera tal fracaso,
Ni tras ventura tál estos dolores?

Viendo tu vida en el primero paso,
¿Quien rezelara que su luz temprana
Corriera así tan súbita a su ocaso?

Contino, Fílis, de mis ojos mana
Un mar de ardiente lloro ¡ay sin ventura!
Aciago fruto en mi esperanza vana.

Tu cruda ausencia mi dolor apura,
Y el no haberla ¡ay de mí! jamas pensado
Dobla al mísero pecho la amargura.

Bien pude, puesto que me vi encumbrado
A lo sumo del bien que en hombre cabe,
Temblar el triste fin en que he parado.

¿Pero quien con amor temerlo sabe?
¿Ni entónces hace del agüero cuenta?
¿Ni del buho que suena aciago y grave?

En vano desde el roble en que se asienta
Anuncia la corneja el fatal caso;
Que a un pecho con pasion nada amedrenta.

¡Ay! como yo la via, y no fué acaso,
La noche en que enfermó mi Fili amada,
Volar chillando con aliento escaso.
Acuérdome tambien que a la alborada,
Dexando ya paciendo mi ganado,
A hablarla fuera en su feliz majada,
Y vi un lobo feroz haber robado
Una mansa cordera, blanca y bella,
Y devorarla sobre el fresco prado.
Corrí compadecido a socorrella,
Y al punto....ante mis ojos... ¡que portento!
En humo denso se me huyó con ella.
Yo hasta aquel punto de temor exênto,
Del espantable caso sorprendido
Caí sobre la yerba sin aliento.
¡O que de tiempo estuve allí tendido!
Y quando ya en mi acuerdo hube tornado,
Ay a llorar en tanto mal sumido!
Sin poder proseguir lo comenzado,
Y atónito de ver portentos tales
Volví lleno de horror a mi ganado.

Allí luego encontré nuevas señales
Que algun terrible caso me anunciaban,
Agüeros ciertos de mis crudos males.

Mis mansas ovejillas se espantaban,
Y qual si las siguiera un lobo fiero,
Corriendo en torno del redil balaban.

A un lado oí quejido lastimero,
Y al ir a exâminarlo....de repente....
¿Callarélo, o diré tan triste agüero?

Vi dividida por agudo diente
La corderita a Fílis prometida,
Que mi mano cuidaba diligente.

Al pie de ella la madre dolorida
Con débiles balidos la lloraba,
Queriendo con su aliento aun darle vida,

Entónces yo sentí que se me entraba
Un temor acá dentro desusado,
Y el corazon mil males me anunciaba.

¡O mi Fili! ¡o mi bien! ¡o desgraciado!
¿Que pudiéron decirme estos agüeros?
¿Que era ya de tu vida el fin llegado?

¿Que esto anunciaban los prodigios fieros?
¿Y esto la triste ave y la cordera?
¡Ay, acabados gustos verdaderos!
¡Vida, qual fugaz sombra pasagera!
Ya a la mia no queda sino llanto,
Prueba segura de mi fe sincera.
Crecerá siempre mi mortal quebranto,
Hasta que huyendo este nubloso suelo
En lazo a ti me una eterno y santo.
Ni pienses, mis amores, que consuelo
Halle jamas mi espíritu abatido,
Que en ti el bien me dexó con presto vuelo.
Y en lágrimas y penas sumergido,
Tu imágen sola cada vez mas viva
Mi pecho ocupa de su amor herido.
La horrible parca que de ti me priva
No hará que yo te olvide, mi señora,
Que mi llama en tu falta mas se aviva;
Y acuerda al alma triste en cada hora
Tu dulcísimo amor, tu fe sincera,
¡Como el pensarlo me atormenta ahora!

La delicada voz, la voz postrera
Que en tu labio sonó ya moribundo,
Jamas podré olvidarla aunque yo muera.
¡Pues que, si el espectáculo profundo
Se me presenta de tu muerte aciaga!
En un mar de mis lágrimas me inundo.
¡Ay! déxame que en ellas me deshaga,
Y que en largos suspiros exhalado
Mi espíritu a sus ansias satisfaga.
Paréceme mirarte en el cuitado
Trance de la postrera despedida,
Pálido el rostro, frio y demudado,
Del todo casi ya desfallecida,
Fixos en mí con gesto lastimero
Los ojos y su luz obscurecida,
Diciéndome: BATILO, YO ME MUERO;
Y al quererme abrazar aun débilmente
En mi boca lanzando el ¡ay! postrero.
¡O dolor! ¡quanto estabas diferente
De aquella que ántes por tus gracias fuiste,
El milagro de amor mas reverente!

¡O, no me aflixas mas, memoria triste!
Dexa, dexa acabarme en mi amargura:
Yo iré presto, mi bien, do tú subiste.
Mi fe, mi firme fe te lo asegura:
No puedo yo vivir de ti apartado,
Que el ansia de te ver mi vida apura.
Entónces de temores sosegado
Y en mi amor casto, ardiente, verdadero
Por siempre a ti me gozaré ayuntado.
¡Ay! ¿que en la tierra, miserable, espero?
¡Muerte cruel, tan pronta con mi amada,
En mí executa, en mí tu golpe fiero!
Arráncame esta vida quebrantada:
Llévame con mi Fílis al sosiego
De que el ánima está necesitada.
Muévante, o cruda, mi infelice ruego,
La vida que aquí paso dolorosa,
Y el largo llanto con que el campo riego.
No pienses, no, mostrarte rigurosa
Mi pecho hiriendo en ansias abismado,
Que antes serás en tu rigor piadosa.

Pues yo de alivio ya desesperado
Ni curo tener cuenta con mi vida,
Ni un breve alivio a mi infeliz cuidado.

Mis lágrimas son siempre sin medida,
Y en los suspiros con que canso al cielo
El alma se me arranca dolorida.

Ni para alimentarme hallo consuelo,
Ni es otra mi bebida que mi llanto,
Ni del sueño me alivia el vago vuelo.

Pues quando al fin rendido en mi quebranto
Entre sus blandas alas me adormece,
Luego despavorido me levanto.

Que mil sombras tristísimas me ofrece
Tendiendo yo la mano arrebatado
Al bien que niebla vana desparece.

Tal es de mi vivir el triste estado,
Huyendo en torva faz siempre las gentes,
Y de ellas por sin seso baldonado.

Solo en mis ovejillas inocentes
Compasion halla mi amoroso anhelo,
Si es que cabe en mis ansias inclementes.

Ellas solas me siguen en mi duelo,
Y en torno rodeándome apiñadas
Doblan con su balar mi desconsuelo.
Las que tuve a mi Fílis destinadas
Todas sin quedar una han fenecido.
¡Ay corderas, qual ella desgraciadas!
A las otras el prado florecido
Jamas mueve a pacer, aunque acabando
Las miro con tristísimo balido.
Aquí las tiernas crias van quedando,
Las madres allí caen sin aliento,
Todas en quanto mueren suspirando.
Miéntras mi perro fiel su sentimiento
Me muestra lastimado en ronco aullido,
Los pies me lame y me contempla atento;
O ya el camino corre conocido
Que a la majada de mi Fílis guia:
Torna, se para, y cae sin sentido.
Su compasion enciende el alma mia.
¡O! fenezca esta vida desastrada,
Que de ir a acompañarte me desvia.

¡O mi bien! ¡mis amores! ¡o eclipsada
Lumbre de estos mis ojos! ¡mi consuelo!
¡Rosa en abril florido marchitada!
Llévame donde estás con presto vuelo:
Acabe, acabe, mi mortal quebranto,
Y allá te abraze en el alegre cielo.
Pídeselo con ruego y tierno llanto
A aquel, que inmóvil ve desde su altura
Mi firme amor y mi deseo santo.
Entónces sí que libre de amargura
Mi honesta voluntad contigo unida
Gozará el lleno bien que acá le apura.
Entónces sí que el ánima afligida
En ti descansará con paz gustosa,
Ya en todos sus deseos complacida;
Y con habla dulcísima y sabrosa,
Conversando contigo mano a mano,
Podrá llamarse sin temor dichosa.
¿Que? ¿no te mueve mi dolor insano?
¿De tu Batilo, Fílis, ya te olvidas?
¿Su voz desdeñas? ¿su clamar es vano?

¿Do están las voluntades tan unidas?
¿Do están?... Mas no se cuida allá en la altura
De las cosas viviendo prometidas.

Y tú en eterna paz, libre y segura
De un infeliz en su dolor perdido
Las lágrimas no ves, ni la amargura.

Mas yo sobre tu losa aquí tendido
Besándola he de estar sin apartarme,
Ni templar ¡ay! el mísero gemido,

Hasta que mi dolor llegue a acabarme,
Y suba en vuelo alegre arrebatado
Donde pueda por siempre a ti juntarme,
Y gozar tu semblante regalado.

EPITAFIO

DEL SEPULCRO DE FÍLIS.

La gracia, la virtud y la belleza,
La fe y el corazon mas inocente,
Y el milagro mas raro de terneza,
Que Amor hará sonar de gente en gente,
Yacen debaxo de esta triste losa,
Do la sombra de Fili en paz reposa.

SONETO

RENUNCIANDO A LA POESÍA

DESPUES DE LA MUERTE DE FÍLIS.

Quédate, A DIOS, pendiente de este pino,
Sin defensa del tiempo a los rigores,
Cítara en que canté de mis amores
Las gracias y el ingenio peregrino.

Guárdala, o tronco, que honras el camino,
Por muestra de la fe de dos pastores,
Do puedan cortesanos amadores
Tomar lecciones de un amor divino.

Miéntras vivió felice mi señora
Con cuerdas de oro resonar solia,
Y fieras crudas amansó su canto;

Mas ya que el alma entre los Dioses mora
Y en esta tumba su ceniza fria,
Cesen los versos y principie el llanto.

ELEGÍA III.

LA PARTIDA.

En fin voy a partir, bárbara amiga,
Voy a partir, y me abandono ciego
A tu imperiosa voluntad: lo mandas;
Ni sé, ni puedo resistir. Adoro
La mano que me hiere, y beso humilde
El dogal inhumano que me ahoga.
No temas ya las sombras que te asustan,
Las vanas sombras que te abulta el miedo
Qual fantasmas horribles, a la clara
Luz de tu honor y tu virtud opuestas,
Que nacer solo hicieran....En mi labio
La queja bien no está: gima y suspire;
No a culpar tu rigor de los instantes
Del mas ardiente amor tal vez postreros.
Tú de ti misma juez mis ansias juzga,
Mi dolor justifica; a mí no es dado

Sino partir. ¡O Dios! ¡de mi inefable
Felicidad huir! ¡en mis oidos
No sonará su voz! ¡no las ternezas
De su ardiente pasion! ¡mis ojos tristes
No la verán, no buscarán los suyos,
Y en ellos su alegría y su ventura!
¡No sentiré su delicada mano
Dulcemente tal vez premiar la mia
Yo extático de amor! ....¡Bárbara! ¡injusta!
¿Que pretendes hacer? ¿que placer cabe
En afligir al mismo a quien adoras?
¿Que te idolatra ciego? No, no es tuyo
Este exceso de horror: tu blando pecho,
De dulzura y piedad a par formado,
No inhumano bastara a concebirlo.
Tu amable boca, el órgano süave
De amor, que solo articular palabras
De alegría y consuelo ántes supiera,
No lo alcanzó a mandar. Sí: te conozco;
Te justifico, y las congojas veo
De tu inocente corazon....mi vida,

Mi esperanza, mi bien, ¡ah! ve el abismo
Do vamos a caer: que te fascinas;
Que no conoces el horrible trance
En que vas a quedar, que a mí me aguarda
Con tan amarga arrebatada ausencia.
No lo conoces deslumbrada: en vano
Tranquila ya, despavorida y sola
Me llamarás con doloridos ayes.
Habré partido yo, y el rechinido
Del exe, el grito del zagal, el bronco
Confuso son de las veloces ruedas,
A herir tu oido y afligir tu pecho
De un inútil pesar irán agudos.
Yo entre tanto abatido, desolado,
A tu estancia feliz vueltos los ojos,
Mis ojos ciegos en su llanto ardiente,
Te diré A DIOS, y besaré con ellos
Las dichosas paredes que te guardan,
Mis fenecidas glorias repasando
Y mis presentes invencibles males.
¡Ay! ¿do si un paso das, donde no encuentres

De nuestro tierno amor mil dulces muestras?
Entra aquí, corre allá, pasa a otra estancia:
Aquí, ellas te dirán, se postró humilde
A tus pies, y la mano allí le diste;
Allá loco en su ardor, corrió a tu encuentro;
Y allí le viste en lágrimas bañado,
En lágrimas de amor; con mil ternezas
Mas allá fino te ofreció su llama,
Y al cielo hizo testigo y los luceros
De su lazada eterna indisoluble
En la noche feliz,....Sedlo, fulgentes
Antorchas del olimpo, y tú, callada
Luna, que atiendes mis sentidas quejas,
Y ántes mi gloria y sus finezas viste.
Sedlo, y benignas en mi amarga suerte
Ved a mi amada, vedla y recordadle
Su santo indisoluble juramento.
Vedla, y gozad de su donosa vista,
De las sencillas animadas gracias
De su semblante. ¡O Dios! yo afortunado
Las gozaba tambien: su voz oia,

Su voz encantadora, que elevada
Lleva el alma tras si, su voz que sabe
Hacer dulce hasta el NO, gratas las quejas.
¡O! ¡que de veces de sus tiernos labios
Me enagenó la plácida sonrisa,
Las vivas sales y hechiceras gracias!
¡O! ¡que de tardes, de agradables horas
De nuestro amor hablando instantes breves
Se nos huyeran! ¡que de ardientes votos!
¡Que de suspiros y esperanzas dulces
A la par nuestras almas concibiéron,
Y el cielo hoy en su cólera condena!
¡Que proyectos formáramos!.... mi vida,
Mi delicia, mi amor, mi bien, señora,
Amiga, hermana, esposa, ¡o si yo hallara
Otro nombre aun mas dulce! ¿que pretendes?
¿Sabes do quieres despeñarme? espera,
Aguarda pocos dias; no me ahogues.
Despues yo mismo partiré, tú nada
Tendrás que hacer, ni que mandar: humilde
Correré a mi destierro y resignado.

Mas hora ¡irme! ¡dexarte! si me amas,
¿Por que me echas de ti, bárbara amiga?....
Ya lo veo: te canso; cuidadosa
Conmigo evitas el secreto; me huyes:
Sola te asustas y de todo tiemblas.
Tu lengua se tropieza balbüciente,
Y embarazada estás quando me miras.
Si yo te miro, desmayada tornas
La faz, y alguna lágrima....¡o martirio!
Yo me acuerdo de un tiempo en que tus ojos
Otros ¡ay! otros eran: me buscaban,
Y en su mirar y regaladas burlas
Alentaban mis tímidos deseos.
¿Te has olvidado de la selva hojosa,
Do huyendo veces tantas del bullicio,
En sus obscuras solitarias calles
Buscamos un asilo misterioso,
Do alentar libres de mordaz censura?
¿Que sitio no oyó allí nuestras ternezas?
¿No ardió con nuestra llama? Al lugar corro
Do reposar solíamos, y escucha

Tu blando corazon: si él mis suspiros
Se atreve a condenar, dócil al punto
Cedo a tu imperio, y parto. Pero en vano
Te reconvengo: yo te canso; acaba
De arrojarme de ti, cruel,....Perdona,
Perdona a mi delirio: de rodillas
Tus pies abrazo y tu piedad imploro.
¡Yo acusar tu fineza!....¡yo cansarte!....
¡A ti que me idolatras!....no, la pluma
Se deslizó, mis lágrimas lo borren.
¡O Dios! yo la he ultrajado: esto restaba
A mi inmenso dolor. Mi bien, señora,
Dispon, ordena, manda: te obedezco;
Sé que me adoras; no lo dudo: humilde
Me resigno a tu arbitrio...El coche se oye
Y del sonante látigo el chasquido,
El ronco estruendo, el retiñir agudo,
Viene a colmar la turbacion horrible
De mi agitado corazon....Se acerca
Veloz y para: te obedezco y parto.
A DIOS, amada, A DIOS....el llanto acabe,
Que el débil pecho en su dolor se ahoga.

ELEGÍA IV.

EL RETRATO.

¿Si es él, Amor? ¡que trémula la mano
Rompe el último nema! me lo anuncia
Con zozobra feliz saltando el pecho.
No, no puedo dudarlo: el importuno
Velo cayó; tu celestial imágen,
Tu suspirado don....mi amante boca
Con mil dulces finezas, mi llagado,
Mi triste corazon con mil suspiros
Ambos a par lo adoren, y el tributo
Primero denle de mi tierno pecho.
Milagro del pincel, amable copia
Del mas amable objeto, ciego torno
A mirarte otra vez: ojos, gozadla:
Sáciate, corazon,....no estás ausente.
Ingenioso su amor buscarte supo,
Supo templar de su crüel imperio

El áspero rigor, y fino hallarte.
De su ternura celestial, o amada,
O mitad de mi vida, tal milagro
De cariño esperaba mi deseo.
Llegó, y puedo contigo consolarme,
En mi inmenso penar gemir contigo,
Y en tu seno lanzar la ardiente vena
De lágrimas, que inunda mis mexillas
En tan mortal insoportable ausencia.
Si, amada, ya te tengo: ya en mi pecho
Fino te estrecharé: mis tristes ojos
Te ven, el fuego de los tuyos sienten,
Y mis manos te tocan, y mis labios
Pueden saciarse de oprimirte finos,
Y mis suspiros animarte; y toda
Inundarte en mis lágrimas ardientes.
Las sientes, ¿y no lloras? ¿a mis ayes
Dolientes ¡ay! los tuyos no responden?
¿Y a mis quejas y míseros gemidos?
A ti me vuelvo desolado, te hablo,

¿Y muda está tu cariñosa lengua?
Clori, Clori, mi bien,.... ¡loco deseo!
¡Fantástica ilusion!.... A sombras vanas,
A un mentido color prestar queria
La vida, el fuego, el soberano encanto,
Que al prototipo celestial animan.
¡O! ¡como, como en este punto siento
De mi suerte el horror, el hondo abismo
Do sepultado y sin consuelo lloro!
¡Ausencia! ¡ausencia! arráncame la vida:
No de ilusion en ilusion me lleves.
Un breve plazo tus dolores templas,
Y tornas luego, y mas crüel divides
En partes mil mi lastimado pecho.
¡Ay! un instante en mi ilusion creia,
Mirando absorto el celestial trasunto,
Que mis ternezas, mis sentidos ayes
Halagüeña escuchabas; que tus labios
Se desplegaban en amable risa;
Que al esplendor del animado fuego

En que tus ojos agraciados luces
La llama se alentaba de los mios;
Y que Amor coloraba tus mexillas,
Dulce señuelo a mi sedienta boca,
O el elástico seno conturbaba
En grata ondulacion....Me precipito
Frenético en mi error....Clori, tu imágen
Helada me recibe: no, no siente
Así qual tú....el encanto lisonjero
Se desvanece, y a una sombra abrazo
Muda y sin alma, y una sombra oprimo,
Y una sombra acaricio, y mil finezas
Loco le digo, y que responda anhelo.
¡Ay! eres tú, adorada, ¿y callas tibia?
¿Y a mi llanto tus lágrimas no corren?
¿Por que insensible a mis cariños eres?
¿Y eres de nieve al fuego en que me abraso?
¿Por que en los ojos la inquietud graciosa,
El vivaz sentimiento, la ternura,
El delicioso hechizo hallar no puedo

Que en los tuyos de amores me embriaga
Háblame, idolatrada, o no me burles
Qual si a abrir fueras cariñosa el labio.
O en su mirar donoso tus pupilas
Se animen, o falaces no remeden
Otras, do Amor su trono soberano
Sentó y se gozan las sencillas Gracias.
No tu nevado torneado cuello
Inmóvil yazca; vuélvase y recline
En mi seno amoroso esa cabeza
Que enhiesto apoya, y gózeme dichoso
Qual veces tantas en su dulce peso.
Sienta tu pecho: a la ternura se abra,
Ábrase al blando amor, y arda y palpite,
Y en plácida efusion al pecho mio
Haga correr el celestial encanto
De su angélica llama; de los puros
Afectos mas que humanos que en sí abriga;
O el lacteo pecho de mi bien no mienta,
Do todo es süave amor, dulzura todo,

Sencillez tierna y cariñosas ansias,
Placer, transportos, éxtasis, delicias.
Ne la alba mano el abanico agite
En juego inútil, o mi dócil cuello
En torno ciña en lazo venturoso,
Indisoluble lazo en que añudara
Nuestras almas el cielo para siempre.
O qual un tiempo cariñosa, oprima
Mi palpitante corazon, y sienta
El fuego asolador que le consume.
¡Ah mano! ¡hermosa mano! el pincel rudo
Trasladar quiso en vano tus contornos,
Tus gracias, tu candor...De mármol era,
Si viéndola el artista....no, profano;
Mis labios solos tributarla deben
En su delirio idólatras el culto
Que le ha votado amor: tu nieve y rosa
La manchan, no la tocan: ¡ay! ¡que digo!
¿La menor de sus gracias puede acaso
Remedar el pincel? ¿débil el arte

No cede a empresa tanta y se confunde?
¿Esas cejas sin alma, es esa frente
La tuya, Clori mia? ¿son tus ojos
Festivos, centellantes, halagüeños,
Estos ojos parados? ¿las mexillas
Son la púrpura y leche en deliciosa
Mezcla deshechas, como tú las llevas
En tus llenas mexillas sonrosadas?
¡Y tu seno y tu tez, y el süave agrado
De tu semblante, y la donosa gracia
De tus razones!....¡Que violenta hoguera
Circula por mis venas!....¡que suspiros
Se exhalan sin sentirlo de mi pecho!
¡Como agitado el corazon palpita!
Con frenética sed me precipito
Sobre tu imágen muda....irresistible
La mágica virtud de tu presencia
Me arrastra....desfallecen mis rodillas....
Cubren mil sombras mis llorosos ojos....
Un ardor....un ardor....mi bien, mi gloria,

Clori, adorable amiga, ¡o! ¡si pudiese
Llegar a ti la conmocion que siento,
Y este torrente de delicias puras
En que sin seso en mi ilusion me inundo!
¡Si a ti llegasen mis dolientes ansias,
Mis sollozos, mis ayes, los furores
De mi delirio infausto! ¡si escuchases
La inmensa copia de ternezas que hablo
A tu divina imágen!....tus mexillas,
Y tu frente, y tus ojos, y tu boca,
Y cuello, y pecho, y toda tú abrasada
Al fuego de mis ayes encendidos,
Y en mi llanto inundada te hallarias....
¿Por que estos cultos a una imágen muda
Se habrán de tributar? ven, ven, amada,
A recibirlos, ven en los transportos
Del mas violento amor: no se profanen
En una helada inanimada sombra.
Ven luego, ven, y unámonos por siempre;
O a mí me dexa a tus amantes brazos

Fino volar, y colma mi ventura.
Una palabra, una palabra sola....
Dila, y feliz recibirás los cultos
Que idólatra tributo a tu retrato.
Él entre tanto sobre el pecho mio
Será alivio a mis penas, compañero
De mi destierro, inapreciable joya
De tu firmeza, y suplirá ¡ay! en vano
De su divino original la ausencia.

ÉGLOGAS.

ÉGLOGA I.

BATILO. (*)

BATILO. ARCADIO. POETA.

BATILO.

Paced, mansas ovejas,
La yerba aljofarada,
Que el nuevo dia con su lumbre dora,
Miéntras en blandas quejas
Le cantan la alborada
Las dulces avecillas a la aurora.
La cabra trepadora,
Ya suelta se encarama
Por el monte enramado:

(*) Esta égloga en ALABANZA DE LA VIDA DEL CAMPO fué premiada por la real Academia española en junta que celebró en 18 de marzo de 1780.

Vosotras de este prado
Paced felices la menuda grama;
Paced, ovejas mias,
Pues de abril tornan los alegres dias.
  Mejórase la tierra
De verdor coronada,
Y aparecen de nuevo ya las flores:
Desciende de la sierra
La nieve desatada,
Y exercen sus contiendas los pastores.
Todo el prado es amores:
Retoñan los tomillos,
Las bien mullidas camas
Componen en las ramas
A sus hembras los dulces paxarillos,
Y con susurro blando
Por la vega el arroyo huye saltando.
  Así qual es sabroso,
Despues de noche fria,
El rocío del alba al mustio prado,
O qual tras enojoso

Invierno el alegría . . . . . .
Plácido sol de abril vuelve al ganado;
Así qual al cansado
Pastor que tras hambriento
Lobo corrió es la fuente;
Tras el marzo inclemente
Tal es a mí del céfiro el aliento,
Y qual a abeja rosa,
Del campo así la vida deliciosa.
Apénas ha nacido
El dia en los oteros,
De arreboles el cielo matizando,
Por el alegre exido
Saco ya mis corderos,
Y alegres los cabritos van brincando.
Miéntra el sol se va alzando,
Mil zelosas porfías
A la sombra en reposo
Separo, si zeloso
Mi manso está por las corderas mias;
Y si la noche viene,

El estrellado cielo me entretiene.
Mas por aquella loma
Tras sus vacas manchadas,
El pastoril acento al viento dando
El dulce Arcadio asoma:
Sus voces regaladas
Mas y mas cada vez se van notando.
Tambien viene cantando
Qual yo de la florida
Estacion: salir quiero
A encontrarle primero;
Algo acaso dirá de mi querida,
O la nueva tonada
Que Tirsi canta a su Licori amada.

ARCADIO.

¿Quien viendo el alegría
De este florido prado,
Y el brillo y resplandores del rocío,
O la hambrienta porfía
Con que pace el ganado,
Y el soto léjos, plácido y sombrío,

Y el noble señorío
Con que el claro sol nace,
O las ondas sin cuento
Que hace en la yerba el viento,
Y los hilos de luz que el ayre hace;
No sentirá movido
El corazon y el ánimo embebido?
Do quiera es primavera,
Y por do quiera el prado
Da nueva flor y espíritu oloroso;
Las vacas por do quiera
Hallan pasto sobrado
Y tierna yerba de pacer sabroso;
El pastor en reposo
Ya libre sus tonadas
Puede cantar tendido,
Viendo su hato querido
Lento buscar las sombras regaladas;
Y pueden las pastoras
Baylar alegres las ociosas horas.
No a mi gusto sea dado

Riquezas enojosas,
Ni el oro que cuidados da sin cuento;
No el ir embarazado
Entre galas pomposas,
Ni corriendo vencer al raudo viento;
Mas sí cantar contento
Sentado a par mi Elisa,
Viendo desde esta altura
Del valle la verdura,
Y de mi dulce bien la dulce risa,
Y pacer mi ganado,
Y al Tórmes deslizarse sosegado.
Pero aquel que allí veo
Que por el prado viene,
¿No es Batilo el zagal? Tan de mañana
¡Quan bien a mi deseo
La suerte lo previene!
Guarde el cielo, pastor, tu edad lozana.

BATILO.

La gracia sobrehumana
De tu rabel y canto

Guarde del lobo odioso,
Y sigue en tan sabroso
Tono que de los valles es encanto,
Y el ganado alboroza,
Y el choto jugueton por él retoza.

ARCADIO.

Tú mas ántes al viento
Suelta esa voz süave
Que a todas las zagalas enamora,
Tañendo el instrumento
Que el desden vencer sabe,
Y ablandar comó cera a tu pastora;
Y la letra sonora
Cántame que le hiciste,
Quando te dió el cayadó
Por el manso peynado,
Que con lazos y esquila le ofreciste;
O bien la otra tonada
De la vida del campo descansada.

Premio será a tu canto
Este rabel, que un dia

Me dió en prenda de amor el sabio Elpino,
Y en él con primor tanto
Pintó la selva umbría,
Que muestra bien su ingenio peregrino.
Del Tórmes cristalino
Formó en él la corriente,
Que parece ir riendo;
A lo largo paciendo
Los manchados rebaños mansamente;
Y la ciudad de léjos
Del sol como dorada a los reflexos.
A un álamo arrimado
Alegre un zagal canta,
Miéntras su amada flores va cogiendo:
Por el opuesto lado
Un mastin se adelanta,
Y a otra zagala fiestas viene haciendo:
Todo que lo está viendo
Léjos un ciudadano,
El semblante afligido
Y en cuidados sumido,

Haciéndole a otro señas con la mano,
Que al umbral de una choza
Rie entre los pastores y se goza.

BATILO.

Y yo de Delio hube
Una flauta preciada,
Labrada de su mano diestramente.
Tan guardada la tuve,
Que jamas fué tocada;
Pero mi amor en dártela consiente.
Los valles y la fuente
Puso en ella de OTEA;
Qual por abril el llano
Con rosas mil galano;
Un muchacho en el cerro pastorea,
Y el rabel otro toca,
Y a contender cantando le provoca.
De flores coronadas,
Mas lindas que las flores
Y el cabello en la espalda al viento dado
Van baylando enlazadas,

Causando mil ardores,
Las zagalejas en el verde prado.
Un anciano está a un lado
Que la flauta les toca,
Y algunas ciudadanas
Mirándolas ufanas,
Y como que la envidia las provoca
Con regocijo tanto.
Pero tú empieza, y seguiré yo el canto.

ARCADIO.

Dulce es el amoroso
Balido de la oveja
Y la teta al hambriento cordernelo;
Dulce, si el caluroso
Verano nos aqueja,
La fresca sombra y el florido suelo;
El rocío del cielo
Es grato al mustio prado,
Y a pastor peregrino
Descanso en su camino;
Dulce el ameno valle es al ganado,

Y a mí dulce la vida
Del campo, y grata la estacion florida.
Mire yo de una fuente
Las menudas arenas
Entre el puro cristal andar bullendo,
O en la mansa corriente
De las aguas serenas
Los sauces retratarse, entre ellos viendo
Mi ganado ir paciendo:
Mire en el verde soto
Las tiernas avecillas
Volar en mil quadrillas;
Y gozen del tropel y el alboroto
Otros de las ciudades,
Cercados de sus daños y maldades.
Las inocentes horas,
De júbilo y paz llenas,
¿Donde mejor se gozan que en el prado?
¿Quien mejor las auroras
Ve alborear serenas,
Que el zagal al salir tras su ganado?

¡ Venturoso cuidado !
¡ Mil veces descansada,
Pajiza choza mia !
Ni yo te dexaria
Si toda una ciudad me fuera dada,
Pues solo en ti poseo
Quanto alcanzan los ojos y el deseo.
¿ Para que el vano anhelo,
Ni los tristes cuidados
Que engendra la ciudad y sus temores?
Mejor es ver el cielo,
Que no techos pintados,
Mejor son que las galas nuestras flores.
Los árboles mayores
Nos dan fácil cabaña,
Una rama sombrío,
Otra reparo al frio;
Y quando silba el ábrego con saña
En las noches de enero,
Lumbre para baylar un roble entero.
Aquí en la verde grama

Oyga yo reclinado
El lento susurrar de este arroyuelo;
Aquí evite la llama
Con mi pastora al lado
Del sol subido a la mitad del cielo;
Y su dorado pelo
Orne de florecillas,
O texa en su regazo
De ellas guirnalda o lazo,
Y arrúllenme las blandas tortolillas,
Quando yo la corone,
Y la firmeza de mi amor le abone.

BATILO.

Y a mí leche sobrada
Me da, y natas y queso,
Y su lana y corderos mi ganado:
Mis colmenas labrada
Miel de tierno cantueso,
Y pomas olorosas el cercado.
Gobierna mi cayado
Dos hatos numerosos,

Que llenan los oteros
De cabras y corderos,
Y dexa a los zagales envidiosos
Mi dulce cantilena,
Que a las mismas serranas enagena.
  Mas bienes no deseo,
Ni quiero mas fortuna,
Contento con mi suerte venturosa.
En este simple arreo
No hay pastorcilla alguna,
Que huya de mis cariños desdeñosa.
Su guirnalda de rosa
Me dió ayer Galatea,
Fílis este cayado,
Y este zurron leonado
La niña Silvia qne mi amor desea;
Mas yo a Filena quiero,
Ella me paga, y por sus ojos muero.

ARCADIO.

  Pues quando el sabio Elpino
Se huyó de la alquería

A la ciudad por sus hechizos vanos,
¡ Con su ingenio divino
Que cosas no decia
Despues de los falaces ciudadanos!
Aun a los mas ancianos
Si te acuerdas pasmaba,
Contándonos los hechos
De sus dañados pechos.
Yo zagalejo entónces le escuchaba,
Y aun guarda la memoria
La mayor parte de su triste historia.
El semblante sereno
Y el corazon dañado,
Qual es el fruto de silvestre higuera,
Miel envuelta en veneno
El decir concertado,
Pechos lisiados de la envidia fiera,
Hijos que desespera
La vida de sus padres,
Muertes, alevosías,
Entre esposos falsias,

Y doncellas vendidas por sus madres:
Esto contaba Elpino
De la ciudad, despues que al campo vino.

BATILO.

Y Dalmiro cantaba,
Aquel que fué a la guerra,
Y vió las tierras donde muere el dia,
Que en nada semejaba
El rio de esta sierra
Al mar soberbio que pavor ponia.
Me acuerdo que decia,
Que del viento irritado
Espantable bramaba,
Y las olas alzaba
Hasta tocar el cielo encapotado
Tragándose navíos,
Como las enramadas nuestros rios.
Que entónces el alarido
Y acabar de los tristes
Quebraba el corazon en tal cuïta;
Qual si débil balido

De herida oveja oistes,
O choto que su madre solicita.
¡O ceguedad maldita,
Poner vida y ventura
Sobre un pino delgado!
Mejor es de este prado
Hollar con firme planta la verdura
Tras los corderos mios,
Que ver, Arcadio, el mar ni sus navios.

ARCADIO.

Ni yo, Batilo, quiero
Ver mas que nuestros prados,
Ni beban mis ganados de otro rio.
Aquí no lobo fiero
Nos trae alborotados,
Ni nos daña el calor, o hiela el frio.
No ageno poderío
Nuestro querer sujeta,
Ni mayoral injusto
Nos avasalla el gusto.
Todos vivimos en union perfeta,

Y el sol y helado cierzo,
Nos dan salud y varonil esfuerzo.
Todo es amor sabroso,
Alegría y hartura,
Y descanso seguro y regalado.
Ni el pastor envidioso
Murmura la ventura
Del otro a quien da el cielo mas ganado;
Ni el mayoral honrado
Burla al zagal sencillo,
Ni con doblez le trata;
Ni su seno recata
La amada de su tierno pastorcillo;
Que el amante y la fuente
Gozan de su belleza libremente.
Cómo las ciudadanas
A engañar no se enseñan
Nuestras bellas y cándidas pastoras,
Ni en su beldad livianas,
Nuestro querer desdeñan,
O mudan de amador a todas horas.

Mejor que las sonoras
Canciones de la villa
Su voz suena a mi oido,
Y que el ronco alarido
De sus plazas la voz de mi novilla.
Mas canta tu tonada
De la vida del campo descansada.

BATILO.

¡O soledad gloriosa!
¡O valle! ¡o bosque umbrío!
¡O selva entrelazada! ¡o limpia fuente
¡O vida venturosa!
¡Sereno y claro rio,
Que por los sauces corres mansamente!
Aquí entre llana gente
Todo es paz y dulzura,
Y feliz armonía
Del uno al otro dia.
La inocencia de engaño está segura,
Y todos son iguales
Pastores, ganaderos y zagales.

El cielo despejado
Y el canto repetido
De las pintadas aves por el viento,
El balar del ganado,
Y plácido sonido
Que del zéfiro forma el blando aliento;
Tal vez el tierno acento
De alguna zagaleja
Que canta dulcemente,
Y este oloroso ambiente
En grata suspension a el alma dexa;
Y a sueño descansado
Brinda la yerba del mullido prado.

No aquí esperanza o miedo,
Las tramas y falsías
Que saben los soberbios ciudadanos.
El pastorcillo ledo
En paz goza sus dias
Sin entregarse a pensamientos vanos.
Los cielos soberanos
Bendicen su majada,

Y él con sencillo zelo
Da bendicion al cielo,
Tal vez acompañando la alborada
Con que en el campo adora
El coro de las aves a la aurora.
Sin rezelo ni susto
Los términos pasea
De las cabañas que nacer le viéron;
Y hora aparta con gusto
La cabra en su pelea,
O ve do los xilgueros nido hiciéron;
Si al lagarto sintiéron
Sus tiernos corderillos,
Rie qual se espantáron,
Corriéron o baláron:
Hora al yugo acostumbra los novillos;
Hora fruta o flor nueva
En don alegre a su zagala lleva.
Con las serranas viene
A triscar por el prado,
Y en guirnalda la sien de frescas flores;

Ni entónces libre tiene
Su pecho otro cuidado,
Que cantarles ufano mil amores.
Mejor son sus favores
Que la villa y sus tristes
Cuidados y rüidos,
Pues no en tales gemidos
Dos tortolillas querellarse vistes,
Qual canta en voz sonora
De amor un zagalejo a su pastora.
La fruta sazonada
¡Con qual dulce fatiga
De la rama se corta! ¡quan gustoso
Es ver la acongojada
Lucha en la blanda liga
Del verdecillo o colorin vistoso!
¡Quan grato el armonioso
Susurrar y el desvelo
De abeja entre las rosas!
¡O ver las mariposas
De flor en flor pasar con presto vuelo!

¡O mirar la paloma
Bañarse alegre, quando el alba asoma!
Así Tirsi decia,
Que la primera gente
Como agora vivimos los pastores,
Por los campos vivia
En la edad inocente,
Ántes que del verano los ardores
Marchitaran las flores;
Quando la encina daba
Mieles, y leche el rio;
Quando del señorío
Los términos la linde aun no cortaba,
Ni se usaba el dinero,
Ni se labraba en dardos el acero.
Y cierto ¿quantas veces
Los mas altos señores
Vienen a nuestras pobres caserías
Sin pompa ni altiveces,
Á gozar los favores
Del campo y sus sencillas alegrías?

Las rústicas porfías
Que los zagales tienen,
Miran embelesados,
Y en seguir los ganados
Por los tendidos valles se entretienen,
O de baylar se gozan,
Y al son de nuestras flautas se alborozan.
Aquí Delio y Elpino
Moráron, y el famoso
Que dixo de las Magas el encanto
Con su verso divino
Junto al Bétis undoso;
Y aquí Albano entonó su dulce canto.
¡O grata vida! ¡o quanto
Me gozo en ti seguro!
De flores coronado
Y al cielo el rostro alzado,
Este vaso de leche alegre apuro.
Bebe Arcadio, y gozemos
Tan feliz suerte, y a la par cantemos,

ARCADIO.

Qual la dulce llamada
De paloma rendida
Es al tierno pichon que la enamora,
Qual yedra enmarañada
Que a reposar convida,
Y qual agrada el bayle a la pastora,
Tal tu cancion sonora
Es, zagal, a mi oido:
Ni así es el prado ameno
De grata yerba lleno,
De las ovejas con hervor pacido
En fresca madrugada,
Qual me encanta tu música extremada.

BATILO.

No el lirio comparado
Con zarza montuosa
Ser debe, o con el cardo la azuzena;
Ni así aquel desagrado
Y altivez enojosa
De las de la ciudad con la serena

Gracia de mi Filena.
Ellas me desdeñáron
Allá en su plaza un dia;
Yo sus burlas reia,
Y ellas de mis desprecios se enojáron.
Volvime a mis corderos,
Y a gozar, zagaleja, tus luceros.

ARCADIO.

Y yo a mi Elisa amada
Fui compañero acaso
La tarde en la ciudad que fiesta habia:
Qual luna plateada
Reluce en cielo raso,
Así Elisa entre todas relucia.
¡Quan bella parecia,
Zagal! sus lindos ojos
Mil pechos abrasáron,
Envidias mil causáron,
Y se hiciéron a un tiempo mil despojos.
¡Ay, Elisa, bien mio,
De tu firmeza mi ventura fio!

BATILO.

Los surcos las labradas
Laderas hermosean,
Y del olmo la vid es ornamento;
Las pomas sazonadas
El paladar recrean,
Y al ánimo la flauta da contento;
Al bosque el manso viento;
Tú a todo nuestro prado
Le das, Filena mia,
La risa y alegría.
Al sentirte venir bala el ganado,
Y Melampo colea,
Y haciéndote mil fiestas te recrea.

ARCADIO.

No así de la pastora
La gala es deseada,
Ni del zagal el dulce caramillo,
Ni vaca mugidora
Tanto en la zela agrada
A enamorado cándido novillo,

O a la liebre el tomillo,
Qual a Elisa es sabrosa
Pradera y selva umbría.
Con ménos agonía
Huye del gavilan la garza ayrosa,
Que Elisa desalada
Corre de la ciudad a su majada.

BATILO.

Darme quiere Lisardo
Por el mi manso un choto,
Para llevarlo en don a sus amores;
Yo para ti lo guardo,
Y el nido que en el soto
Ayer cogí con ámbos ruiseñores.
¡Ay! ¡si yo en mis ardores
Fuese abeja y volara,
Mi bien, siempre a tu lado!
¡O en colorín mudado,
Continuo mis amores te cantara!
¡O hecho flor me cortases,
Y a tu labio de rosa me allegases!

ARCADIO.

No a la cigarra es dado
De voz haber porfía
Con xilguero que canta en la enramada,
Ni con cisne extremado
En dulce melodía
Puede ser abubilla comparada,
Ni a tu voz regalada
Mi tono desabrido.
¡ O fuente ! ¡ o valle ! ¡ o prado !
¡ O apacible ganado !
Si el canto de Batilo es mas subido
Que el de los ruiseñores,
Grata escuche Filena sus amores.

BATILO.

La àlondra en compañía
De la alondra se goza,
Y en su arrullo la tórtola lloroso,
El ciervo en selva umbría
Con su par se alboroza,
Y con el agua el ánade pomposo:

Yo con el amoroso
Rostro de mi pastora,
Ella con sus corderas,
Y estas en las laderas,
Quando de nueva luz el sol las dorá;
Y a Arcadio mi tonada,
Y a todo el valle su cantar agrada.

POETA.

Asi loando fuéron
La su vida inocente
Los dos enamorados pastorcillos,
Y los premios se diéron
Del Álamo en la fuente,
Llevando allí a pastar sus ganadillos:
Y yo que logré oillos
Detras de una haya umbrosa,
Con ellos comparado
Maldixe de mi estado.
De entónces la ciudad me fué enojosa,
Y mil alegres dias
Gozo en sus venturosas caserías.

ÉGLOGA II.

AMINTA.

A Aminta y Lísis en union dichosa
Amor unido habia,
El casto Amor de la inocencia hermano.
Lisi qual fresca purpurante rosa
Que abre su cáliz virginal del dia
Al suave aliento, por Aminta ardia;
Y él celebraba ufano
En tierno acento su zagala bella.
El fugaz eco plácido llevaba
Su constante ternura
A su querida, quando léjos de ella
Su candido ganado apacentaba.
Eran dos niños por comun ventura
Ya dulce fruto de sus castos fuegos,
Así blondos y hermosos,
Qual entre las zagalas bulliciosos

Sin venda ni arco en infantiles juegos,
Porque esquivas sus llamas no rezelen,
Sueltos los Amorcitos vagar suelen
Quando las danzas del abril florido.
En ellos y en su Lisi embebecido
Del pasto alegre del vicioso prado
Aminta revolvia
A su feliz cabaña su ganado,
Y el sol laso entre nieblas se perdia,
Quando asomar por el opuesto exido
Los vió el padre feliz. ¡ O ! ¡ que alegría
Con su vista sintió! ¡como su pecho
En plácida zozobra palpitaba,
Qual nieve al sol en blando amor deshecho!
En lágrimas bañado los miraba,
Y luego al cielo en gratitud ferviente;
Y así cantó con labio balbuciente.

AMINTA.

¡ O mis lindos amores!
¡ Mitad del alma mia!
¡De vuestra madre bella fiel traslado!

Creced, tempranas flores,
De gloria y alegría
Colmando a vuestro padre afortunado;
Y qual risa del prado
Es el fresco rocío,
Dulce júbilo sed del pecho mio.
¡Ah! ¡con que gozo veo
Plácidos ir girando
En lenta paz mis años bonanzosos,
Quando en feliz recreo
De mi cuello colgando
Inocentes reis; o bulliciosos
En juegos mil donosos
Triscais por la floresta
Tras los cabritos en alegre fiesta!
El colorin pintado
Que en la ramilla hojosa
Se mece, y blando sus cuidados trina,
El vuelo delicado
Con que la mariposa
De flor en flor besándolas camina,

La alondra que vecina
Al cielo se levanta,
Todo os es nuevo y vuestro pecho encanta.
En vuestra faz de rosa
Rie el gozo inocente,
Y en los vivaces ojos la alegría;
Vuestra boca graciosa
Y la alba tersa frente
Son un retrato de la Lisi mia.
La blanda melodía
De vuestra voz remeda
La suya; pero en mucho atras se queda.
¡Y el candor soberano
De su pecho divino!
¡Y su piedad con todos oficiosa!
Yo vi su blanca mano
Del mísero Felino
Socorrer la indigencia rigurosa.
Clori en su congojosa
Suerte llorar la viera,
De su amarga orfandad fiel compañera.

Sola estás ; mas el cielo
Si te roba , exclamaba,
La cara madre , te dará una amiga;
Y a la triste en su duelo
Sollozando alentaba.
Clori la abraza en su cruel fatiga,
Y sus ansias mitiga
En su seno clemente:
Yo al verlo me inundaba en lloro ardiente.

De entónces mas perdido
La adoré , y ciego amante
Sus pisadas seguí por selva y prado.
Así en el ancho exido
Con balido anhelante
Corre a su madre el recental nevado.
Oyó en fin mi cuidado,
Y mi feliz porfía
Coronando , su mano unió a la mia.

Vosotros , mis amores,
Sois el fruto precioso
Del dulce nudo y bendicion del cielo.

De mil süaves ardores
Galardon venturoso,
De nuestras ansias plácido consuelo,
Renuevos que el desvelo
De mi cariño cria
Para gozarme con su pompa un dia.
  Creceréis, y mi mano
Os cubrirá oficiosa,
Qual tiernas plantas de la escarcha cruda,
El cielo soberano
Con bendicion gloriosa
Hará que el fruto a la esperanza acuda,
Y deleytosa ayuda
En la vejez cansada
A mí seréis y a vuestra madre amada.
  Entónces nuestra frente
El tiempo habrá surcado
De tristes rugas, el vigor perdido:
Tal el astro luciente
Se acerca sosegado
Al occidente en llamas encendido.

Pero habrémos vivido,
Y hombres os gozarémos,
Y en vosotros de nuevo vivirémos.
El ganado que ahora
Mi blando imperio siente,
El vuestro sentirá; y en estos prados
Os topará la aurora
Tañendo alegremente
Mi flauta y caramillo concertados.
Los tonos regalados
Que hora a cantar me atrevo,
Hará mas dulces vuestro aliento nuevo.
En humilde pobreza,
Mas en paz y ocio blando,
Luego mi Lisi y yo reposarémos.
Sobre vuestra terneza
Nuestra suerte librando,
A vuestra fausta sombra nos pondrémos.
Placidos gozarémos
Su celestial frescura,
Y os colmarán los cielos de ventura.

Porque el hijo piadoso
Es de ellos alegría,
Y habitará la dicha su cabaña.
Pasto el valle abundoso
Siempre a su aprisco cria:
Ni el lobo fiero a sus corderas daña;
Nunca el año le engaña,
Y en su trono propicio
Acoge Dios su humilde sacrificio.
A sus dulces desvelos
Rie blanda su esposa,
Corona de su amor y su ventura,
Y de hermosos hijuelos
Qual oliva viciosa
Le cerca, y en servirle se apresura.
De inefable ternura
Inundando su seno,
Cien nietos le acarician de años lleno.
¡O mis hijos amados!
Sed buenos, y el rocío
Vendrá del cielo en lluvia nacarada.

Sobre vuestros sembrados;
Os dará leche el rio,
Y miel la añosa encina regalada.
Vuestra frente nevada
Lucirá largos dias....
¡Ay oyga el cielo las plegarias mias!

Con delicado acento
Así Aminta cantaba,
Bañado el rostro en delicioso llanto
Y el feliz pecho en celestial contento;
Y con planta amorosa
A sus dulces hijuelos se acercaba.
Llegó do estaban, y cesó su canto;
Que con burla donosa
Uno el cayado jugueton le quita
Y el balante ganado ufano rige,
Que al redil conocido se dirige;
Miéntra el mas pequeñuelo se desquita
Con mil juegos graciosos,
Sonar queriendo con la tierna boca

La dulce flauta que su padre toca;
Y de Aminta en los brazos cariñosos
Llegando a la alquería,
Caen las sombras y fallece el dia.

ÉGLOGA III.

MIRTILO Y SILVIO.

SILVIO.

¿ Donde , Mirtilo amado,
Tan cuidadoso , tan veloz caminas ?
¿ Donde ? el caro redil abandonado.

MIRTILO.

A ofrecer estas frescas clavellinas
A mi gentil zagala , Silvio mio,
Que cogí en el vergel ; aun salpicadas
Ve en líquido rocío
Sus tiernas hojas , pero muy mas bellas

Sus mexillas rosadas
Son y su boca mas fragrante que ellas.
Voy, Silvio pues, ¡el pecho se alboroza!
Y en la feliz ventana de su choza
En un ramo donoso
Las dispongo, y retírome de un lado
Con paso respetoso.
Luego al rabel le canto apasionado
La amorosa tonada
Que entre todas las mias mas le agrada,
Porque me sienta allí. La zagaleja
De timidez y gozo palpitando,
El blando lecho silenciosa dexa,
Y asómase a escuchar: mira el fragrante
Vistoso ramo que feliz le ofrece
Mi desvelo constante.
Tómalo y rie, a la nariz hermosa
Lo llega, y en su aroma regalado
Pensando en su Mirtilo cariñosa
Absorta se embebece;
Yo envidiando mi ramo afortunado.

SILVIO.

¡Zagal feliz! que de placer suspiras,
Miéntras las tristes iras
Yo sin ventura lloro
De Amarílis cruel, de linda boca,
Ojos vivaces y cabello de oro,
Que parte en rizos por el cuello tiende,
Parte entre rosas agraciada prende;
Mas rebelde al amor qual dura roca.
Así pues te dé blanda Galatea
Los dulces premios que tu fe desea,
Que me cantes te ruego esa tonada,
Que qual tuya será tierna y süave.

MIRTILO.

Harélo, Silvio amado,
Así porque no sabe
Mi sencilla aficion negarte nada,
Como por ocuparme afortunado
En Galatea y mi sabrosa pena.
La noche va tornando silenciosa,
Y la alba luna que en el alto cielo

Su carro guia en magestad serena,
Con su cándida luz bañando el suelo,
Despiertan la gloriosa
Llama de amor, mi espíritu conmueven,
Y el labio y el rabel al canto mueven.
Oye pues, Silvio: la zagala mia
Un clavel oloroso
Puesto galanamente
En el bayle llevaba.
Violo mi loco amor, y así decia,
Miéntras él insensible el cerco hermoso
De sus purpúreas hojas levantaba
Sobre su seno cándido y turgente:
¡O! si yo feliz fuera
Ese clavel fragante,
Donosa Galatea,
Que ufana al seno traes.
¡Quan fino y cariñoso
Su nieve palpitante
Delicioso empapara
En mi aliento süave!

Sobre él las hojas tiernas
¡ O dicha imponderable !
Tendiera , y sin zozobra
Lograra en fin gozarle.
Viera , si su alba esfera
De rosas y azahares
Hizo amor , o de nieve
Mezclada con su sangre:
La fuerza que lo agita
Quando turbado late,
Y el valle de jazmines
Que forma donde sale:
De do el olor subido
Le viene , y que contraste
Con sus turgentes globos
La lisa tabla hace.
Viera , si el breve hoyuelo
De do esta tabla parte
Es lecho de azucenas,
Do Amor dormido yace.
Pues si a gozar el ámbar

De mi encendido cáliz
Tal vez la nariz bella
Inclinaras afable,
¡O ! ¡y qual lo dilatara!
¡Quan tierno , quan amante
El tuyo inundaria
De gozos celestiales!
Y con tu aliento unido
Me deslizara fácil
Por él , hasta que ardieras
Del fuego que en mí arde.
Bebiera tus suspiros:
Mis encendidos ayes
Envueltos en aromas
Bebieras tú anhelante.
Mas ¡ah! que helada y muerta
Gozar la flor no sabe
Bien tanto , y en mil ansias
Mi pecho se deslace.
Clavel , ¡o Amor! me torna,
O cefirillo amable;

Y siempre [illegible] siga,
Y en [illegible] la embriague.

Ya Mirtilo callaba,
Y aun Silvio embebecido
Sin sentirlo prestaba
Al eco tierno un silencioso oido.
Volvió en fin y le dice : el bullicioso
Curso del arroyuelo,
Y del favonio el susurrante vuelo
No igualan con tu voz, zagal dichoso.
Dulce al labio es la miel, y la mirada
Tierna de una pastora
Dulce al zagal que fino la enamora;
Pero muy mas el ánimo recrea
Tu amorosa tonada.
Toma, toma por ella esta cayada
Que entallé diestro de arrayan y flores;
Tan fácil premio mi amistad desea
A tus tiernos ardores.
Recibióla Mirtilo, y mas contento

Que el ciervecillo jugueton y exênto
Brinca en pos de su madre en la pradera,
A poner fino el ramo afortunado
Vuela en planta ligera
A la ventana de su dueño amado.

ÉGLOGA IV.

EL ZAGAL DEL TÓRMES.

Fértiles prados, cristalina fuente,
Bullicioso arroyuelo, que saltando
De su puro raudal plácido vagas
Entre espadañas y oloroso trébol;
Y tú, álamo copado, en cuya sombra
Las zagalejas del ardiente estío
Las horas pasan en feliz reposo,
A DIOS quedad: vuestro zagal os dexa;
Que allá del Ebro a los lejanos valles
Fiero le arrastra su cruel destino,
Su destino cruel, no su deseo.

Ya mas, o Tórmes, tu corriente pura
Sus ojos no verán: no sus corderas
Te gustarán, ni los viciosos pastos
De tus riberas gozarán felices.
No mas de OTEA las alegres sombras,
No mas las risas y sencillos juegos,
Pláticas gratas y canciones tiernas
De la dulce amistad. Aquí han corrido,
Qual estas lentas cristalinas aguas
Riendo giran con iguales pasos,
De mi florida edad los claros dias.
De las dehesas del templado extremo
Vine extraño zagal a estas riberas,
Quando mi barba del naciente bozo
Apénas se cubria, y en las ramas
De los menores árboles los nidos
Pudo alcanzar mi ternezuela mano
De los dulces pintados colorines.
Aquí a sonar mi caramillo alegre
Me enseñó Amor, y el inocente pecho
Palpitando sentí la vez primera.

Aquí le vi temer, y a la esperanza
Crédulo dilatarse, qual fragrantes
A los soplillos del favonio tienden
Sus tiernas galas las pintadas flores,
Quando en mayo benigno el sol les rie.
Con planta incierta discurriendo ocioso
En inocencia y paz, libre y seguro
Cantar me oisteis, y volver mis trinos
Parlero el monte en agradable juego.
Llevar me visteis mi feliz ganado
Del valle al soto, y desde el soto al rio:
Bañado en gozo, quando el sol heria
Mi leda faz con su naciente llama,
En dulce caramillo y voz süave
Su lumbre celebraba y mi ventura.
Mis ovejillas del caliente aprisco
Saltando huian con balido alegre,
Seguidas de sus candidos hijuelos,
Al conocido valle, do seguras
Se derramaban, y ladrando en torno
Mi perro fiel con ellas retozaba.

Otros zagales a los mismos pastos
Sus corderos solícitos traian,
A par brindados de la yerba y flores;
Y juntos baxo el álamo que cubre
Con sombra amiga y susurrantes hojas
La clara fuente, en pastoriles juegos
Nos viera el sol en su dorado giro
Perder contentos las ardientes horas,
Que en torno de él fugaces revolaban.
Viónos la noche y el brillante coro
De sus luceros, repetir los juegos
Entre las sombras del callado bosque;
Y a mí embargado en contemplar el giro
De tanta luz, o la voluble rueda
Con que del año la beldad graciosa
Ornan del crudo enero el torvo ceño,
Del mayo alegre las divinas flores,
Las ricas mieses del ardiente estio,
Y de olorosas frutas coronado
El [illegible] feliz, las maravillas
[illegible] con labio balbuciente.

En tierno gozo palpitando el pecho,
Y sonando otra voz muy mas canora
Que de humilde pastor mi dulce flauta.
¡ Delicia celestial , ante quien baxo
Es quanto precia el cortesano iluso
De oro , de mando , o deleznable gloria!
No allí a nublar tan inocente gozo
El pálido temor , no los cuidados
Solícitos vinieran , o la envidia
Sesga mirando su cruel ponzoña
Pudo sembrar en nuestros llanos pechos.
Todo fué gozo y paz , todo süave
Santa amistad y llena bien andanza.
En plácida igualdad muy mas seguros
Que los altos señores , nunca el dia
Nos rayó triste , ni la blanca luna
Salió a bañar con su argentada lumbre
Nuestra llorosa faz , qual allá cuentan
Que en las ciudades y soberbias cortes
La noche entera en míseros cuidados
Los ciudadanos desvelados lloran.

¡Tanto bien acabó! Como deshace
Del año la beldad crudo granizo,
Que ayrada lanza tempestosa nube,
Y la dorada mies, del manso viento
Ántes movida en bulliciosas olas,
Ya entre sus largos surcos desgranada
Del triste labrador la vista ofende;
Así el hado marchita mi ventura,
Así a dar fin a mi apenada vida
A tan lejanos términos me lleva.
¡Ay! ¿para que? de mis fugaces años
A mas nunca tornar desapareciéron
Los mas serenos ya, y acaso a hundirse
Los que me esperan de dolor conmigo
Corren infaustos en la tumba fria.
Pasó qual sombra mi niñez amable,
Y a par con ella sus alegres juegos:
Relámpago fugaz en pos siguióla
La ardiente juventud: danzas, amores,
Cantares, risas, doloridas ansias,
Dulces zozobras, veladores zelos,

Páces, conciertos agradables, todo
Despareció tambien; y el sol me viera,
Entre rosas abriendo a la galana
Primavera las puertas celestiales,
Seis lustros ya sus bienhechores rayos
Mirar contento con serenos ojos.
¡Y hora habré de dexar estas riberas
Donde vivo feliz! ¡y estos oteros!
¡Este valle! ¡este rio en libre planta
Cantando veces tantas de mí hollados
No veré mas! ¡y mis amigos fieles!
¡Y mis amigos! ¡O dolor! con ellos
Aquí me gozo y canto; aquí esperaba
El trance incierto de mis breves dias,
Y que cerrasen mis nublados ojos
Con oficiosa mano. ¿A que otros bienes?
¿Otras riquezas y cansados puestos?
¿A que buscar en términos distantes
La dicha que me guardan estas vegas,
Y estas praderas y enramadas sombras?
Mi choza humilde a mi llaneza basta,

Y este escáso ganado a mi deseo.
Téngase allá la pálida codicia
Su inútil oro y la ambicion sus honras;
Que igual alumbra el sol al alto pino
Y al tierno arbusto que a sus plantas nace.
Mas ya partir es fuerza: bosque hojoso,
Floridos llanos, cristalino Tórmes,
Quedad por siempre A DIOS; dulces amigos,
A DIOS quedad, A DIOS; y tú indeleble
Conserva, árbol pomposo, la memoria
Que impresa dexo en tu robusto tronco
Y sus letras en lágrimas bañadas:

Aquí Batilo fué feliz; sus hados
Le conducen del Ebro à la corriente.
Pastores de este suelo afortunados,
Nunca olvideis vuestro zagál ausente.

Id, ovejillas, id; y tan dichosas
Sed del gran rio en los lejanos valles,
Qual del plácido Tórmes lo habeis sido
Con vuestro humilde dueño en las orillas:
Id, ovejillas, id; id, ovejillas.

ODAS FILOSÓFICAS Y SAGRADAS.

Est quodam prodire tenus, si non datur ultra.

Horat.

ODA I.

EL INVIERNO ES EL TIEMPO DE LA MEDITACION.

Salud, lúgubres dias, horrorosos
Aquilones, salud. El triste invierno
En ceñudo semblante
Y entre velos nublosos
Ya el mundo rinde a su áspero gobierno
Con mano asoladora: el sol radiante
Del hielo penetrante
Huye, que embarga con su punta aguda
A mis nervios la accion, miéntras la tierra
Yerta enmudece, y déxala desnuda
Del cierzo alado la implacable guerra.

Falsos deseos, júbilos mentidos,
Léjos, léjos de mí: cansada el alma
De ansiaros dias tantos
Entre dolor perdidos,

Halló al cabo feliz su dulce calma.
A la penada queja y largos llantos
Los olvidados cantos
Suceden; y la mente que no via
Sino sueños fantásticos, ahincada
Corre a ti, o celestial filosofía,
Y en el retiro y soledad se agrada.
¡Ah! ¡como en paz, ya rotas las cadenas,
De mi estancia solícito contemplo
Los míseros mortales,
Y sus gozos y penas!
Quien trepa insano de la gloria al templo;
Quien guarda en su tesoro eternos males;
Con ansias infernales
Quien ve a su hermano y su felice suerte,
Y entre pérfidos brazos le acaricia;
O en el lazo fatal cae de la muerte,
Que en doble faz le tiende la malicia.
Pocos sí, pocos, o virtud gloriosa,
Siguen la áspera senda que a la cumbre
De tu alto templo guia.

Siempre la faz llorosa
Y el alma en congojosa pesadumbre,
Ciegos hollar con mísera porfia
Queremos la ancha via
Del engaño falaz: allí anhelamos
Hallar el almo bien a que nacemos,
Y al ver que espinas solas abrazamos,
En inútiles quejas nos perdemos.

El tiempo en tanto en vuelo arrebatado
Sobre nuestras cabezas precipita
Los años, y de nieve
Su cabello dorado
Cubre implacable, y el vigor marchita
Con que a brillar un dia la flor breve
De juventud se atreve.
La muerte en pos, la muerte en su ominoso
Fúnebre manto la vejez helada
Envuelve, y al sepulcro pavoroso
Se despeña con ella despiadada.

Así el hombre infeliz que en loco anhelo
Rey de la tierra se creyó, fenece;

En un fugaz instante
El que el inmenso cielo
Cruzó en alas de fuego, desparece
Qual relámpago súbito brillante,
Que al triste caminante
Deslumbra a un tiempo y en tinieblas dexa.
Un dia, un hora, un punto que ha alentado,
Del raudal de la vida ya se aleja,
Y corre hácia la nada arrebatado.
¡Mas que mucho! si en torno de esta nada
Todos los seres giran. Todos nacen
Para morir: un dia
De exîstencia prestada
Duran, y a otros ya lugar les hacen.
Sigue al sol rubio la tiniebla fria;
En pos la lozanía
De genial primavera el inflamado
Julio, asolando sus divinas flores;
Y al rico octubre de ubas coronado,
Tus vientos, o diciembre, bramadores,
Que despeñados con rabiosa saña,

En silbo horrible derrocar intentan
De su asiento inmutable
La enriscada montaña,
Y entre sus robles su furor ostentan.
Gime el desnudo bosque al implacable
Choque, y vuelve espantable
El eco triste el desigual estruendo:
Dudando el alma de congojas llena,
Tanto desastre y confusion sintiendo,
Si el Dios del mal el mundo desordena.

Porque todo fallece y desolado
Sin vida ni accion yace. Aquel hojoso
Árbol, que ántes al cielo
De verdor coronado
Se elevaba en pirámide pomposo,
Hoy ve aterido en lastimado duelo
Sus galas por el suelo:
Las fértiles llanuras de doradas
Mieses ántes cubiertas, desparecen
En abismos de lluvias inundadas.
Con [illegible] soberbios los torrentes crecen.

Los animales tímidos huyendo
Buscan las hondas grutas: yace el mundo
En silencio medroso,
O con chillido horrendo
Solo algun ave fúnebre el profundo
Duelo interrumpe y eternal reposo.
El cielo que lumbroso
Extática la mente entretenia,
Entre importunas nieblas encerrado,
Niega su albor al desmayado dia,
De nubes en la noche empavesado.
¿ Que es esto , santo Dios ? ¿ tu protectora
Diestra apartas del orbe ? ¿ o su ruina
Anticipar intentas ?
¿ La raza pecadora
Agotar pudo tu bondad divina ?
¿ Así solo apiadado la amedrentas ?
¿ O tu poder ostentas
A su azorada vista ? tú que puedes
A los astros sin fin que el cielo giran
Por su nombre llamar, y al sol concedes

Su trono de oro, si ellos se retiran.
Mas no, padre solícito; yo admiro
Tu infinita bondad: de este desórden
De la naturaleza,
Del alternado giro
Del tiempo volador nacer el órden
Haces del universo y la belleza.
De tu saber la alteza
Lo quiso así mandar: siempre florido,
No a sus seres sin número daria
Sustento el suelo; en nieves sumergido,
La vital llama al fin se apagaria.
Esta constante variedad sustenta
Tu gran obra, señor: la lluvia, el hielo,
El ardor congojoso
Con que el Can desalienta
La tierra, del favonio el suave vuelo
Y del trueno el estruendo pavoroso,
De un modo portentoso
Todos al bien concurren: tú has podido
Sabio acordarlos, y en vigor perene,

De implacables contrarios combatido,
Eterno empero el orbe se mantiene.

Tú, tú a ordenar bastaste que el ligero
Viento que hiere horrísono volando
Mi tranquila morada,
Y el undoso aguacero
Que baxa entre él las tierras anegando,
Al julio adornen de su mies dorada.
Así su saña ayrada
Grato el oído atiende, y en sublime
Meditacion el ánimo embebido,
A par que el huracan fragoso gime,
Se inunda el pecho en gozo mas cumplido.

Tu rayo, celestial filosofía,
Me alumbre en el abismo misterioso
De maravilla tanta:
Muéstrame la armonía
De este gran todo y su órden milagroso;
Y plácido en tus alas me levanta
Do extática se encanta
La inquieta vista en el inmenso cielo.

Allí en su luz clarísima embriagado
Hallaré el bien, que en el lloroso suelo
Busqué ciego, de sombras fascinado.

ODA II.

LA PRESENCIA DE DIOS.

Do quiera que los ojos
Inquieto torno en cuidadoso anhelo,
Allí, gran Dios, presente
Atónito mi espíritu te siente.
Allí estás, y llenando
La inmensa creacion, so el alto empíreo
Velado en luz te asientas,
Y tu gloria inefable a un tiempo ostentas.
La humilde yerbecilla
Que huello, el monte que de eterna nieve
Cubierto se levanta,
Y esconde en el abismo su honda planta;

El aura que en las hojas
Con leve pluma susurrante juega,
Y el sol que en la alta cima
Del cielo ardiendo el universo anima;
Me claman, que en la llama
Brillas del sol: que sobre el raudo viento
Con ala voladora
Cruzas del occidente hasta la aurora;
Y que el monte encumbrado
Te ofrece un trono en su nevada cima,
Y la yerbecilla crece
Por tu soplo vivífico, y florece.
Tu inmensidad lo llena
Todo, señor, y mas; del invisible
Insecto al elefante,
Del átomo al cometa rutilante.
Tú a la tiniebla obscura
Das su pardo capuz, y el sutil velo
A la alegre mañana,
Sus huellas matizando de oro y grana.
Y quando primavera

Desciende al ancho mundo, afable ries
Entre sus gayas flores,
Y te aspiro en sus plácidos olores.
Y quando el inflamado
Sirio mas arde en congojosos fuegos,
Tú las llenas espigas
Volando mueves, y su ardor mitigas.
Si entónces al bosque umbrío
Corro, en su sombra estás, y allí atesoras
El frescor regalado,
Blando alivio a mi espíritu cansado.
Un religioso miedo
Mi pecho turba, y una voz me grita:
En este misterioso
Silencio mora, adórale humildoso.
Pero a par en las ondas
Te hallo del hondo mar: los vientos llamas,
Y a su saña lo entregas;
O si te place, su furor sosiegas.
Por do quiera infinito
Te encuentro y siento; en el florido prado

Y en el luciente velo
Con que tu umbrosa noche entolda el cielo.
Que del átomo eres
El Dios, y el Dios del sol, del gusanillo
Que en el vil lodo mora
Y el ángel puro que tu lumbre adora.
Igual sus himnos oyes,
Y oyes mi humilde voz, de la cordera
El plácido balido,
Y del leon el hórrido rugido.
Y a todos dadivoso
Acorres, Dios inmenso, en todas partes
Y por siempre presente.
¡Ay! oye a un hijo en su rogar ferviente.
Óyele blando y mira
Mi deleznable ser: dignos mis pasos
De tu presencia sean,
Y do quier tu deidad mis ojos vean.
Hinche el corazon mio
De un ardor celestial, que a quanto existe
Como tú se derrame,

Y, o Dios de amor, en tu universo te ama.

Todos tus hijos somos:
El tártaro, el lapon, el indio rudo,
El tostado africano
Es un hombre, es tu imágen, y es mi hermano.

ODA III.

A LA VERDAD.

Ven, mueve el labio mio,
Angélica verdad, prole dichosa
Del alto cielo, y con tu luz gloriosa:
Mi espíritu ilnmina.
Huya el error impio,
Huya a tu voz divina,
Qual se despeña la tiniebla obscura
Del albo dia ante la llama pura.

No desdeñes mi ruego
Que hasta aquí siempre cariñosa oiste,

Tú, que mi númen soberano fuiste
Y encanto delicioso;
Que deslumbrado y ciego
Se lanza presuroso
Del pestilente vicio en la ancha via
El mortal triste, a quien tu luz no guia.
Mas aquel que clemente
Miras con blanda faz, en su belleza
Absorto alzarse a tu inefable alteza
Ansia con feliz vuelo;
Y hollando osadamente
Quanto el misero suelo
Mentido bien solícito atesora,
Su ilusion rie y tu deidad adora.
Tu deidad, que tremenda
La mente turba del feroz tirano,
Y hace que el grito que su orgullo insano
Arranca al oprimido,
Despavorida atienda
Su oreja entre el lucido
Estrépito en que [illegible]aula le adormece,

Y un vil incienso por do quier le ofrece:
 Miéntras con amorosa
Plácida diestra de los tristes ojos
Limpias el llanto, y calmas los enojos
Del infeliz opreso,
Aliviando oficiosa
El rudo indigno peso
Que oprimir puede la inocente planta;
Que a Dios su ánimo libre se levanta.
 Ven pues, o deidad bella;
Fácil desciende del excelso cielo,
Do te acogiste abandonado el suelo
Con vicios mil manchado.
Y qual radiante estrella
Conduce al engañado
Mortal: tu luz su espíritu ilumine,
Y el orbe entero a tu fulgor se incline.
 Yo en tu gloria embebido
Siempre te aclamaré con frente osada,
Y a tu culto la lengua consagrada
En mi constante seno

Un templo te he erigido,
Do de tu númen lleno
Te adoro, alma verdad, libre si obscuro;
Mas de vil miedo y de ambicion seguro.
Por ti quanto en su instable
Inmensidad el universo ostenta,
O al Altísimo en gloria se presenta,
Como posible exîste;
Que en su mente inefable
Tú el prototipo fuiste,
A cuya norma celestial reduxo
Quanto despues su infinidad produxo.
Y eterna precediendo
Del tiempo el vuelo rápido inconstante,
Miéntras se pierde el orbe en incesante
Deleznable ruina,
Por ti propia exîstiendo,
Ante tu luz divina
Al sistema falaz el velo alzado,
Y al error ves qual niebla disipado.
Y centro irresistible

Del humanal deseo, quanto hallara
Sagaz en la ancha tierra y en la clara
Region del alto cielo
Su teson invencible,
Todo al ferviente anhelo
Lo debe, o pura luz, con que la mente
Te busca inquieta y tus encantos siente.
En ellos embebido
A Siracusa el griego a saco entrada
No ve, y herido de la atroz espada
Da su vida gloriosa;
Y el gran Neuton subido
A la mansion lumbrosa,
Qual Genio alado tras los astros vuela,
Y al mundo absorto la atraccion revela.
¡O augusta firme amiga
De la excelsa virtud! tú al sabio obscuro
Que adora de tu faz el lampo puro,
Cariñosa sostienes
En la ilustre fatiga:
Sus veneradas sienes

De inmortal lauro ciñes, y su gloria
Durar haces del tiempo en la memoria:
O si el triste nublado
De la persecucion hórrido truena,
Tú le confortas, y su faz serena
Escucha el alarido
Del vulgo fascinado,
Contra sí embravecido;
O a la infame venganza que maquina
En las tinieblas su fatal ruina.
Así en plácida frente
Pudo el divino Sócrates mostrarse
Al frenético pueblo, y entregarse
A sus perseguidores;
Que la copa inclemente
Le ornaste tú de flores,
Y en su inocente diestra la pusiste,
Y en néctar la cicuta convertiste.
Mártir él generoso
De tu excelsa deidad así decia
El tósigo mirando: vendrá un dia

Que útil al mundo sea
Mi suplicio afrentoso,
Y la verdad se vea
Con el gran Dios de todos acatada,
La vil superisticion por tierra hollada.

Del punto que propuse
Impávido anunciarla, el error fiero
Alzar contra mi pecho su ímpio acero
Vi con diestra ominosa:
A morir me dispuse
En la empresa gloriosa;
Dócil mas firme abrazo las cadenas,
Con que hoy me oprime la engañada Aténas.

Si Anito me persigue,
Le perdono y al crédulo Areopago,
Y muriendo a la patria satisfago
El feudo que la debo.
Hoy mi virtud consigue
Su prez: el cáliz bebo
Con que me brinda el fanatismo impio,
Y ¡o ser eterno! en tu bondad confio.

Así dixera el sabio,
Y el tósigo letal tranquilo apura.
Inmóvil le contempla en su amargura
Phedon ; Cébes y Crito
Con desmayado labio
Gimen ; al vil Melito
Critóbulo maldice ciego de ira;
Y él en los brazos de Platon espira.

Qual la encendida frente
Hunde escondido en nubes nacaradas
En las sonantes ondas, recamadas
De sus rubios ardores,
El sol resplandeciente;
En pálidos fulgores
Fallece el dia, y su enlutado velo
La noche tiende por el ancho cielo.

ODA IV.

LA GLORIA DE LAS ARTES.*

¿ Adonde incauto desde el ancha vega
Del claro Tórmes, que con onda pura
Y paso sosegado
De OTEA el valle fertiliza y riega,
Hoy el númen procura
Su vuelo levantar ? ¿ De que sagrado
Espíritu inflamado,
Dexando ya a los tímidos pastores
El humilde rabel, canta atrevido

* Esta oda fué recitada en la junta pública que celebró la real Academia de san Fernando el dia 14 de julio de 1781 para la distribucion de premios generales de pintura, escultura y arquitectura.

La gloria de las Artes, sus primores,
Y de la patria el nombre esclarecido? –
Qual el ave de Jove, que saliendo
Inexperta del nido en la vacia
Region desplegar osa
La alas voladoras, no sabiendo
La fuerza que la guia,
Y hora vaga atrevida, hora medrosa;
Hora mas orgullosa
Sobre las altas cimas se levanta,
Tronar siente a sus pies la nube obscura,
Y el rayo abrasador ya no la espanta,
Al cielo remontándose segura;
Entónce el pecho generoso, herido
De miedo y alborozo, ufano late;
Riza su cuello el viento,
Que en cambiantes de luz brilla encendido;
El ojo audaz combate
Derecho el claro sol, le mira atento,
Y en su heroyco ardimiento
La vista vuelve, a contemplar se para

La baxa tierra, y con acentos graves
Su triunfo engrandeciendo, se declara
Reyna del vago viento y de las aves:
Yo así saliendo de mi humilde suelo
En dia tan alegre y venturoso
A gloria no esperada,
Dudo, temo, me inflamo y alzo el vuelo,
Do el afan generoso
Al premio corre y palma afortunada.
Palma, que colocada
Al pie de la Verdad y la Belleza,
Quien de divino genio conducido
Consigue arrebatarla, a ser empieza
En fama claro y libre ya de olvido;
Al modo que en la olímpica victoria
El vencedor en la feliz carrera
La ilustre sien ceñia
Del ínclito laurel, y su memoria
Eterna despues era.
Mas tú la voz y plácida armonía,
NOBLE ACADEMIA, guia,

Mi verso al cielo cristalino alzando.
¡ Felice yo ! si tu favor consigo,
Y el dulce plectro de marfil sonando
Las Artes canto tras mi dulce amigo *.
Desde estos lares, su palacio augusto,
Qual vivaz fenix renacer las veo
Del hondo y largo olvido,
En que la Iberia con desden injusto
Vió un tiempo su alto empleo.
¡ O nombre de Borbon esclarecido !
A ti fué concedido
Las Artes restaurar : con tus favores
A nueva gloria y esplendor tornáron:
La Fama resonó de sus loores,
Y los cisnes de Mántua las cantáron.
Ellas alegres en union amiga

* El Sr. D. Gaspar Melchor de Jovellanos, académico de honor, que acababa de pronunciar una eloqüente oracion sobre las Artes.

La frente levantáron con ardiente
Afan, hasta encumbrarse
A la ideal belleza. A su fatiga
Cede el bronce obediente,
Y el mármol del cincel siente animarse;
Tus seres mejorarse,
¡ O natura ! en el lienzo trasladados
El carmin puro de la fresca rosa,
Los matices del íris variados,
El triste lirio y la azucena hermosa.
¡ O divina pintura, ilusion grata
De los ojos y el alma ! ¿ de que vena
Sacas el colorido
Que al alba el velo cándido retrata,
Quando asoma serena
Por el oriente en rayos encendido?
¿ Como el cristal bruñido
Finges de la risueña fuentecilla?
¿ De los alegres prados la verdura?
¿ Tanta varia y fragrante florecilla?
¿ El rutilante sol, la nube obscura?

¿Como en un plano inmensos horizontes,
La atmósfera bañada de alba lumbre,
Sereno y puro el cielo,
La sombra obscura de los pardos montes,
Nevada la alta cumbre,
La augusta noche y su estrellado velo,
Del ave el raudo vuelo,
El ambiente, la niebla, el polvo leve,
Tu mágico poder tan bien remeda,
Que a competir con la verdad se atreve,
Y el alma enagenada en ellos queda?
Tú de la dulce poesía hermana,
Qual ella el pecho blandamente agitas,
Y en amoroso fuego
Con tu expresion y gracia soberana
Le enciendes, o le excitas
A tierna compasion, a rencor ciego,
A desmayado ruego
Y amargo lloro. ¡O Sancio! ¡o! ¡tu admirable
Pincel qual ha mi espíritu movido!
¡O! ¡al contemplar tu Virgen adorable

En su extremo dolor *, quanto he gemido!
La dolorida madre arrodillada
Piedad pide a los bárbaros sayones
Para el hijo postrado.
Su rostro está qual la azucena ajada;
Sus humildes razones
Resuenan en mi oido: ¡ay! ¡quan sagrado
Aspecto, aunque ultrajado,
El del hijo de Dios! ¡ qual la ternura
De Magdalena y Juan! ¡ qual la fiereza
Del que herirte, o Jesus, brutal procura!
¡ Y en tu celestial mano que belleza!
¡ O pinceles! ¡ o alteza peregrina
Del grande Rafael! ¡ o bienhadada
Edad, en que hasta el cielo
En alas del ingenio la divina

* El bellísimo quadro de Rafael llamado comunmente EL PASMO DE SICILIA, y con mas propiedad EL EXTREMO DOLOR.

Invencion se vió alzada!
Quando su alma sublime el denso velo
Corrió con noble anhelo
De la naturaleza, y vió pasmado
El hombre ante sus ojos reverente
El universo estar, y hermoseado
De su mano salir y augusta mente.
Admira, o hombre, tu grandeza, admira
Tu espíritu creador, y a la estrellada
Mansion vuela seguro
Donde tu aliento celestial suspira:
La mente allí inflamada
Cruza con presto giro del arturo
Á do tiene el sol puro
Su rutilante trono; y con brioso
Pincel, guiado de furor divino,
Copia el concento raudo y armonioso
Con que se vuelve el orbe cristalino.
Que no tú sola, o música, el ruido
Finges del arroyuelo transparente,
O imitas las undosas

Corrientes de la mar, o el alarido
Del soldado valiente
En las lides de Marte sanguinosas.
No ménos pavorosas,
O fiero Julio, en tu batalla * siento
Cruxir las roncas armas y la fiera
Trompa, estrépito, gritos y ardimiento,
Que si en el medio de su horror me viera.
¿ Pues que, si entre los vientos bramadores
Nave de ayradas olas combatida
Diestro pincel me ofrece?
Yo escucho el alarido y los clamores
De la chusma afligida.
Y si de Dios los cielos estremece
El carro, y se enardece
Su cólera, y el trueno en son horrendo

* Célebre quadro de la batalla de Maxencio, dibuxado por el gran Rafael y pintado por Julio Romano su discípulo.

Retumba por la nube pavorosa,
De la pálida luz y el ronco estruendo
Mi vista siente la impresion medrosa.

Pero el mármol se anima, del agudo
Cincel herido, y a mis ojos veo
A Laocoon * cercado
De silbadoras sierpes: en su crudo
Dolor escuchar creo
Los gemidos del pecho congojado,
Y al aspirar alzado.
Los hórridos dragones con ñudosos
Cercos le estrechan, y su mano fuerte
En vano de sus cuerpos sanguinosos
Librarse anhela y redimir la muerte.

¡Mira como en su angustia el sufrimiento
Los músculos abulta, y qual violenta
Los nervios extendidos!
¡Qual sume el vientre el comprimido aliento,
Y la ancha espalda aumenta!

* El grupo de Laocoonte, obra admirable del arte griega.

Y en el cielo los ojos doloridos,
Por sus hijos queridos
¡Ay¡ ¡quan tarde su auxîlio está implorando!
En tan terrible afan aun la ternura
Sobre el semblante paternal mostrando,
Qual débil luz por entre niebla obscura.

Ellos a él vueltos con la faz llorosa
Y débil gesto al miserable llaman
En quejido doliente,
Rodeados de lazada ponzoñosa.
¡O! ¡quan en vano claman!
¡O! ¡como el padre por los tristes siente!
¡Y qual muestra en su frente
La fortaleza y el dolor luchando,
Y con las sierpes en batalla fiera,
Sus vigorosos muslos agitando
Los fuertes lazos sacudir quisiera!

Miéntra en Apolo * la beldad divina

* El Apolo de Belvedere, la mas sublime obra ideal que nos ha quedado de la antigüedad.

Sé ve grata animar un cuerpo hermoso,
Do la flaqueza humana
Jamas cabida halló. Su peregrina
Forma y el vigoroso
Talle en la flor de juventud lozana,
Su vista alta y ufana,
De noble orgullo y menosprecio llena,
El triunfo y el esfuerzo sobrehumano
Muestran del Dios, que en actitud serena
Tiende la firme omnipotente mano.

Parece en la soberbia excelsa frente
Lleno de complacencia victoriosa
Y de dulce contento,
Qual si el coro de Musas blandamente
Le halagara; la hermosa
Nariz hinchada del altivo aliento;
Libre el pie, en firme asiento,
Ostentando gallarda gentileza;
Y como que de vida se derrama
Un soplo celestial por su belleza,
Que alienta el mármol y su hielo inflama.

Ni el lugar merecido a ti, o divina
Vénus *, tampoco faltará en mi canto:
¡ Ay ! ¡ do fuiste formada !
¡ Quien ideó tu gracia peregrina !
Tu tierno y dulce encanto
Al ánimo enagena en regalada
Suspension ; tu delgada
Tez excede a la cándida azucena
Quando acaba de abrir; tu cuello erguido
Al labrado marfil ; la alta y serena
Frente al sol claro en el zenit subido.

¡ O reyna de las Gracias, blanda Diosa
De la paz y el contento, apasionada
Madre del niño alado !
Tus soberanos ojos de amorosa
Ternura, tu preciada
Boca do rie el beso delicado,

* La Vénus de Médicis, una de las mas bellas y graciosas estatuas de la antigüedad.

Tu donayre , tu agrado,
Tu süave expresion, tus formas bellas
Del suelo me enagenan : yo me olvido,
Y de cincel en ti no hallando huellas,
Absorto caygo ante tus pies rendido.

Tan divinos modelos noche y dia
Contempla atenta, o juventud hispana,
Y el pecho así excitado,
La senda estrecha que a la gloria guia,
Emprende alegre , ufana.
El genio creador vaya a tu lado:
Aquel que al cielo alzado
Huye lo popular , qual garza hermosa,
Quando del suelo rápida se aleja,
Al firmamento se levanta ayrosa,
Y el vulgo de las aves atras dexa.

¡O venturoso, el que en las Artes siente
Propicio al cielo, que al nacer le infunde
Su vivífica llama!
Dadme , Musas, guirnalda floreciente
Que su frente circunde;

Miéntra el pecho latiéndose se inflama
De noble ardor, exclama
Desvelado en su afan, no halla reposo
Al inquieto furor, teme, suspira
De un númen lleno, y con pincel fogoso
Odio, miedo, terror y amor me inspira.

Quizá algun jóven al mirar la gloria
De tan augusto dia, y de mi canto
Quizá tambien herido,
Se excita ya a la próxîma victoria;
No la duda, y en llanto
Se baña de placer. ¡O esclarecido
Premio, muy mas subido
Que el tesoro mas rico! quien merece
Que tú le enxuges el sudor dichoso,
Inmortal vuela por el orbe, y crece
En cada edad con nombre mas famoso.

Así Phydias, Lisipo, Apéles viven
En eterna memoria; así la rara
Fama de Zéuxîs dura;
Y el grande Urbino y Michâel reciben

Qual ellos honra clara.
Ni a ti, o Velazquez, en tiniebla obscura
Sumió la muerte dura.
Sus huellas, noble juventud, sus huellas
Sigue; imítalos, insta, y denodada
Hiere con alta frente las estrellas,
En sus divinas obras inflamada.

Mas de las Musas y el crinado Apolo
Oye tambien la celestial doctrina,
Que a Phydias dió el modelo
El cantor Frigio del que el alto polo
Conturba, su divina
Frente moviendo, y estremece el suelo.
Y no en torpe desvelo
Al vicio el pincel des: la virtud santa,
O artistas, retratad, y disfamado
El vicio huirá con vergonzosa planta,
Qual sombra triste al resplandor sagrado.

Y los que de la noble arquitectura
La ardua senda seguis, los cuidadosos
Ojos volved de contino

A la augusta grandeza y hermosura
De los restos preciosos,
Que del griego poder y del latino
Guardar plugo al destino.
Allí estudiad la magestad suntuosa,
Sólida proporcion, sencilla idea,
Que a Herrera hiciéron claro, y su dichosa
Edad de nuevo amanecer se vea.

Mas tú en quien CARLOS de la patria fia
La suerte y el honor, o esclarecido
Conde, escucha oficioso
Lo que me inspira el cielo en este dia.
Si de ti protegido
Sigue el genio español, si el lauro honroso
En su afan generoso
Galardon fuere que al artista anime,
Ni envidiarémos la Piedad toscana*,

* Insigne grupo de María santísima con su hijo en los brazos, executado por Miguel Ángel, príncipe de la escuela florentina.

Ni tus Estancias*, Rafael sublime,
Ni la soberbia mole vaticana.

Feliz entónces el pincel ibero
Del GRAN CARLOS la imágen gloriösa
Copiará reverente,
Y al príncipe brillando qual lucero
A par su augusta esposa.
Brille el valor impreso en su alta frente,
Y el consejo prudente;
Las gracias todas en la amable Luisa,
Y en el real pimpollo ¡ay! el consuelo
De dos mundos, la paz y tierna risa
Con que recrea al venerable abuelo.

* Salas del Vaticano pintadas por el gran Rafael, y bien conocidas de los profesores y aficionados a las Artes.

ODA V.

DE LA VERDADERA PAZ.

AL MTRO. FR. DIEGO GONZALEZ.

Delio, quantos al cielo
Importunan con súplicas, bañando
En lloro amargo el suelo,
Van dulce paz buscando,
Y a Dios la están contino demandando.
Las manos extendidas
En su hogar pobre el labrador la implora,
Y entre las combatidas
Olas de la sonora
Mar la demanda el mercader que llora.
¿Por que el feroz soldado
Rompiendo el fuerte muro, a muerte dura
Pone su pecho osado?
¡Ay Delio! así asegura
El ocio blando que la paz procura.

Todos la paz desean,
Todos se afanan en buscarla y gimen;
Mas por artes que emplean,
Las ansias no redimen
Que el apenado corazon comprimen.

Porque no el verdadero
Descanso hallarse puede ni en el oro,
Ni en el rico granero,
Ni en el eco sonoro
Del bélico clarin, causa de lloro;

Sino solo en la pura
Conciencia, de esperanzas y temores
Altamente segura,
Que ni bienes mayores
Anhela, ni del aula los favores;

Mas consigo contenta
En grata y no evidiada medianía,
A su deber atenta,
Solo en el Señor fia,
Y veces mil lo ensalza cada dia.

Ya si de nieve y grana

Pintando asoma el sonrosado oriente
La risueña mañana,
Ya si en su trono ardiente
Se ostenta el sol en el cenit fulgente;
O ya si el velo umbroso
Corre la augusta noche y al rendido
Mundo llama al reposo,
Y el esquadron lucido
De estrellas lleva el ánimo embebido;
Ensálzalo, y le entona
Humilde en feudo el cántico agradable
Que su bondad pregona:
Su ley santa inefable
Con faz obedeciendo inalterable.
¡O vida! ¡o sazonado
Fruto de la virtud! ¡de la del cielo
Remedo acá empezado!
¡Quando el hombre en el suelo
Podrá seguirte con derecho vuelo!
¡Quando será que dexe
El suspirar, temer y el congojoso

Mandár, o que se aleje
Del oro a su reposo,
Muy mas letal que el áspid ponzoñoso!
Entónces tornaria
Al lagrimoso suelo la sagrada
Alma paz, y seria
Tan fácil, Delio, hallada,
Quan hora es ¡ay! en vano procurada.

ODA VI.

AL SOL.

Salud, o sol glorioso,
Adorno de los cielos y hermosura,
Fecundo padre de la lumbre pura;
O rey, o Dios del dia,
Salud: tu luminoso
Rápido carro guia
Por el inmenso cielo,

Hinchendo de tu gloria el baxo suelo.

Ya velado en vistosos
Albores alzas la divina frente,
Y las cándidas horas tu fulgente
Corte alegres componen;
Tus caballos fogosos
A correr se disponen
Por la rosada esfera
Su inmensurable sólita carrera.

Te sonrie la aurora
Y tus pasos precede, coronada
De luz, de grana y oro recamada.
Pliega su negro manto
La noche veladora;
Rompen en dulce canto
Las aves; quanto alienta
Saltando de placer tu pompa aumenta.

Todo, todo renace
Del fúnebre letargo en que envolvia
La inmensa creacion la noche fria.
La fuente se deshiela,

Suelto el ganado pace,
Libre el insecto vuela,
Y el hombre se levanta
Extático a admirar belleza tanta:
Miéntras tú derramando
Tus vivíficos fuegos, las riscosas
Montañas, las llanadas deliciosas,
Y el ancho mar sonante
Vas feliz colorando.
Ni es el cielo bastante
A tu carrera ardiente
De las puertas del alba hasta occidente.
Que en tu luz regalada
Mas que el rayo veloz todo lo inundas,
Y en alas de oro rápido circundas
El ámbito del suelo.
El África tostada,
Las regiones del hielo,
Y el indo celebrado
Son un punto en tu círculo dorado.
¡O! ¡qual vas! ¡quan gloriosa

Del cielo la alta cima enseñoreas,
Lumbrera eterna, y con tu ardor recreas
Quanto vida y ser tiene!
Su ancho gremio amorosa
La tierra te previene:
Sus gérmenes fecundas,
Y en vivas flores súbito la inundas.
En la rauda corriente
Del océano en conjugales llamas
Los monstruos feos de su abismo inflamas.
Por la leona fiera
Arde el leon rugiente;
Su pena lisonjera
Canta el ave, y sonando
El insecto a su amada va buscando.
¡O padre! ¡o rey eterno
De la naturaleza! a ti la rosa,
Gloria del campo, del favonio esposa,
Debe aroma y colores,
Y su racimo tierno
La vid, y sus olores

Y almibar tanta fruta,
Que en feudo el rico otoño te tributa.
Y a ti del cáos umbrío
Debió el salir la tierra tan hermosa,
Y debió el agua su corriente undosa,
Y en luz resplandeciente
Brillar el ayre frio,
Quando naciste ardiente
Del tiempo el primer dia,
¡O de los astros gloria y alegría!
Que tú en profusa mano
Tus celestiales y fecundas llamas,
Fuente de vida, por do quier derramas,
Con que súbito el suelo,
El inmenso oceano
Y el transparente cielo
Respiran: todo vive,
Y nuevos seres sin cesar recibe.
Próvido así reparas
De la insaciable muerte los horrores:
Las víctimas que lanzan sus furores

En la region sombría,
Por ti a las luces claras
Tornan del almo dia,
Y en sucesion segura
De la vida el raudal eterno dura.
Si mueves la flamante
Cabeza, ya en la nube el rayo ardiente
Se enciende, horror al alma delinqüente:
El pavoroso trueno
Retumba horrisonante,
Y de congoja lleno
Tiembla el mundo vecina
Entre aguaceros su eternal ruina.
Y si en serena lumbre
Arder velado quieres, en reposo
Se aduerme el universo venturoso,
Y el suelo reflorece.
La inmensa muchedumbre
Ante ti desparece
De astros en la alta esfera,
Donde arde solo tu inexhausta hoguera.

De ella la lumbre pura
Toma que al mundo plácida derrama
La luna, y Vénus su brillante llama;
Mas tu beldad gloriosa
No retires: obscura
La luna alzar no osa
Su faz, y en hondo olvido
Cae Vénus, qual si nunca hubiera sido.

Pero ya fatigado
En el mar precipitas de occidente
Tus flamígeras ruedas: ¡qual tu frente
Se corona de rosas!
¡Que velo nacarado!
¡Que ráfagas vistosas
De viva luz recaman
El tendido horizonte, el mar inflaman!

La vista embebecida
Puede mirar la desmayada lumbre
De tu inclinado disco: la ardua cumbre
De la opuesta montaña
La reflexa encendida,

Y en púrpura se baña;
Miéntras la sombra obscura
Cubriendo cae del mundo la hermosura.
¡Que magia! ¡que ostentosas
Decoraciones! ¡que agraciados juegos
Hacen do quiera tus volubles fuegos!
El agua de ellos llena
Arde en llamas vistosas,
Y en su calma serena
Pinta ¡o pasmo! el instante
Do al polo opuesto te hundes centellante.
¡A Dios, inmensa fuente
De luz! ¡astro divino! ¡a Dios, hermoso
Rey de los cielos! ¡símbolo glorioso
Del Excelso! y si ruego
A ti alcanza ferviente,
Cantando tu almo fuego
Me halle la muerte impia
A un postrer rayo de tu alegre dia.

ODA VII.

LA NOCHE DE INVIERNO.

¡O! ¡quan hórridos chocan
Los vientos! ¡o que silbos,
Que cielo y tierra turban
Con soplo embravecido!
Las nubes concitadas
Despiden largos rios,
Y aumentan pavorosas
El miedo y el conflicto.
La luna en su albo trono
Con desmayado brillo
Preside a las tinieblas,
En medio de su giro;
Y las menores lumbres,
El resplandor perdido,
Se esconden a los ojos
Que observan sus caminos.

Del Tórmes suena léjos
El desigual rüido,
Que forman las corrientes
Batiendo con los riscos.
¡O invierno! ¡o noche triste!
¡Quan grato a mi tranquilo
Pecho es tu horror! ¡tu estruendo
Quan plácido a mi oido!
Así en el alta roca
Cantando el pastorcillo,
Del mar alborotado
Contempla los peligros.
Tu confusion medrosa
Me eleva hasta el divino
Ser, adorando humilde
Su inmenso poderío;
Y ante él absorto y ciego
Me anego en los abismos
De gloria, que circundan
Su sólio en el empíreo.
Su solio desde donde

Señala los lucidos
Pasos al sol, y encierra
La mar en sus dominios.
¡O ser inmenso! ¡o causa
Primera! ¿donde altivo
Con vuelo temerario
Me lleva mi delirio?
¡Señor! ¿quien sois? ¿quien puso
Sobre un eterno quicio
Con mano omnipotente
Los orbes de zafiro?
¿Quien dixo a las tinieblas:
Tened en señorío
La noche; y vistió al alba
De rosa el manto rico?
¿Quien suelta de los vientos
La furia, o llevar quiso
Las aguas en sus hombros
Del ayre al gran vacío?
¡O providencia! ¡o mano
Süave! ¡o Dios benigno!

¡O padre! ¡do no llegan
Tus ansias con tus hijos!
Yo veo en estas aguas
La mies del blondo estío,
De abril las gayas flores,
De octubre los racimos.
Yo veo de los seres
En número infinito,
La vida y el sustento
En ellas escondido.
Yo veo....no sé como,
Dios bueno, los prodigios
De tu saber explique
Mi pecho enternecido.
Qual concha nacarada,
Que abierta al matutino
Albor, convierte en perlas
El cándido rocío;
La tierra el ancho gremio
Prestando al cristalino
Humor, con él fecunda

Sus gérmenes activos.
Y un dia el hombre ingrato
Con dulce regocijo
Las gotas de estas aguas
Trocadas verá en trigo.
Verá el pastor que el prado
Da yerbas al aprisco,
Saltando en pos sus madres
Los sueltos corderillos
Y en las labradas vegas
Tenderse manso el rio,
Los surcos fecundando
Con paso retorcido.
Los vientos en sus alas,
Qual ave que en el pico
El grano a sus polluelos
Alegre lleva al nido;
Tal próvidos extienden
A términos distintos
Las fértiles semillas
Con soplo repetido.

Las plantas fortifican
En recio torbellino,
Del ayre desterrando
Los hálitos nocivos,
Y en la cansada tierra
Renuevan el perdido
Vigor, porque tributo
Nos rinda mas opimo.
¡O de Dios inefable
Bondad! ¡o altos designios,
Que inmensos bienes causan
Por medios no sabidos!
Do quiera que los ojos
Vuelvo, Señor, yo admiro
Tu mano derramando
Perenes beneficios.
¡Ay! siéntalos mi pecho
Por siempre; y embebido
En ellos te tribute
Mi labio alegres himnos.

ODA VIII.

EL DESEO DE GLORIA

EN LOS PROFESORES DE LAS ARTES.*

Don grande es la alta fama,
Inclito premio de virtud, que al cielo
Encumbra envuelto en nube voladora
Desde el afan del circo polvoroso
Al atleta dichoso,
Que arrebató la oliva triunfadora;
O ya a la muerte, ardiendo en noble anhelo
Entre el plomo tronante, entre la llama
Al ciudadano aclama,

* Leyóse esta oda el dia 14 de julio de 1787 en la junta general de la real Academia de san Fernando para la distribucion de premios de pintura, escultura y arquitectura.

Que impávido obedece a su mandado
Por la brecha trepando con pie osado.
De agudas picas una selva espesa
A su pecho se opone;
Miéntra en glorioso fin de la ardua empresa
Su heroyca diestra denodada pone
El vencedor pendon firme en el muro,
Y el fruto coge de su afan seguro.
Desde la popa hincharse
Ve el ínclito Colon la onda enemiga;
El trueno retumbar; la quilla incierta
Vagar llevada a la merced del viento;
La chusma sin aliento,
Y una honda sima hasta el abismo abierta:
¡Vil galardon a su inmortal fatiga!
Pero él en tanto escribe sin turbarse
La ínclita accion: hallarse
Podrá un dia, exclamando, tan preciado
Depósito, y mi nombre celebrado
De la fama será. Quiso benigno
Darle la mano el cielo,

Y entre las ondas plácido camino
Abrirle fausto hasta el hispano suelo.
El hombre por su arrojo sin segundo
Goza doblado el ámbito del mundo.
La fama a tanto alienta:
Ella al alma feliz que en luces nace
Rica, del baxo vulgo la retira
Al templo do Sofía es adorada,
Y en su luz embriagada
Sus inmensos tesoros muda admira.
¡Que vigilia! ¡que afan le satisface!
¡O en que invencion su anhelo se contenta!
Todo lo ansia sedienta
A par que alcanza mas: la noche, el dia
Son breves a su ardor. Solo ella guia
Del mando en el sendero peligroso
Al varon que eminente,
Miéntra el vil ocio duerme perezoso,
Busca profundo y forma en su alta mente
Leyes que hagan el mundo afortunado,
Fruto de su vigilia y su cuidado.

Mas la gloria lo ordena,
La gloria de almas grandes alimento,
Que a la virtud divina confiada
Peligros y sudores desestima.
Esta llama que anima
El frágil mortal pecho, denodada
Todo lo emprende y tienta: ¿a su ardimiento
Que puede huir? La inmensidad terrena
El corazon no llena,
Que aun es su ámbito al hombre espacio breve,
Y en su mente sublime a mas se atreve.
Ya el águila caudal suelto le mira
Partir su señorío,
Quando en los ayres se remonta y gira;
Baxa alígero el ayre a su albedrío;
Y el raudo Sena aun se paró asustado
De hispano enxuto pie viéndose hollado.
¡O de ingenio divino
Sumo poder! La mente creadora,
Émula del gran Ser que le dió vida,
Hasta las obras enmendar desea

De su alta excelsa idea.
Así en la llana tabla colorida,
Nuevos seres engendra y los mejora
De diestra mano el toque peregrino.
Así en feliz destino
El dibuxo halló Ardíces contornado,
El color Polignoto variado,
Las líneas otro, y otro los pinceles.
La sabia perspectiva
Los cuerpos ordenó, dexando a Apéles
La gracia celestial, nunca mas viva
Que al admirarla Grecia compendiada
En su COA DEIDAD, aun no acabada.
¿Al arte engañadora
Que entónces resistió? duda la mano
Sombras palpando, si la vista, o ella
Es la burlada, y torna y se asegura.
Una inmensa llanura
Encierra espacio breve, y por corrella
La planta anhela con ardor liviano:
De Helena infiel la sombra me enamora,

Y aun tierno el pecho llora,
Dido infeliz, tu trance doloroso,
Viendo extático un lienzo mentiroso.*
¡O mágico poder! el delicado
Boton, la hórrida nube,
La vaga luz, el verde variado,
El ave que volando al cielo sube
Solo unas líneas son, y al pensamiento
Qual la misma verdad llevan contento.
Ni los mas escondidos
Movimientos del alma y sus pasiones
Pueden el reyno huir de los pinceles.
Sorpréndelos el arte: indaga el pecho,
Y vélo un volcan hecho
De turbados deseos, que los fieles
Matices le trasladan. Las razones
Del Itacense escuchan los oidos,
Yelmo y paves bruñidos,

* La muerte de Dido, célebre quadro del Guido.

Y el hasta del gran hijo de Peleo
Al Griego demandando (1). El genio veo,
El ateniense genio, vario, ayrado,
Feroz, fugaz, injusto,
Clemente, compasivo y elevado
A un tiempo todo (2); y al mirar me asusto
La faz de la impia Guerra, que indignada
Al carro brama de Alexandro atada (3).
Tanto el deseo alcanza
De fama eterna, si su llama prende
En un pecho mortal. Ella al divino
Apéles lleva a Ródas de sus lares

(1) Célebre quadro de Timántes, en que venció a Parrasio.

(2) Quadro de Parrasio, de que hace memoria Plinio como ingenioso.

(3) Excelente obra de Apéles consagrada por Augusto en su Foro, de donde tomó Virgilio su sublime descripcion del Furor bélico.

Por los tendidos mares;
Tiene años siete en un afan contino
De Ialiso al autor, el genio enciende
De Rafael, y el cetro le afianza,
Con eterna alabanza,
De la pintura en su TABOR pasmoso.
Várgas, Céspedes, Juánes el reposo
Pierden por ella el Lacio discurriendo;
Y tú, Mengs sobrehumano,
Tú, malogrado Mengs, en ella ardiendo
Los pinceles no sueltas de la mano:
Ve tus divinas tablas envidiosa
Natura, y tu alma grande aun no reposa.
Pero ¡o memoria aciaga!
Él muere, y en su tumba el genio helado
De la pintura yace. La hechicera
Gracia, la ideal belleza, la ingeniosa
Composicion, la hermosa
Verdad del colorido, la ligera
Expresion, el dibuxo delicado....
¡Ah! ¿donde triste mi memoria vaga?

Dexa que satisfaga,
NOBLE ACADEMIA, a mi dolor: de flores
Sembrad la losa fria: estos honores
Son al PINTOR FILÓSOFO debidos,
Al émulo de Apéles.
Y tú, insigne Carmona, repetidos
En el cobre nos da de sus pinceles
Los milagros; que ¡o quanta! ¡o quanta gloria
Guarda el tiempo a la suya y tu memoria!
Mas yo del mármol mudo,
Del mármol espirante arrebatado,
Do volverme no sé: por qualquier parte
Un Numen halla atónito el deseo.
Aquí extasiado veo
Que al mismo Amor amor infunde el arte (1);
Allí del fiero atleta
Huyo (2); y siento acullá que al golpe rudo
El gladiador forzudo

(1). El bellísimo Cupido de la Academia.
(2) El atleta combatiendo, obra excelente.

Cae, agoniza y lanza por la herida
Envuelta en sangre la infelice vida (1).
Quiero ahuyentar el ave que arrebata
Al barragan troyano (2);
Por el dolor que a Níobe maltrata
Tierno se agita el corazon liviano (3),
Y en él qual cera cada bulto imprime
El mismo afecto que falaz exprime.

Émula y compañera
Del mágico pincel, tú en el grosero
Mármol con mano diestra vas buscando
La divina beldad que en sí tenia:
Tú a su materia fria
Dar sabes vida y movimiento blando,
Y haces eterno al ínclito guerrero.

(1) El gladiador moribundo, estatua sublime.

(2) El hermoso Ganimédes.

(3) El grupo de la Níobe, lleno de expresion y belleza.

Aun de Antonio al sucesor venera
Presente Roma (1): aun fiera
La faz del Macedon reyna entallada.
Y tú en inmensas fábricas osada,
Con arcos y palacios suntüosos
Tambien, o arquitectura,
Sabes eternizar; siempre famosos
Serán Délfos y el Faro: intacta dura
De Artemisa la fama, y de Palmira
La opulenta grandeza el mundo admira (2).
¡O corte suntüosa!
¡O muestra eterna del poder humano!
¡De la ínclita Zenobia augusta silla!
¿A quien estrago tanto no estremece?
¿Quien ¡ay! no se enternece
Al ver el templo inmenso, maravilla

(1) La insigne estatua eqüestre de Marco Aurelio.

(2) Las inmensas ruinas de Palmira aun son hoy el asombro y la lástima de quantos viageros las visitan.

Del arte, desolado, al verde llano
Igual ya la muralla portentosa,
La selva vasta hermosa
De colunas del tiempo destrozada,
Relieve tanto e inscripcion hollada?
Entre escombros y mármoles los valles
Solitarios la mente
Finge azorada dilatadas calles;
Oye el rüido y voces de la gente,
Y a mil sombras gritar, ¡ay! ¡ay Palmira!
Y entre miedo y horror tambien suspira.
Pace triste el ganado
Los soberbios salones; son zarzales
Los pavimentos; do el poder moraba,
La mísera indigencia habita ahora.
¿La mano asoladora
Del implacable tiempo, que no acaba?
Así del regio alcázar las señales
Irritan el dolor, y el destrozado
Obelisco sagrado,
Y el pórtico y excelsos capiteles,

Que a inmenso afan puliéron los cinceles.
Pero en tanta reliquia venerable
Escrita está la gloria
Del asiano esplendor siempre durable,
Y de Zenobia la ínclita memoria;
Y así, o CARLOS, tu nombre esclarecido
Fábrica tanta librará de olvido.
O pio, feliz, justo,
O comun padre, o triunfador, amigo
Y amparo de las Artes generoso,
BENIGNO CARLOS, tu reál largueza
Las sublimó a la alteza
En que hoy las mira el español dichoso.
Desde tu excelso trono el blando abrigo
¡O! síguele indulgente, y dexa, Augusto,
Dexa acercar sin susto
A tus plantas mi Musa, y reverente
Ceñir de lauro tu sagrada frente.
Dexa a las Artes, al hispano anhelo
Gozar tu deseada
Forma en estatuas mil; da este consuelo

A tus hijos: tu corte decorada
Del domadòr de Nápoles se vea.
¡O! ¡alcánzelo mi ruego, y luego sea!
  Y tú que con él partes
Los inmensos cuidados, embebido
En la comun salud, tambien patrono
De las Musas, munífico Mecénas,
Las congojosas penas
Depon del mando, y oficioso al trono
Sube el ferviente voto repetido,
Que hacen conmigo tus amigas Artes.
Tú que aquí les repartes
Mil dones liberal, tambien al lado
Del TERCER CARLOS te verás copiado;
Ya en faz benigna y mano cariñosa
Dando a esta turba ardiente
De jóvenes la palma gloriösa;
Ya oyendo al artesano diligente;
O ya al triste colono el yugo grave
Legislador tornando mas süave.

ODA IX.

PROSPERIDAD APARENTE

DE LOS MALOS.

En medio de su gloria así decia
El pecador: En vano
Tender puede el Señor su débil mano
Sobre la suerte mia.

A las nubes mi frente se levanta
Y en el cielo se esconde.
¿Donde está el justo? ¿las promesas donde
Del Dios que humilde canta?

Hiel es su pan, y miel es mi comida,
Y espinas son su lecho:
¿Con su inútil virtud que fruto ha hecho?
Insidiemos su vida.

A hierro por mis hijos sean taladas
Sus casas y heredades,
Y ellos mi inclita fama a las edades

Lleven mas apartadas.

Que el nombre de los buenos como nube
Se deshace en muriendo;
Solo el del poderoso va creciendo,
Y a las estrellas sube:

Cayga, cayga en mis redes su simpleza.
Él habló, yo pasaba;
Mas al tornar por verle la cabeza,
Ya no hallé donde estaba.

Su gloria se deshizo, sus tesoros
Carbones se volviéron,
Sus hijos al abismo descendiéron,
Sus risas fuéron lloros.

La confusion y el pasmo en su alegría
Los pasos le tomáron,
Y entre los lazos mismos le enredáron
Que al bueno prevenia.

Del injusto opresor esta es la suerte:
No brillará su fuego,
Y andará entre tinieblas como ciego
Sin que camino acierte.

La muerte le amenaza, los disgustos
Le esperan en el lecho,
Contino un áspid le devora el pecho,
Contino vive en sustos.

Amanece, y la luz le da temores;
La noche en sombras crece,
Y a solas del averno le parece
Sentir ya los horrores.

Dará, huyendo del fuego, en las espadas;
El Señor le hará la guerra,
Y caerán sus maldades a la tierra
Del cielo reveladas.

Porque del bien se apoderó inhumano
Del huérfano y viüda,
Le roerá las entrañas hambre aguda,
Y huirá el pan de su mano.

Su edad será marchita como el heno:
Su juventud florida
Caerá qual rosa del granizo herida
En medio el valle ameno.

Tal es, gran Dios, del pecador la suerte;

Pero al justo que fia
En tu promesa y por tu ley se guia,
Jamas llega la muerte.
Sus años correrán qual bullicioso
Arroyo en verde prado,
Y qual fresno a sus márgenes plantado
Se extenderá dichoso.

ODA X.

EL FANATISMO.

Tronó indignado el cielo,
Y sus polos altísimos tembláron
Contra el ciego mortal, que en torpe rito
Mancillara en el suelo
La imágen soberana
De su autor infinito.
Al Dios del universo abandonáron
Sus hijos por la vana

Deidad, que impios de su mano hicieran,
Y nuevos cultos crédulos le dieran.
Aquí acatar se via
La piedra bruta, miéntra allí abrasâdo
Entre los brazos del helado viejo
El infante gemia.
En el remoto Nilo
Con infame cortejo
Iba, y danzas y cánticos llevado
El feroz cocodrilo,
Y la casta matrona incienso daba
Al adulterio que su pecho odiaba.
Tronó el cielo en obscura
Noche y en tempestad hórrida y fiera,
Y a la tierra el sangriento Fanatismo
Lanzó en su desventura.
Las cadenas cruxiéron
Del pavoroso abismo;
Tembló llorosa la verdad sincera;
Los justos se escondiéron,
Triunfando en tanto en júbilo indecente

El fraude obscuro y la ambicion ardiente.
El monstruo cae, y llama
Al Zelo y al Error; sopla en su seno,
Y a ámbos al punto en bárbaros furores
Su torpe aliento inflama.
La tierra ardiendo en ira
Se agita a sus clamores;
Iluso el hombre y de su peste lleno
Guerra y sangre respira;
Y envuelta en una nube tenebrosa,
O no habla la razon, o habla medrosa.
Y él va, y crece y se extiende
Del suelo en la ancha faz, los altos cielos
Su frente toca, la soberbia planta
Al abismo desciende.
Con su cetro pesado
Los imperios quebranta:
De pálidos espectros, de rezelos
Y llamas rodeado,
El orbe qual un Dios ciego le implora,
Y sus leyes de sangre humilde adora.

Entónces fuera quando
Aquí a un iluso extático se via
Vuelta la inmóvil faz al rubio oriente,
Su tardo Dios llamando;
En sangre allí teñido
Al bonzo penitente;
Sumido a aquel en una gruta umbría;
Y el rostro enfurecido
Señalar otro al vulgo fascinado
Lo futuro, en la trípode sentado.
Do quier un nuevo rito,
Y un presagio fatal que horrible llena
La tierra de mil pánicos terrores,
Confundido el delito
Con la virtud gloriosa;
Coronada de flores
La infeliz vírgen que a morir condena
La cazadora Diosa;
Y en medio un pueblo que su zelo admira
La indiana alegre en la inflamada pira.
Así el monstruo batiendo

Las insolentes palmas, en su umbroso
Trono domina el orbe consternado;
Qual con fragor tremendo
Su hondo seno estremece
El Vesubio inflamado,
El cielo envuelto en humo pavoroso
Su alba faz obscurece,
Y cubre un ancho mar de ardiente lava
El rico suelo do Pompeya estaba.
De puñales sangrientos
Armó de sus ministros y lucientes
Hachas la diestra fiel: ellos clamáron,
Y los pueblos atentos
A sus horribles voces
Corriendo van: tembláron
Los infelices reyes, impotentes
A sus furias atroces;
Y ¡ay! en nombre de Dios gimió la tierra
En odio infando, en exêcrable guerra.
Cada qual le ve ciego
En su delirio atroz: oir le parece

Su omnipotente voz, y armar su mano
Siente del crudo fuego
De su ira justiciera.
Del hermano el hermano,
Del hijo el padre víctima perece,
Y en la encendida hoguera
Lanza el esposo a la inocente esposa:
Ni un ¡ay! su alma feroz despedir osa.
¿Que es esto, autor eterno
Del triste mundo? ¿tu sublime nombre
Que en él se ultraje a moderar no alcanzas?
¿Desdeñas el gobierno
Ya de sus criaturas?
¿Y a infelices venganzas,
Y sangre y muerte has destinado el hombre?
¿A tantas desventuras
Ningun término pones? ¿o el odioso
Monstruo por siempre triunfará orgulloso?
Vuelve, y a tu divina
Nuda verdad en su pureza ostenta
Al pavorido suelo: el azorado

Mortal su luz benigna
Goze y ledo respire:
Nò tiemble desmayado,
No tiemble, no, tu cólera sangrienta
Quando tu cielo mire.
Dios del bien, vuelve, y al averno obscuro
Derroca omnipotente el monstruo impuro.
¡Ay! que toma la insana
Ambicion su disfraz, y ardiente irrita
Su rabia asoladora y sus furores.
¡La quadrilla inhumana,
Qual vaga! ¡que encendido
El rostro, y que clamores!
¡Como a abrasar, a devastar se incita!
Y en tremendo rüido
Corre vibrando la sonante llama,
Y al Dios de paz en sus horrorès llama.
Vedla, vedla regida
Del fiero Mahomet, qual un torrente
Que ondisonante la anchurosa tierra
Devasta sumergida,

De la Arabia abrasada
Con la llorosa guerra
Precipitarse en el tranquilo oriente:
En la diestra la espada,
Y el alcoran en la siniestra alzando,
MUERE O CREE, frenética clamando.
De allí de luto llena
El África infeliz, y tu luz clara
En su ira ardiente ¡o España! ¡o patria mia!
A esclavitud condena.
El trono de oro hecho
Y rica pedrería,
Que opulenta Toledo un tiempo alzara,
En polvo cae deshecho.
Alcázares, ciudades, templos, todo
Se hunde ¡o dolor! con el poder del godo.
El de Ismael domina
Del indo al mar cantábrico, y la mora
Llama en el ancho suelo arde ligera.
En medio la ruina
Del orbe amedrentado

La ominosa bandera
Se encumbra de la luna triunfadora;
Y ¡ay! en tigre mudado,
Ciego el califa en su sangriento zelo
Despuebla el mundo por vengar el cielo.

De repente una obscura
Niebla inundó la tierra desolada,
Y el genio y las virtudes se apagáron:
Su divina hermosura
Las ciencias congojosas
Entre sombras lloráron
A manos del error vilmente ajada;
Y de mil pavorosas
Supersticiones la conciencia llena,
Se dobló el hombre su infeliz cadena,

ODA XI.

A LA LUNA.

Deten el presto vuelo
De tu brillante carro luminoso,
O luna celestial, dexa a un lloroso
Mortal que lastimado
Te contempla en el suelo,
En tu rostro nevado
Gozarse, y tu alba lumbre
Posada ver del cielo en la alta cumbre.

Déxame, o luna bella,
Que con ojos extáticos te mire,
Y a verte torne, y en mi mal respire.
Y miéntra en pos la mente
Va de tu excelsa huella,
Cante yo balbuciente
Tu magestad gloriosa,
Plácida reyna de la noche umbrosa.

Ella su pavonado
Fúnebre manto por la inmensa esfera
Volando en torno desplegó ligera,
Con rica bordadura
De luceros ornado;
Y en magestad obscura
Lanzando al rubio dia,
Con negro cetro al mundo presidia.
Todo al cáos pavoroso
Semejaba tornar, todo callaba:
Su movimiento rápido paraba
La gran naturaleza;
Con un velo nubloso
La divina belleza
Del orbe confundida,
Y entre el horror su inmensidad perdida:
Quando tú levantando
La frente clara por las altas cimas,
En tu trono de nácar te sublimas
Con marcha reposada;
Y el velo desgarrando

De la esfera estrellada,
Las tinieblas ahuyentas,
Y el baxo suelo a par plácida alientas.
¡O! ¡con quanta alegría
Se baña el cielo en tu esplendor sereno!
¡O! ¡qual renace el universo, lleno
De tu argentada llama,
Del duelo en que yacia!
¡Quan presta se derrama
Por el ancho horizonte,
Inunda el valle, y esclarece el monte!
En el vecino rio
Que sesga ondisonante en la pradera,
Saltando entre sus ondas va ligera:
En centellantes fuegos
Entre el bosque sombrío
Brilla y graciosos juegos;
Y la vista engañando
Se pierde al fin mil llamas reflexando,
Tú sigues coronada
De puros rayos la nevada frente;

Y con la undosa túnica esplendente
El ancho cielo llenas,
En torno acompañada
De las horas serenas
Y tanta estrella hermosa,
Que humilde acata tu deidad gloriosa.
  Mas con la excelsa lumbre
Que el sol tu hermano de su trono de oro
Te presta grato, del fulgente coro
Las llamas obscureces;
Y sola en la alta cumbre
De los cielos pareces,
Do tu beldad divina
Sobre la inmensa creacion domina.
  Así en vuelo incesante
Te arrastra en pos de sí la tierra obscura.
Ya lleno el ancho disco de luz pura
Al sol roxo sucedes;
Ya qual línea radiante
Empiezas; ya precedes
Al alba, circundada

De soles que ornan tu beldad menguada.
Y siempre saludable
Al baxo mundo, en movimiento blando
Tus rayos van la atmósfera agitando:
Hasta el profundo seno
Del mar vasto insondable
Su ardor baxa, y él lleno
Se derrama en la arena,
Y luego vuelve y su correr enfrena.
Quanto las aguas claras,
Quanto la tierra próvida sustenta,
Y el aura leve de vivientes cuenta,
Todo, luna, te adora.
Tú las selvas amparas,
Tú engalanas a Flora,
Y tú en grato rocío
Su blonda mies sazonas al estío.
¡O! ¿sin ti que seria
Del suelo en negras sombras sepultado
Las largas noches del invierno helado?
¿Y que, quando el Can arde;

A un inflamado dia
Muy mas sigue la tarde;
El mundo desfallece,
Y la congoja abrasadora crece?
Mas llena de ternura
Tu deidad sale, y la tiniebla espesa,
O enero triste, de tus noches cesa.
Vese el hielo punzante
Entre la lumbre pura
Revolar centellante,
Y en calma venturosa
El orbe yerto de su horror reposa.
O si en voluptüosos
Rayos de sirio el triste desaliento
Calmar te place, bullicioso el viento
Te sigue, y de la tierra
Con soplos vagarosos
La congoja destierra,
Do el mortal alentado
Respira y goza, en tu fulgor bañado.
Entónces todo vive:

Tu luz, Luna, tu luz clara y süave
Tornar en dia las tinieblas sabe.
Entre la sombra obscura
El soto la recibe:
Goza de la verdura
La vista, y fugitiva
Se pierde en una inmensa perspectiva.
¡O del cielo señora!
Del Dios del dia venturosa hermana!
¡De los brillantes astros soberana!
A ti en triste gemido
En alta mar implora
El náufrago perdido,
Y a ti gozoso mira
El caminante, y por tu luz suspira.
El congojado pecho
Te adora humilde: su afliccion te cuenta,
Y en muda soledad contigo alienta,
Quando con voz doliente
En lágrimas deshecho
Se lastima, y clemente

Para templar su duelo
Tus ruedas paras en el alto cielo.
En lecho de dolores
Por ti el enfermo desvelado clama,
Y el ferviente amador tambien te llama,
Ya en la inmensa ventura
De sus ciegos favores,
Ya en su triste amargura
Si gime abandonado,
O arde su pecho en infeliz cuidado.
Y a todos oficiosa
Acorrer sabes y amaynar sus penas,
Y de esperanzas y dulzuras llenas
Los míseros mortales.
¡Consoladora Diosa!
¡Luna! calma mis males,
Y vuelve al alma mia
La paz, la blanda paz que ántes tenia.
Horrísona tormenta
Brama: la envidia de su atroz veneno
Hiciera blanco mi inocente seno,

La calumnia me infama,
El poder me amedrenta,
Sopla el odio la llama,
Y en mi duelo profundo
Tú sola me oyes en el ancho mundo.
Sola tú.... ¡mas que miro!
Una nube fatal salióte al paso,
Te envuelve en sus tinieblas, y al ocaso
Arrastra tu luz pura.
Cesa el brillante giro,
Cesa, y no tu hermosura
Así infamarse quiera;
Y tú, nube cruel, huye ligera.
Te hundiste ya, y perdida,
Entre su horror el orbe se obscurece,
Y el luto infausto y la tiniebla crece.
¡Ah beldad desgraciada!
Tambien fugaz mi vida
Brilló, y fué sombra y nada.
Tú empero a rayar tornas,
Y de luz nueva el universo adornas.

ELEGÍAS MORALES.

ELEGÍA I.

A JOVINO:

EL MELANCÓLICO.

Quando la sombra fúnebre y el luto
De la lóbrega noche el mundo envuelven
En silencio y horror, quando en tranquilo
Reposo los mortales las delicias
Gustan de un blando saludable sueño;
Tu amigo solo en lágrimas bañado
Vela, Jovino, y al dudoso brillo
De una cansada luz en tristes ayes
Contigo alivia su dolor profundo.
¡Ah! ¡quan distinto en los fugaces dias
De sus venturas y soñada gloria,
Con grata voz tu oido regalaba!
Quando ufano y alegre, seducido
De crédula esperanza al fausto soplo,
Sus ansias, sus delicias, sus deseos

Depositaba en tu amistad paciente,
Burlando sus avisos saludables.
Huyéron prestos como frágil sombra,
Huyéron estos dias; y al abismo
De la desdicha el mísero ha baxado.

Tú me juzgas feliz.... ¡O si pudieras
Ver de mi pecho la profunda llaga,
Que va sangre vertiendo noche y dia!
¡O si del vivo, del letal veneno
Que en silencio le abrasa, los horrores,
La fuerza conocieses! ¡Ay Jovino!
¡Ay amigo! ¡ay de mí! Tú solo a un triste,
Leal confidente en su miseria extrema,
Eres salud y suspirado puerto.
En tu fiel seno, de bondad dechado,
Mis infelices lágrimas se vierten
Y mis querellas sin temor; piadoso
Las oye, y mezcla con mi llanto el tuyo.
Ten lástima de mí: tú solo existes,
Tú solo para mí en el universo.
Do quiera vuelvo los nublados ojos

Nada miro, nada hallo que me cause
Sino agudo dolor o tedio amargo.
Naturaleza en su hermosura varia
Parece que a mi vista en luto triste
Se envuelve umbría, y que sus leyes rotas,
Todo se precipita al cáos antiguo.

Sí, amigo; sí: mi espíritu insensible
Del vivaz gozo a la impresion süave,
Todo lo anubla en su tristeza obscura,
Materia en todo a mas dolor hallando,
Y a este fastidio universal que encuentra
En todo el corazon, perene causa.
La rubia aurora entre rosadas nubes
Plácida asoma su risueña frente
Llamando al dia, y desvelado me oye
Su luz molesta maldecir; los trinos
Con que las dulces aves la alborean
Turbando mis lamentos importunos.
El sol velando en centellantes fuegos
Su inaccesible magestad, preside
Qual rey al universo, esclarecido

De un mar de luz que de su trono corre;
Yo empero huyendo dél sin cesar llamo
La negra noche, y a sus brillos cierro
Mis lagrimosos fatigados ojos.
La noche melancólica al fin llega
Tanto anhelada; a lloro mas ardiente,
A mas gemidos su quietud me irrita.
Busco angustiado el sueño; de mí huye
Despavorido, y en vigilia odiosa
Me ve desfallecer un nuevo dia,
Por él clamando detestar la noche.
Así tu amigo vive: en dolor tanto,
Jovino, el infelice de ti léjos,
Léjos de todo bien sumido yace.
¡Ay! ¿donde alivio encontraré a mis penas?
¿Quien pondrá fin a mis extremas ansias?
¿O me dará que en el sepulcro goze
De un reposo y olvido sempiternos?....
Todo, todo me dexa y abandona.
La muerte imploro, y a mi voz la muerte
Cierra dura el oido: la paz llamo,

La suspirada paz que ponga al ménos
Alguna leve tregua a las fatigas
En que el llagado corazon guerrea:
Con fervorosa voz en ruego humilde
Alzo al cielo las manos; sordo se hace
El cielo a mi clamor; la paz que busco
Es guerra y turbacion al pecho mio.
Así huyendo de todos, sin destino,
Perdido, extraviado, con pie incierto,
Sin seso corro estos medrosos valles,
Ciego, insensible a las bellezas que hora
Al ánimo do quiera reflexîvo
Natura ofrece en su estacion mas rica.
Un tiempo fué que de entusiasmo lleno
Yo las pude admirar, y en dulces cantos
De gratitud holgaba celebrarlas
Entre éxtasis de gozo el labio mio.
¡O como entónces las opimas mieses,
Que de dorada arista defendidas
En su llena sazon ceden al golpe
Del abrasado segador! ¡o como

La ronca voz, los cánticos sencillos
Con que su afan el labrador engaña,
Entre sudor y polvo revolviendo
El rico grano en las tendidas eras,
Mi espíritu inundaran de alegría!
Los recamados centellantes rayos
De la fresca mañana, los tesoros
De llama inmensos que en su trono ostenta
Magestüoso el sol, de la tranquila
Nevada luna el silencioso paso,
Tanta luz como esmalta el velo hermoso
Con que en sombras la noche envuelve el mundo,
Melancólicas sombras, jamas fueran
Vistas de mí, sin bendecir humilde
La mano liberal, que omnipotente
De si tan rica muestra hacernos sabe:
Jamas lo fueran, sin sentir batiendo
Mi corazon en celestial zozobra.
Tú lo has visto, Jovino, en mi entusiasmo
Perdido, dulcemente fugitivas

Volárseme las horas....Todo, todo
Se trocó a un infeliz: mi triste musa
No sabe ya sino lanzar suspiros,
Ni saben ya sino llorar mis ojos,
Ni mas que padecer mi tierno pecho.
En él su hórrido trono alzó la obscura
Melancolía, y su mansion hicieran
Las penas veladoras, los gemidos,
La agonía, el pesar, la queja amarga,
Y quanto monstruo en su delirio infausto
La azorada razon abortar puede.
¡Ay! ¡si me vieses elevado y triste,
Inundando mis lágrimas el suelo,
En él los ojos, como fria estatua
Inmóvil y en mis penas embargado,
De abandono y dolor imágen muda!
¡Ay! ¡si me vieses ¡ay! en las tinieblas
Con fugaz planta discurrir perdido,
Bañado en sudor frio, de mí proprio
Huyendo y de fantasmas mil cercado!
¡Ay! ¡si pudieses ver....el devaneo

De mi ciega razon, tantos combates,
Tanto caer y levantarme tanto,
Temer, dudar y de mi vil flaqueza
Indignarme afrentado, en vivas llamas
Ardiendo el corazon al tiempo mismo!
¡Hacer al cielo mil fervientes votos,
Y al punto traspasarlos....el deseo....
La pasion, la razon ya vencedores....
Ya vencidos huir!... Ven, dulce amigo,
Consolador y amparo, ven y alienta
A este infeliz, que tu favor implora.
Extiende a mí la compasiva mano,
Y tu alto imperio a domeñar me enseñe
La rebelde razon: en mis austeros
Deberes me asegura en la escabrosa
Difícil senda que temblando sigo.
La virtud celestial y la inocencia
Llorando huyeran de mi pecho triste,
Y en pos de ellas la paz: tú conciliarme
Con ellas puedes, y salvarme puedes.
No tardes, ven; y poderoso templa

Tan insano furor: ampara, ampara
A un desdichado que al abismo que huye,
Se ve arrastrar por invencible impulso;
Y abrasado en angustias criminales,
Su corazon por la virtud suspira.

ELEGÍA II.

DE MI VIDA.

¿Donde hallar podré paz? ¿el pecho mio
Como alivio tendrá? ¿de mi deseo
Quien bastará a templar el desvarío?
Quanto imagino, quanto entiendo y veo
Todo enciende mi mal; todo alimenta
Mi furor en su ciego devaneo.
Se alza espléndido el sol y el mundo alienta
De vida y accion lleno; a mí enojosa
Brilla su luz, y mi dolor fomenta.
Corre el velo la noche pavorosa

Bañando en alto sueño a los mortales,
Y en plácida quietud todo reposa:
Yo solo en vela en ansias infernales
Gimo, y el llanto mis mexillas ara,
Y al cielo envio mis eternos males.
¡Ay! ¡la suerte enemiga quan avara
Desde la cuna se ostentó conmigo!
Jamas el bien busqué, que el mal no hallara.
En cuitada orfandad, niño, de abrigo
Falto, solo en el mundo, quien me hiciese
No hallé un halago, o me abrazase amigo.
¿Justicia pudo ser que así naciese
Para ser infeliz? ¿que de mi seno
Nunca el gozo señor ni un punto fuese?
¿Nacen los hombres a penar? ¿ageno
Es el bien de la tierra? ¿o me castigas
A mí tan solo, Dios clemente y bueno?
Perdona mi impaciencia, si me obligas
A tan míseras quejas: ¿por que el crudo
Dolor un breve punto no mitigas?
¿Por que, por que me hieres tan sañudo?

¿Quieres, justo Hacedor, romper tu hechura?
¿El polvo ¡ay padre! en que ofenderte pudo?
Da paz a este mi pecho: de la obscura
Tiniebla en que mis pies envueltos veo,
Llévame por tu diestra a la luz pura.
El iluso y frenético deseo
Rige, Señor, con valedora mano,
Y haz la santa virtud mi eterno empleo.
Yo de mí nada puedo: que liviano,
Si asirle quiero, escapa; si frenarle,
De mi flaco poder se burla insano.
¡Quantas! ¡o quantas veces arrancarle
Del abismo do está! ¡quantas del puro,
Del casto bien propuse enamorarle!
¡O si alcanzase en soledad seguro
Vivir al ménos, exclamé llorando!
Mi estado fuera entónces ménos duro.
Ferviente hasta el gran Ser la mente alzando,
La quieta noche, el turbulento dia
Pasara yo sus obras contemplando.
Con el alba la célica armonía

De las aves del sueño me llamara,
Y a las suyas mi lengua se uniria
A adorar su bondad: quando vibrara
Mas sus fuegos el sol, del bosque hojoso
La sombra misteriosa me guardara:
Si su pendon la noche silencioso
Alzara, y en su trono la alba luna
Bañara el mundo en esplendor gracioso,
Yo sus pasos siguiendo de una en una
Recordara, seguro de mas daños,
Las vueltas que en mí usara la fortuna.
Allí alegre riyera sus engaños,
Su falaz ofrecer, el devaneo
De mis perdidos juveniles años.
Amé, y hallé dolor: volví el deseo
A las ciencias, creyendo que serian
Al alma enferma saludable empleo;
Las ciencias me burláron: me ofrecian
Remedios que mis llagas irritaban,
Y á la [illegible] razon grillos ponian
[illegible], y corri do me llamaban

La oficiosa ambicion y los honores
Entre mil, que sus premics anhelaban;

Mas fastidiéme al punto, y a las flores
Me torné del placer tras un mentido
Bien, que a mi pecho causa mil dolores.

¡O! ¡hubiese siempre en soledad vivido!
¡Siempre del mundo al ídolo cerrado
Los ojos, y a su voz mi incauto oido!

Y hubiera tantas ansias excusado,
Tanto miedo, y vergüenza y cruda pena,
Vigilia tanta en lágrimas bañado.

Pero el cielo parece que condena
Los hombres al error, y que se place
En que arrastren del vicio la cadena:

Nunca el seguro bien nos satisface;
El placer nos fascina; la paz santa
Morada nunca entre sus flores hace.

¿Quien hay que huelle con segura planta
La ardua senda del bien? ¿y quien perdida,
La torna a hallar, y en ella se adelanta?

Toda es escollos nuestra frágil vida:

Tiende el vicio la red, y la dañosa
Ocasion por mil artes nos convida.
El deseo es osado, quan medrosa
Y flaca la razon: a quien el oro,
A quien mirada encanta cariñosa:
Otro al son corre del clarin sonoro
Tras la gloria fatal, y en grato acento
Le suena el bronce horrible, el triste lloro:
Aquel con impia audacia al elemento
Voluble se abandona en frágil nave,
Y los monstruos dél mira contento.
Nadie se rige por razon, ni sabe
Que codicia, que teme, que desea,
Qual cosa vitupere y qual alabe.
Así el hombre felice devanea
Sin que jamas el justo medio acierte,
Y el mal de todos lados le rodea,
Hasta que da por término en la muerte.

DISCURSOS.



DISCURSO I.

LA DESPEDIDA DEL ANCIANO.*

Por un valle solitario,
Poblado de espesas hayas
Que a la silenciosa luna
Cierran el paso enramadas,
Un anciano venerable,
A quien de la dulce patria
Echan el odio y la envidia,
Con inciertos pasos vaga.
De quando en quando los ojos
Vuelve hácia atras y se para;
Y ahogársele el pecho siente
Con mil memorias aciagas.

* Este Discurso se imprimió ántes de ahora en el núm. CLIV del Censor, periódico tan útil como conocido.

¡O! ¡quiera el cielo benigno,
En voz dolorida exclama,
Que sobre ti, patria ciega,
Mi persecucion no cayga!
Tú te ofendes de los buenos,
Y de tus hijos madrastra
Sus virtudes con oprobrios,
Con grillos sus luces pagas.
Si la calumnia apadrinas,
La desidia y la ignorancia,
¿Donde los varones sabios
Podrás hallar que hoy te faltan?
La verdad ser gusta libre,
Y con el honor se inflama:
El no preciarla la ahuyenta,
Las cárceles la degradan.
Nunca el saber fué dañoso,
Ni nunca ser supo esclava
La virtud: si ciudadanos
Quieres, eleva las almas.
¡Que carrera tan inmensa

Se te descubre! labranza,
Poblacion, letras, costumbres,
Todo tu atencion aguarda.
Aduladores te pierden,
Que tus dolencias regalan:
Cierra el pecho a sus consejos,
Y el oido a sus falacias.
Las virtudes son severas,
Y la verdad es amarga:
Quien te la dice te aprecia,
Y quien te adula te agravia.
Contempla la edad augusta,
Quando en tu seno brillaban
Mil héroes, dichosa envidia
De las naciones extrañas;
Siglo de oro de tus glorias,
En que a la tierra humillada
Enseñoreaste a un tiempo
Con las letras y las armas.
¿Que se hiciera de tus timbres?
¿De la sangre derramada

De tus valerosos hijos
Qual fruto, dime, sacarás?
¿Por que al ménos no los premias,
Y su virtud nos consagras
En honrosas inscripciones,
Y en inmortales estatuas?
A tu juventud presentas,
Quando aun no sabe imitarlas,
Las venganzas y adulterios
De las deidades paganas;
¿Y un Pelayo, y un Ramiro,
Y otros mil que con su lanza
Quebrantáron las cadenas
Do gemias aherrojada,
En olvido sempiterno
Será que sumidos yazgan?
¡O mengua! ¡o descuido! ¡o siglo!
¡Quan mal el mérito ensalzas!
Vieran sus débiles nietos
En sus venerables canas
Las virtudes, que les diéron

Nombre eterno , retratadas.
En esto , en esto debieras
Gastar los montes de plata,
Que de las remotas Indias
Traen las flotas a tus playas.
El labrador descendiente
De aquellos que por su espada
Te las diéron , con gemidos
Tristes el pan te demanda.
Su miserable familia
Por lecho tiene unas pajas;
¿Y tú en locas vanidades
Sumas inmensas derramas ?
¡Guarte , que a tu fin caminas!
El velo fatal arranca
De tus ojos , y contempla,
Contempla ¡infeliz! tus llagas.
Esos superfluos tocados,
Esos ayrones y gasas
Que te ofrece el extrangero,
Venenos son que te acaban.

Con la virtud de tus hijos
Los compras: tus recatadas
Antiguas fembras ¡o tiempos!
Del vicio mismo hoy se jactan.
Míralas la frente erguida,
Que altaneras y livianas
Qual vano pavon provocan
La juventud castellana.
Un tiempo fué, quando apénas
En lo interior de su casa
Como deidad la matrona
A sus deudos se mostrara.
Las labores y los hijos,
Entre dueñas y criadas,
Del alba a la media noche
Santamente la ocupaban;
Y hoy del adúltero al lado
Sin seso calles y plazas
Corre impudente, y abona
Las mas viles cortesanas.
Ve tus jóvenes perdidos;

Y dile a su degradada
Naturaleza, que al moro
A la Libia volver haga.
Sus rizadas trenzas mira,
Entre polvos y fragancia
Mentir del sesudo anciano
La cabellera nevada:
Quando del femenil sexô
Usurpan dixes y galas,
Y de fatiga incapaces
Un sol, un soplo los aja.
¿Do están los brazos velludos,
De cuyo esfuerzo temblaran
Un tiempo la Holanda indócil
Y la discorde Alemania?
¿Donde aquellos altos pechos,
Que en las Cortes de la patria
Su dignidad sostenian,
Y sus sanciones dictaban?
¿Donde aquellos de virtudes
Dechado augusto, en la Italia

Eloqüentes defensores
De las vacilantes aras?
¿Donde el candor castellano,
La parsimonia, la llana
Fe, que entre todos los pueblos
Al español señalaban?
Faltó el entusiasmo honroso,
La generosa crianza
Faltó, que un héroe algun dia
De cada hidalgo formara.
El hijo del padre al lado
Aprendió de sus palabras
La prudencia, y de su diestra
El manejo de las armas.
Regir un bridon indócil
Supo, la cota acerada
Sufrir, y de sus vasallos
Responder a las demandas.
Vivió en sus campos entre ellos,
Vió del cultivo las ansias,
Y apreciar supo la espiga

En triste sudor regada.
Ni se desdeñó a su mesa
De admitirlos, que a la usanza
Española los aliños
Peregrinos ignorara.
Con ellos partió sus bienes:
Entró a la humilde cabaña
Del pobre, y trató las bodas
De la inocente aldeana.
Mas hoy todo se ha trocado:
Las ciudades desoladas
Por su nobleza preguntan
Por sus ricos-hombres claman;
Miéntras ellos en la corte,
En juegos, banquetes, damas,
El oro de sus estados
Con ciego furor malgastan.
Y el labrador indigente,
Solo llorando en la parva
Ve el trigo que el mayordomo
Inhumano le arrebata.

¿Son para aquesto señores?
¿Para esto vela y afana
El infelice colono,
Expuesto al sol y la escarcha?
Mejor, sí, mejor sus canes
Y las bestias en sus quadras
Están: ¡Justo Dios! ¿son estas,
Son estas tus leyes santas?
¿Destinaste a esclavos viles
A los pobres? ¿de otra masa
Es el noble que el plebeyo?
¿Tu ley a todos no iguala?
¿No somos todos tus hijos?
¿Y esto ves, y fácil callas?
¿Y contra el déspota injusto
Tu diestra al débil no ampara?
¡Ah! sepan que con sus timbres
Y sus carrozas doradas
La virtud los aborrece,
Y la razon los infama.
Solo es noble ante sus ojos

El que es útil y trabaja,
Y en el sudor de su frente
Su honroso sustento gana.
Ella busca y se complace
Del artesano en la hollada
Familia, y sus crudas penas
Con gemidos acompaña.
Allí el triste se conduele
Del triste, y con mano blanda
Le da el alivio, que el rico
En faz cruda le negara.
Allí encuentra las virtudes;
Allí la muger es casta,
Y los obedientes hijos
Qual un Dios al padre acatan:
Miéntras en los altos techos
La discordia su ímpia rabia
Sopla, y tras la vil codicia
A todos los vicios llama.
La madre al hijuelo tierno
Echa del pecho inhumana,

Partiendo su nombre augusto
Con la triste mercenaria.
En vano las vivas fuentes
De dulce néctar la sabia
Providencia le abre, en vano
La enfermedad le amenaza:
Otros gustos la entretienen;
Salga el tierno infante, salga,
Que sus débiles gemidos
Los adúlteros espantan.
¡Ministros de Dios! ¿que es esto?
¿Como no clamais? ¿la espada
Del anatema terrible
Por que ha de estar en la vayna?
Ciérrese, ciérrese el templo:
Nótese de eterna infamia,
A quien cierra a un inocente
Insensible las entrañas.
De aqui el mal, la peste toda
De las familias, que abrasa
El cuerpo entero, y anuncia

La ruina mas infausta.
El padre busca otros lechos;
El hermano de la hermana
No es conocido; y la madre
Es para entrámbos extraña.
El ciego interes completa
La desunion: él consagra
A Dios la vírgen, ó al necio
Vicioso y rico la enlaza.
Llore la infelice, llore,
Y víctima desdichada
El cuello al yugo someta,
Que qual dogal ha de ahogarla.
Llore, llore; que al hermano
La ley de su alta prosapia
Pasó las rentas, y a ella
La destinó a ser esclava.
¡Justo Carlos! ¿a tu trono
Sus vivas quejas no alcanzan?
Si les prestas blando oido,
¿Por que el remedio nos tardas?

¿Por que estos bárbaros usos
Que a naturaleza ultrajan,
Y a los que ella iguales hizo
Tus leyes no los igualan?
¡O interes! tú solo eres,
Tú de tantos males causa;
Y en su cólera los cielos
En los pechos te sembraran.
Tú forjaste las cadenas
Del hombre; inhumano armas
Contra el padre al hijo, y soplas
De la sedicion la llama.
Tú del mérito modesto
Mofas: al ruin ensalzas,
Y de la verdad divina
El labio angélico callas.
Tú al avaro mercadante,
Sin que muertes, ni borrascas
Pavor en su pecho infundan,
Al vasto océano lanzas.
Tú de dañosas prescas

Su nave en las Islas cargas,
Y con ellas rica en vicios
Tornas con su peste a España.
¡Ay! ¡que a las orillas llega,
Y en ellas suelta entre salvas
Su ponzoña! ¡ay! que la plebe
Bate viéndola las palmas!
Corred, corred, ciudadanos;
Hundid en las ondas bravas
Esos aromas y joyas,
Que lloros mil os preparan.
Perezcan por siempre en ellas,
Y eterno anatema cayga
Sobre el que a fiar tornare
Su vida a una frágil tabla.
Mas tú, siglo corrompido,
Que hasta los cielos levantas
Este interes, y lo adoras
La frente en tierra inclinada;
¿Tu instruccion es esta? ¿el fruto
Este de tus luces sabias?

¡O ciego! el abismo mira
Que baxo los pies te labras.
Imagina, inventa medios
De agotar toda la plata
De las minas: con tus naos
Inmensos piélagos pasa.
Los talleres multiplica;
Manchen la cándida lana
Ricos tintes; el capullo
Con prolixo afan trabaja.
Sustituye cada hora
Trages a trages, que ufana
La beldad vista en oprobrio
De su inocencia y sus gracias.
Pon premios a quien descubra
Un placer nuevo; proclama
Su fatal nombre, y altares
Al luxo execrable alza.
El oro tu afan, el oro
Solo tu afan sea; nada
Sino oro suene; él la guerra.

Sople, la dulce paz haga.
Al taller tus hijos lleve;
De la tierra en las moradas
Hondas los suma; corone
Sus mas heroycas hazañas.
Mas entre ellos ciudadanos
No busques, que sobre el ara
De la patria a morir corran
Con voluntad denodada.
No el pudor busques antiguo,
No el candor en las palabras,
Ni en sus corrompidos pechos
La inocencia, la paz alma.
El disfraz de las virtudes,
Un honor ciego, una falsa
Probidad, la vil lisonja,
La sencillez afectada,
La astucia alzada en prudencia,
Las ceremonias en franca
Amistad, de Dios el nombre
Mofado con impia audacia:

He aqui los letales frutos
De la riqueza ; a esto arrastra
Al corazon el culpable
Ciego ardor de atesorarlas.
Su falaz brillo los pechos
Fascina : del alto alcázar
A la choza humilde a todos
Devora su sed insana.
Todo es ménos que ellas : letras,
Virtud, ascendencia clara,
Mérito, honor, nobles hechos,
Todo humilde las acata.
Las leyes yacen ; sucede
Al amor del bien la helada
Indiferencia ; en la sangre
Del pobre el rico se baña.
Los estados no se precian
Por razon : quien mas estafa
Es mas honrado. La esteva
El labrador desampara;
Vuela a la corte, y vilmente

La libertad aldeana
Vende al rico, y sus virtudes
Con todos los vicios mancha.
El maestro de ellos, bien presto
Mil familias asoladas
Con su industria pestilente,
En oro y grandezas nada.
Elévase y tiraniza;
Funda un estado, y traspasa
Con él sus pérfidas artes
A su progenie bastarda.
Las fortunas son de un dia:
El que es hoy señor, mañana
Mendiga: nada hay estable;
Todos trampean y engañan.
En medio en su trono de oro
La opulencia atroz con vara
De hierro y sañuda frente
Al pueblo agobia tirana.
Y tras ella, sí, tras ella....
¡Ah España infeliz!... en agua

Mi faz se inunda en tan cruda
Memoria, y la voz me falta.
¡Dios bueno! los ojos torna
Compasivo a mi plegaria,
Y echa de mi patria léjos
Los desastres que la amagan.
Y vosotros, castellanos,
Aun hay tiempo: las infaustas
Riquezas rendid gozosos
A la virtud sacrosanta;
Tantos íncl itos abuelos
Recordad; no hagais que baxa
Su progenie sierva sea
De superfluidades vanas.
Tengan vuestros enemigos
Su fatal luxo; mas haya
Honradez y ciudadanos,
Qual hubo un tiempo en España.
Así el anciano decia
Entre lágrimas cansadas,
Y triste a caminar vuelve
Viendo que rie ya el alba.

DISCURSO II.

EL HOMBRE FUÉ CRIADO PARA LA VIRTUD, Y SOLO HALLA SU FELICIDAD EN PRACTICARLA.

¿Nació, Amíntas, el hombre
Para correr tras la apariencia vana,
Qual bestia del placer? ¿o en sed insana
Por las riquezas míseras ardiendo
Del alto Potosí, sin que le asombre
El inmenso oceano,
Turbará en frágil pino
La paz del inocente americano?
¿El roto muro impávido venciendo,
Cubierto el pecho fuerte
De acero y saña, afrontará la muerte
Con faz leda, el camino
Creyéndola engañado
De una gloria sin fin? ¿abandonado

Al ocio muelle, en torpe indiferencia
De su alto ser, de su destino augusto,
Su frágil existencia
Dexará fenecer en sueño injusto?
  Esta llama divina,
Pura, inmortal, que en nuestro pecho arde,
Del supremo Hacedor plácido aliento,
Tampoco al vano alarde
De congojosa ciencia se destina.
Bien puede con osado pensamiento,
De tanto sol luciente
Como ornando su velo transparente
Gira en la noche lúgubre callada,
Medir el velocísimo camino
Solícito el mortal; del mas vecino
Planeta al mas lejano
Pesar la mole inmensa; separada
Ver la luz en el prisma; o de liviano
Ardor herido por el aura leve
Trepar, do apena el águila se atreve.
Puede al lóbrego abismo de la tierra

Calarse, y cuidadoso,
Quanto ser raro y misterioso encierra
Su ancho seno explorar: de las edades
Con ardor fastidioso
Los fastos revolver, vicios, maldades,
Errores mil entronizados viendo;
Y a ti, santa virtud, siempre oprimida,
Pobre, ajada, llorosa;
O bien al pueblo indómito rigiendo
En vela triste, en inquietud medrosa,
De su arbitrio la vida
De miles ver colgada.
¿Que es tanto afan al cabo? amigo, nada.
No, la augusta grandeza
Del hombre no se debe
Fixar sobre apariencias exteriores,
Que a par del justo el delinqüente lleve.
Si iluso de la tierra en la baxeza
Se anonada su espíritu, mejores
Las bestias son; y el Padre soberano,
Avaro con la muestra milagrosa

Que en su excelso consejo producia,
A su imágen gloriosa
Y a quien rey sumo de la tierra hacia,
Pródigo en su bondad abrió la mano
Para dotarlas, sometiendo injusto
A los medios el fin. Jamas se daña
El bruto en sus deseos;
O vanidad, o míseros empleos
Le acibaran el gusto:
El hombre solo en su anhelar se engaña.
A fin mas alto el Númen le destina:
La virtud celestial es su nobleza;
El lodo vil por ella se avecina
A su inefable Autor; su inmensa alteza
Participa dichoso,
Y a el ángel casi igual, con planta pura
Entre sus coros de laurel glorioso
Ceñida en torno la serena frente,
El alcázar de estrellas esplendente
En eterna ventura
Sublime hollará un dia.

¿Y habrá quien tenga en mísera agonía
Su pecho? ¿habrá quien vele?
¿Y por el cetro, o por el fausto anhele?
¿El heredero, el morador del cielo,
De allá al reyno del llanto desterrado,
De su alma patria, de su ser se olvida?
¿El augusto traslado
Del Dios del universo no alza el vuelo
A contemplarle, en la apariencia vana
Fascinado del bien? ¿con sed ardiente
De ser feliz, de la insondable fuente
Huye de eterna beatitud? ¡O insana
Culpable ceguedad! gime sumida
Del vicio el alma en el infame lodo,
Y su nobleza ilusa,
Ménos en lo que debe busca en todo:
Burlarse, y luego a su Hacedor acusa.
¿Mas que, tus graves yerros, ser liviano,
Harán trocar el órden soberano
Que dió el gran Ser a su acabada obra?
No, no; ni en ella tu locura sobra:

Todo en órden está: solo tu pecho
Trastornarlo sacrílego porfía,
Quando una fragua de pasiones hecho
Anhela, teme, espera, desconfía.

De no meditar nace
Nuestro mísero estado. La alta mente,
A quien se dió pesar con ley severa
El bien y el mal, o soñolienta yace,
O en fútiles objetos se derrama,
O del placer llevada süavemente
Del aura lisonjera,
En su imágen falaz ciega se inflama:
El bien mentido qual verdad recibe,
Y de esperanzas y de sombras vive.

A la llorosa puerta de la vida
Nos acecha el Error, con faz doblada
Riendo adulador, en aparente
Mentida luz su túnica esplendente,
Y una ancha senda de otros mil hollada
Con la siniestra mano señalando,
De su diestra fatal la nuestra asiendo

A ir en pos de la turba nos convida.
Luego el vicio nos hacen,
El pecho inocentillo al mal torciendo,
Entre la leche y el arrullo blando
Nuestros padres beber, y se complacen
Si en ellos el hijuelo los remeda.
Vanidad loca, envidia pestilente
De su labio imprudente
Oye el niño, y estudia cuidadoso
Sin saberlo a ser vano y envidioso.
Viene el maestro, y en borrar se afana
Si del primer candor aun algo queda;
Y aplausos coge por su ciencia vana.
De voces sin sentido
Del viejo Lacio nuestra mente abruma,
Y de autores haciendo larga suma,
En su estéril saber desvanecido
Grita, contiende, opina,
De ignorados errores nos instruye,
Nada edifica quanto mas destruye.
¡O instruccion saludable y peregrina!

La sociedad, fecunda engendradora
De culpas, de su mano nos recibe,
Y el veneno mortífero nos dora
Con ilustres exemplos.
En trono de oro al vicio nos presenta,
Que jactancioso sus victorias cuenta
De la inocencia o la virtud mofada.
Consagra el interes, erige templos
Al placer indecente,
Y por ley el delito nos prescribe
Con firme voz de miles aclamada.
Gritan luego irritadas altamente
Las infaustas pasiones, qual rabiosos
Opuestos huracanes,
Del mar en las llanuras despeñados,
Y el triste pecho en míseros cuidados
Dividen y en anhelos congojosos.
Crece la edad y crecen los afanes:
Trepar es fuerza a la escarpada cumbre
Del fastidioso deleznable mando,
Y fuerza atesorar, por mas que gima

El infelice que el hogar me cede.
Quede la tierra, quede
De miles de cadáveres sembrada,
Y brille de laurel mi frente ornada.
¡O! ¡con que ciega furia se desvela!
¡Qual trabaja en su daño el miserable
Mortal! quanto suspira, quanto anhela,
Quanto a gozar llegó tras mil sudores,
Para su mal lo quiere.
Espinas en su seno son las flores:
Un instante agradable
De fugitivo dia
Luengos años le cuesta de agonía,
Si de sus vicios víctima no muere.
Del deseo al dolor, de otro deseo
A otro nuevo dolor sin cesar veo
Correr al hombre triste,
Sin que de tanto error, de tanto daño
Le corrija jamas un desengaño.
¿En que desórden tal, en que consiste?
¿El cielo en verle mísero se place?

¿O libre solo para el vicio nace?
Siguen los seres todos el camino
Por el dedo divino
Del Hacedor marcado. En raudo vuelo
Rodea la tierra al luminar del dia
Con ley igual por la region vacía;
Miles de soles el inmenso cielo
Sin tropezarse cruzan; crece hojoso
Con ornato florido y verde pompa
El árbol en el valle, y sabe diestro
Su alimento escoger, sin que le engañe
Un xugo extraño; en giro bullicioso
La abeja sin maestro
Juega en el prado; y con la débil trompa
Tambien sabe libar sus dulces mieles,
Sin que la flor mas delicada dañe.
Las avecillas fieles
De amor al blando impulso, quando llega
El ordenado plazo,
Unirse saben en felice lazo;
Y quando al ayre tímido se entrega

De su ternura el fruto, ya instruido
De quanto saber debe, surca el viento:
¿Y solo el racional, siempre perdido,
Qual ciego entre tinieblas irá a tiento?
¿Él solo, esclavo de fantasmas vanos,
De funestos errores
Que abortó el interes, siempre en temores
Sus sueños mismos adorando insanos,
Dará en la tumba con su triste vida
Contando en cada paso una caida?
¿El fugaz punto que infeliz alienta,
Él solo, él solo en cólera sangrienta,
En torpe gula, en avaricia infame,
En hinchada altivez y envidia triste
Gemirá aherrojado,
Por mas que austera la razon le clame?
¿En que trastorno tal, en que consiste?
Tú, Amíntas estudioso, que apartado
Del liviano furor con que la corte
Hora se agita, en meditar te empleas
Tranquilo el ser humano al cierto norte

De la alma celestial filosofía,
Y a un tiempo te lastimas y recreas
Con su inconstancia y ceguedad; ¿qual,
dime,
Del abismo de penas en que gime,
La causa puede ser? ¿que estrella impía
Su suerte va de la llorosa cuna
Hasta el sepulcro misero rigiendo?
¿Por que el mal sigue siempre, el bien
queriendo?

En vano acusa la cruel fortuna,
Hacer pretende cómplices en vano
El hombre de su suerte a las estrellas.
El grande Ordenador dexó en su mano
El bien y el mal: las huellas,
Qúal el alado poblador del viento
Que en él se pierde a su placer exênto,
Torna libre do quiera que le agrada;
Y si triunfante rie el apetito
Y gime la razon abandonada,
Suyo ha sido el querer, suyo el delito.

No infame pues a la verdad, si yerra;
Si en pago de una osada confianza
Se ve del mar sorbido con la nave,
Que fué ocasion a su desdicha grave;
Si a desastrada guerra
Le arrebató la voz de la venganza;
O si en lecho de espinas los ardores
De un loco amor expia entre dolores.

Presta, iluso mortal, presta el oido,
Si de verdad anhelas ser dichoso,
De la razon al grito repetido,
Y sus avisos sigue religioso.
Firme le cierra al seductor acento
De las pasiones; ni el antojo vano
Tu pecho agite en soplo turbulento,
O des la rienda a un desear insano.
En tu fugaz carrera
Dexa al cuidado de tu Autor divino,
Pues él solo lo alcanza, tu destino,
Y de su diestra tu ventura espera:
No a agena potestad tu suerte fies,
Ni del vicio en las sendas te desvies.

Porque no gozarás ni el alto empleo,
Ni el fresco rosicler de la hermosura,
Tras quien tan loca tu pasion se afana,
Si lidia en ciega guerra tu deseo:
Que a la rosa mas pura
De su ámbar dulce y delicada grana
Priva el delito, y pavoroso abismo
Hacer puede de horror al cielo mismo.

Entra pues, entra en ti: con detenida
Observacion estúdiate a la lumbre
De la augusta verdad, y cuerdo aprende
Los altos fines de tu presta vida;
Que quien su pecho entiende,
Quien su divino ser, no la grandeza,
Siervo de vil costumbre,
Fixa en el baxo miserable suelo,
Ni a los pies gime de la infiel belleza;
Y libre en el oprobrio y las prisiones,
Con frente excelsa en contemplar se place
Su faz torva al tirano sin rezelo,
Por mas que muerte indigna le amenaze.
Rico en sublimes dones,

Del Padre soberano
La omnipotencia sabia
Te dió a la comun luz: quanto debiera
Para hacerte feliz, tanto pusiera
Pródigo en sus bondades a tu mano.
Tu labio querellándose le agravia
Con necedad sacrílega, y pidiendo
Al ser tuyo atributos no debidos,
La severa razon desatendiendo
Se fatiga en inútiles gemidos.

A esta razon divina ¿que prefieres
De quanto el cielo inmensurable encierra,
Y la ancha faz adorna de la tierra?
¿Todo a tu bien con ella no refieres?
¿Su luz hasta el gran Ser no te encamina,
De ente tanto la escala peregrina
Siguiendo? ¿no le ves en el lumbroso
Ardiente sol sentado?
¿De la nube en el rayo arrebatado?
¿De la noche en el velo misterioso?

Cultiva pues esta razon, si anhelas
Al verdadero bien; a su luz pura

Solícito nivela tus acciones,
Y la ardua senda de virtud emprende;
Que en tu esfuerzo se libra tu ventura.
La pompa por que insano te desvelas
Generoso abandona, y cuerdo entiende
Que el grande, siervo vil de las pasiones,
Por mas que en su palacio suntüoso,
Do a inmensas sumas su fastidio encierra,
El oro le deslumbre y lisonjero
Aparato de tímidos clientes;
Inútil a la tierra,
Si la verdad lo juzga, es el postrero
De todos los vivientes.
Y el pobre, quanto obscuro virtuoso,
Que el pan divide en su sudor regado
En mesa humilde a un esquadron de hijuelos,
De mísera fortuna ultraje triste;
Honor del ser humano, y de los cielos
Por los ángeles mismos acatado,
Con ellos en dichosa compañía,
Por mas, Aminta, que en la tierra asiste,
Goza del claro empíreo la alegría.

EPÍSTOLAS.

EPÍSTOLA I.

AL DR. D. GASPAR GONZALEZ DE CANDAMO, CATEDRÁTICO DE LENGUA HEBREA DE LA UNIVERSIDAD DE SALAMANCA, EN SU PARTIDA A AMÉRICA DE CANÓNIGO DE GUADALAXARA DE MÉXICO.

¿Huyes ¡ay! huyes mis amantes brazos,
Dulce Candamo, y entre el indio rudo,
En sus inmensos solitarios bosques,
Corres a hallar la dicha que en el seno,
En el fiel seno de tu tierno amigo
El cielo y la amistad te guardan solo?
Surta en el puerto la atrevida nave
Ya las velas fugaces libra inquieta
A los alados vientos; ya impaciente
Clama la chusma por levar el ancla:
Lévala, y ciega entre confusas voces,
Salvas y vivas a la mar se arroja.

¡O! tente, tente, nevecilla frágil,
¿Do te abandonas?....despeñado el noto
Mira qual corre la llanura inmensa
Del antiguo océano, infausto padre
De borrascas y míseros naufragios.
Los ciegos vados, los escollos tristes,
Las negras nubes sobre ti apiñadas,
Y tanto monstruo que las aguas cria,
Miedo y horror al ánimo y los ojos,
Mira desventurada: cauta el puerto
Torna a ganar, y dexa de mi amigo
La venturosa carga. Amigo, vuelve,
Vuelve a mis brazos, y con blanda mano
Mis dolorosas lágrimas enxuga.
Tu ciego arrojo a mi sensible pecho
Se las hace verter....¿y mas contigo
Podrán las leyes de un respeto injusto,
La opinion ciega, el pundonor vidroso
Que la ley santa de amistad? ¿no tienes
Aquí quanto te debe hacer felice?
¿Tus hermanas, tu amigo?....¿y de ellos
huyes?

¿Y entre bárbaros dicha hallar esperas?
No ingrato, no; la sólida ventura
Solo mora en las almas inocentes,
Que une amistad con su sagrado lazo.
Solo esta llama celestial los pechos
Hinche de verdaderas alegrías
Y de eterno placer, que en sombra triste
Jamas se anubla de pesar tardío.
Léjos del ciego mundanal tumulto
Tesoros, honras, dignidades, todo
Extraño le es, y con desden lo mira.
¿Aquellas dulces pláticas, aquellas
Íntimas confianzas en q[illegible]a un tiempo
Nuestra razon con la verdad se ornaba,
Y el pecho en entusiasmo generoso
Por la santa virtud movido ardia;
Tantos plácidos dias discurriendo
Del hombre y su alto ser, del laberinto
Obscuro de su pecho y sus pasiones;
Las horas que sentados nos burlaban,
En raudo vuelo huyéndose fugaces,

Ya de un arroyo al márgen, ya perdidos
Por estos largos valles; aquel fuego
Con que tú orabas en favor del pobre,
Víctima triste de enemigos hados,
Y escuchándote yo bañadas vieras
Mis mexillas en lágrimas; las gratas
Disputas nuestras depurando el oro
De la verdad de las escorias viles,
Con que el error y el interes la ofuscan;
Los heroycos propósitos mil veces
Renovados de amarla sobre todo;
Las útiles lecturas, los festivos
Y sazonados chistes... ¿tantas, tantas
Celestiales delicias en mis brazos
Detenerte no pueden? ¿o es que esperas
Hallar acaso en los remotos climas
Otro amigo, otro pecho como el mio?
¡Ah! que ciego te engañas: ¡ah! que triste,
Solo, aburrido, despechado, un dia
En tu abandono y tu dolor perdido
Me has de llamar; y los turbados ojos,

Turbados de llorar, hácia estos valles
Volverás, que hora ¡o mísero! abandonas.
Sí, sí, los volverás; y en ruego inútil
Demandarás el olvidado nombre,
Mis cariños, mis brazos... ¿mas que digo?
Yo le ruego, y la nave ya ligera
Con sesgo vuelo por el mar cerúleo,
Atras dexando la galayca playa,
Hiende las olas espumosas y huye
Como el viento veloz. Querido amigo,
Mitad del alma mia, compañero
De mi florida juventud, amparo,
Consuelo de mis penas, de virtudes
Y de bondad tesoro inagotable,
Y archivo fiel de mis secretos tristes,
Ve en paz, navega en paz próvido el cielo
Sobre ti vele, y tus preciosos dias
Fausto conserve para alivio mio.
Consérvelos el cielo, y de su trono
El Dios clemente que en tu pecho puso
El heroyco propósito, y tu a[illegible]ca

De la querida patria y mi fiel seno,
Por mil afanes y peligros rudos
Alegre sus delicias conmutando,
Con mano poderosa te sostenga
Salvo del mar en el inmenso abismo.
A su benigno omnipotente imperio
Los raudos vientos su furor enfrenen,
Y aquellos solo blandamente soplen
Que al puerto afortunado te encaminen,
Qual corre al grato albergue la paloma
Buscando fiel su nido y sus hijuelos.
Él puede, y yo le ruego fervoroso.
No, mis ardientes súplicas, nacidas
De inocente amistad, de fe sincera,
Vanas ¡ah! no han de ser; que Dios atiende
Grato al que ruega por el dulce amigo,
Y ante su trono subirán mis voces,
Qual el fragrante aroma de las aras
En sacrificio acepto. Y tú que llevas
En mi amigo esta vez, vasto oceano,
Mi vida y la mitad del alma mia

Librada a tus abismos, los [illegible]
Alzadas olas calma, por [illegible]
La frágil navecilla que conduce
Tan sagrado depósito a las playas
Del opulento mexicano imperio.
¡O padre venerando! ayuda fácil
Su arduo camino: mis plegarias oye,
Y léjos dél la tempestad ahuyenta.
Yo agradecido con sonante lira
Te cantaré por siempre de los mares
Supremo rey, y en himnos reverentes
Subiré a las estrellas tus loores.
Favorable le ampara; que no loca
Presuncion, ni osadía temeraria,
O ciega sed de atesorar, mas solo
La tierna humanidad, el vivo anhelo
De conocer al hombre en los distintos
Climas, do sabio su Hacedor le puso,
Y de ilustrarle el zelo generoso
A tan remotas tierras le arrebatan.
Tierras dichosas, que esperais gozarle,

¡Qual os envidio! ¡quanto! ¡y que tesoro
En él os va de probidad sencilla!
¡Ah! ¿por que este tesoro a mí se roba?
¡Ah! si unidos alientan nuestros pechos,
¿Por que mares inmensos nos separan?
¿Como, querido amigo, al lado tuyo
Partícipe no soy de tus fortunas?
¿Por que, por que mi espíritu angustiado
Su inmenso mal no ha de llorar contigo?
¿Por que contigo no verán mis ojos,
No estudiarán ese ignorado mundo,
Tantas incultas peregrinas gentes?
¡O! ¡a tu mente curiosa que de objetos
Van a ostentarse! ¡quanta maravilla
A ese tu génio observador aguarda!
Otro cielo, otra tierra, otros vivientes,
Plantas, árboles, rios, montes, brutos,
Insectos, piedras, minerales, todo,
Todo nuevo y extraño; ¡quan opimos!
¡Que ricos frutos cogerá tu ingenio!
Tu ingenio conducido a la luz clara

De la verdad en su sagaz exâmen.
Sacia la ardiente sed : admira, estudia
La gran naturaleza, y con divina
Mente su inmensidad feliz abarca:
Sus vínculos descubre, y un hallazgo
Sea cada paso que en sus reynos dieres.
Miéntras yo ¡ay Dios! en mi dolor profundo
Perdido y solo, de esperar cansado,
Cansado de sufrir, víctima triste
De mil ciegas pasiones, estos valles
Vago sin seso, y despechado imploro
La muerte con los tristes perezosa.
Que de ti léjos, fiel amigo, ¿donde
Podrá alivio encontrar el alma mia?
¿Donde aquel zelo de mi bien, aquellos
Saludables avisos que templaban
Qual un divino bálsamo las penas
De mi pecho, hállaré?....Mudo y lloroso,
Solitario, aburrido, los felices
Lugares correré, donde solias
Mi gozo hacer un tiempo y mi ventura.

Iré al aula, a tu estancia: el nombre tuyo
Repetiré llamándote, y mi anhelo
Solo hallará por ti dolor y llanto.
¡Ay! ¡en que amarga soledad me dexas!
¡Ay! ¡que tierra! ¡que hombres! la calumnia,
La vil calumnia, el odio, la exêcrable
Envidia, el zelo falso, la ignorancia
Han hecho aquí, lo sabes, su manida;
Y contra mí infeliz se han conjurado.
¿Podré ¡o dolor! entre enemigos tales
Morar seguro sin tu amiga sombra?
¿Podré un mínimo punto haber reposo?
¿Gozar un solo instante de alegría?
Dichoso tú, que su letal veneno
Logras seguro huir, y entre inocentes
Semi-bárbaros hombres las virtudes
Hallarás abrigadas, que llorosas
De este suelo fatal allá voláron.
Disfruta, amigo, sus sencillos pechos:
Bendice, alienta su bondad selvage,
Preciosa mucho mas que la cultura

Infausta, que corrompe nuestros climas
Con brillo y apariencias seductoras.
¡O! ¡quien pudiera sepultarse entre ellos!
¡Quien abrazar su desnudez alegre,
De sí lanzando los odiosos grillos
Con que el error y el interes le atáron!
Entónce la alma paz, el fausto gozo,
El sosiego inocente, el sueño blando,
Y la quietud de mí tan suspirada,
Que hoy de mi seno amedrentados huyen,
A morarle por siempre tornarian.
Tú esta ventura logras: tú felice
En medio de ellos gozarás seguro
Los mas plácidos dias... Ve sus almas,
Su inocencia, el reposo afortunado
Que les dan su ignorancia y su pobreza:
Vélos reir, y envidia su ventura.
Léjos de la ambicion, de la avaricia,
De la envidia cruel, en sus semblantes
Sus almas nuevas se retratan siempre.
Naturaleza sus deseos mide,

La hambre el sustento, su fatiga el sueño:
Su pecho solo a la virtud los mueve;
La tierna compasion es su maestra;
Y una innata bondad de ley les sirve.
La paz, lo necesario, el grato alivio
De una consorte tímida y sencilla,
Una choza, una red, un arco rudo,
Tales son sus anhelos; esto solo
Basta a colmar sus inocences pechos.
¡Afortunados ellos muchas veces!
¡Afortunado tú que entre ellos moras!
Mas ¡ay! si vieres al odioso fraude,
Al impio despotismo el brazo alzado
Sus dias afligir, si a almas de hierro
De su incauta bondad abusar vieses,
Y expilar inhumanas su miseria;
Oponte denodado a estos furores.
Opon, amigo, el pecho firme: clama,
Increpa sin pavor, insta, importuna,
Y tu eloqüente voz suba hasta el trono
Del justo, el bueno, del clemente Carlos.

Ministro eres de paz, a ti encomienda
El sumo Dios la humanidad hollada.
Ceda todo a este empleo generoso,
Quietud, saber...hasta la vida misma:
Que ya próvido el cielo la corona
Texe a tu sien de inmarcesibles flores;
Y despues que hayas sido entre esos pueblos
Claro exemplo de todas las virtudes,
Te ha de tornar a mis amigos brazos,
Do baxo un mismo techo venturosos,
Juntos gozemos nuestros breves dias,
Y en un sepulcro mismo inseparables
Juntos tambien reposen nuestros huesos.
A Dios, Candamo, a Dios: la amistad santa
Distancias no conoce; y de los mares
Y del tiempo a pesar, tuya es mi vida...
A Dios, a Dios...¡amarga despedida!...

EPÍSTOLA II.

EL FILÓSOFO EN EL CAMPO.

Baxo una erguida populosa encina,
Cuya ancha copa en torno me defiende
De la ardiente canícula, que ahora
Con rayo abrasador angustia el mundo,
Tu obscuro amigo, Fabio, te saluda.
Miéntras tú en el guardado gabinete
A par del feble ocioso cortesano
Sobre el muelle sofá tendido yaces,
Y hasta para alentar vigor os falta;
Yo en estos campos por el sol tostado
Lo afronto sin temor, sudo y anhelo,
Y el soplo mismo que me abrasa ardiente,
En plácido frescor mis miembros baña.
Miro y contemplo los trabajos duros
Del triste labrador, su suerte esquiva,
Su miseria, sus lástimas, y aprendo

Entre los infelices a ser hombre.

¡Ay Fabio! ¡Fabio! en las doradas salas
Entre el brocado y colgaduras ricas,
El pie hollando entallados pavimentos,
¡Que mal al pobre el cortesano juzga!
¡Que mal en torno la opulenta mesa,
Cubierta de mortíferos manjares,
Cebo a la gula y la lascivia ardiente,
Del infeliz se escuchan los clamores!
Él carece de pan: cércale hambriento
El largo enxambre de sus tristes hijos,
Esquálidos, sumidos en miseria,
Y acaso acaba su doliente esposa
De dar ¡ay! a la patria otro infelice,
Víctima ya de entónces destinada
A la indigencia, y del oprobrio siervo;
Y allá en la corte en luxo escandaloso
Nadando en tanto el sibarita, rie
Entre perfumes y festivos bríndis,
Y con su risa a su desdicha insulta.

Insensibles nos hace la opulencia,

Insensibles nos hace. Ese bullicio,
Ese contino discurrir veloces
Mil doradas carrozas, paseando
Los vicios todos por las anchas calles;
Esas empenachadas cortesanas,
Brillantes en el oro y pedrería
Del cabello a los pies; esos teatros,
De luxo y de maldades docta escuèla,
Do un ocioso indolente a llorar corre
Con Andrómaca o Zaida, miéntras sordo
Al anciano infeliz vuelve la espalda,
Que a sus umbrales su dureza implora;
Esos palacios y preciosos muebles,
Que porque mas y mas se infle el orgullo,
Labró prolixo el industrioso China;
Ese incesante hablar de oro y grandezas;
Ese anhelo pueril por los mas viles
Despreciables objetos, nuestros pechos
De diamante tornáron: nos fascinan,
Nos embebecen, y olvidar nos hacen
Nuestro comun orígen y miserias.

Hombres ¡ay! hombres, Fabio amigo, somos,
Vil polvo, sombra, nada; y engreidos
Qual el pavon en su soberbia rueda,
Deidades soberanas nos creemos.
¿Que hay, nos grita el orgullo, entre el colono
De comun y el señor? ¿tu generosa
Antigua sangre, que se pierde obscura
Allá en la edad dudosa del gran Nino,
Y de héroe en héroe hasta tus venas corre,
De un rústico a la sangre igual seria?
El potentado distinguirse debe
Del tostado arador: próvido el cielo
Así lo ha decretado, dando al uno
El arte de gozar, y un pecho al otro
Llevador del trabajo. Su vil frente
Del alba matinal a las estrellas
En amargo sudor los surcos bañe,
Y exhausto espire a su señor sirviendo;
Miéntras él coge venturoso el fruto
De tan improbo afan, y uno devora

La substancia de mil. ¡O quanto! ¡quanto
El pecho se hincha con tan vil lenguage!
Por mas que grite la razon severa,
Y la cuna y la tumba nos recuerde,
Con que justa natura nos iguala.

No, Fabio amado, no; por estos campos
La corte olvida: ven y aprende en ellos,
Aprende la virtud. Aquí en su augusta
Amable sencillez, entre las pajas,
Entre el pellico y el honroso arado
Se ha escogido un asilo, compañera
De la sublime soledad: la corte
Las puertas le cerró, quando entre muros
Y fuertes torreones y hondas fosas,
De los fáciles bienes ya cansados
Que en mano liberal su Autor les diera,
Los hombres se encerráron imprudentes,
La primitiva candidez perdiendo.
En su abandono triste religiosas
En sus chozas pajizas la abrigáron
Las humildes aldeas, y de entónces

Con simples cultos fieles la idolatran.
Aquí los dulces, los sagrados nombres
De esposo, padres, hijos, de otro modo
Pronuncia el labio y suenan al oido.
Del entrañable amor seguidos siempre
Y del tierno respeto, no tu vista
Ofenderá la escandalosa imágen
Del padre injusto que la amable vírgen,
Hostia infeliz arrastra al santuario,
Y al sumo Dios a su pesar consagra
Por correr libre del burdel al juego.
No la del hijo indigno que pleytea
Contra el autor de sus culpables dias
Por el ciego interes: no la del torpe
Impudente adulterio en la casada
Que en venta al Prado sale, convidando
Con su mirar y quiebros licenciosos
La loca juventud, y al vil lacayo,
Si el amante tardó, se prostituye:
No la del impio abominable nieto
Que cuenta del abuelo venerable

Los lentos dias, y al sepulcro quiere
Llevarlo en cambio de su rica herencia.
Del publicano el corazon de bronce
En la comun miseria; de la insana
Disipacion las dádivas; y el precio
De una ciudad en histriones viles:
Ni en fin de la belleza melindrosa
Que jamas pudo ver sin desmayarse
De un gusanillo las mortales ansias;
Empero hasta el patibulo sangriento
Corre, y con faz enxuta y firmes ojos
Mira el trágico fin del delinqüente,
Lívida faz y horribles convulsiones,
Quizá comprando este placer impio,
La atroz curiosidad te dará en rostro.
  Otras, otras imágenes tu pecho
Conmoverán a la virtud nacido.
Verás la madre al pequeñuelo infante
Tierna oprimir en sus honestos brazos,
Miéntra oficiosa por la casa corre
Siempre ocupada en rústicas tareas,

Ayuda, no rüina del marido.
El cariño verás con que le ofrece
Sus llenos pechos, de salud y vida
Rico venero: jugueton el niño
Rie y la halaga con la débil mano,
Y ella enloquece en fiestas cariñosas.
La adulta prole en torno le acompaña
Libre, robusta, de contento llena;
O empezando a ser útil, parte en todo
Tomar anhela, y gózase ayudando
Con manecillas débiles sus obras.
En el vecino prado brincan, corren,
Juegan y gritan un tropel de niños
Al raso cielo, en su agradable trisca
A una pintados en los rostros bellos
El gozo y las pasiones inocentes,
Y la salud en sus mexillas rubias.
Léjos del segador el canto suena,
Entre el blando balido del rebaño
Que el pastor guia a la pacible sombra,
Y el sol sublime en el cenit señala

El tiempo del reposo: a casa vuelve
Bañado en sudor útil el marido
De la era polvorosa; la familia
Se asienta en torno de la humilde mesa.
¡O, si tan pobre no la hiciese el yugo
De un mayordomo bárbaro, insensible!
Mas expilada de su mano avara,
De Tántalo el suplicio verdadero
Aquí, Fabio, verias: los montones
De mies dorada enfrente estan mirando,
Premio que el cielo a su afanar dispensa,
Y hasta de pan los míseros carecen.
Pero ¡o buen Dios! del rico con oprobrio,
Su corazon en reverentes himnos
Gracias te da por tan escasos dones,
Y en tu entrañable amor constante fia.

Y miéntras charlan corrompidos sabios
De ti, Señor, para ultrajarte, o necios
Tu inescrutable ser definir osan
En aulas vocingleras; él contempla
La hoguera inmensa de ese sol, tu imágen

Del vago cielo en la extension se pierde,
Siente el aura bullir que de sus miembros
El fuego templa y el sudor copioso,
Goza del agua el refrigerio grato,
Del árbol que plantó la sombra amiga,
Ve de sus padres las nevadas canas,
Su casta esposa, sus queridos hijos;
Y en todo, en todo con silencio humilde
Te conoce, te adora religioso.

¿Y estos miramos con desden? ¿la clase
Primera del estado, la mas útil,
La mas honrada, el santuario augusto
De la virtud y la inocencia hollamos?
¿Y para que? Para exponer tranquilos
De una carta al azar; o noble empleo
Del tiempo y la riqueza! lo que haria
Próvido heredamiento a cien hogares;
Para premiar la audacia temeraria
Del rudo gladiador, que a sus pies dexa
El útil animal que el corvo arado
Para sí nos demanda; los mentidos

Halagos, con que artera al duro lecho
Desde sus brazos del dolor nos lanza
Una impudente cortesana; el raro
Saber de un peluquero, que elevando
De gasas y plumage una alta torre
Sobre nuestras cabezas, las rizadas
Hebras de oro en que ornó naturaleza
A la beldad, afea y desfigura
Con su indecente y asquerosa mano.
¡O oprobrio! ¡o vilipendio! ¿La matrona,
La casta vírgen, la viuda honrada
Ponerse pueden al lascivo ultraje,
A los toques de un hombre? ¿esto toleran
Maridos castellanos? ¿el ministro
De tan fea indecencia por las calles
En brillante carroza y como en triunfo
Atropellando al venerable anciano,
Al sacerdote, al militar valiente,
Que el pecho ornado con la cruz gloriosa
Del patron de la patria a pie camina?
Huye, Fabio, esa peste. ¿En tus oidos

De la indigencia mísera no suena
El suspirar profundo, que hasta el trono
Sube del sumo Dios? ¿su justo azote
Amenazar no ves? ¿no ves la trampa,
El fraude, la baxeza, la insaciable
Disipacion, el deshonor lanzarlos
En el abismo del oprobrio, donde
Mendigarán sus nietos infelices,
Con los mismos que hoy huellan confundidos?
Húyelos, Fabio; ven y estudia dócil
Conmigo las virtudes de estos hombres
No conocidos en la corte. Admira,
Admira su bondad: ve qual su boca,
Llana y veraz como su honrado pecho,
Sin velo, sin disfraz, celebra, increpa
Lo que aplaudirse o condenarse debe.
Mira su humanidad apresurada
Al que sufre acorrer: de boca en boca
Oirás volar, o Fabio, por la corte
Esta voz celestial; mas no imprudente
En las almas la busques, ni entre el rico

Brocado blando abrigo al infelice.
Solo los que lo son, solo en los campos
Los miserables condolerse saben,
Y dar su pan al huérfano indigente.
Goza de sus sencillas afecciones
El plácido dulzor, el tierno encanto.
Ve su inocente amor con que energía,
Con que verdad en rústicos conceptos
Pinta sus ansias a la amable virgen
Que en mutua llama honesta le responde,
El bello rostro en púrpura teñido;
Y bien presto ante el ara el yugo santo
El nudo estrechará, que allá forjaran
Vanidad, o ambicion, y aquí la dulce
Naturaleza, el trato y la secreta
Simpática virtud que unió sus almas.
Sus amistades ve: desatendida
En las altas ciudades, do enmudece
Su lengua el interes, solo en el rudo
Labio del labrador oirás las voces
De esta santa virtud, gozarás pura

Solo en su seno su celeste llama.
Admira su paciente sufrimiento;
O mas bien llora viéndolos desnudos,
Esquálidos, hambrientos, encorvados,
Lanzando ya el suspiro postrimero
Baxo la inmensa carga que en sus hombros
Puso la suerte. El infeliz navega,
Dexa su hogar, y afronta las borrascas
Del inmenso oceano, porque el luxo
Sirva a tu gula y su soberbio hastío
El café que da Moca perfumado,
O la canela de Ceylan. La guerra
Sopla en las almas su infernal veneno,
Y en insano furor las cortes arden;
Desde su esteva el labrador paciente,
Llorando en torno la infeliz familia,
Corre a la muerte, y en sus duros brazos
Se libra de la patria la defensa.
Su mano apoya el anhelante fisco;
La aciaga mole de tributos carga
Sobre su cerviz ruda, y el tesoro

Del estado hinche de oro la miseria.
Ese sudor amargo con que innnda
Los largos surcos que su arado forma,
Es la dorada espiga que alimenta,
Fabio, del cortesano el ocio muelle.
Sin ella el hambre pálida.... ¿Y osamos
Desestimarlos? Al robusto seno
De la fresca aldeana confiamos
Nuestros débiles hijos, porque el dulce
Nectar y la salud felices hallen,
De que los privan nuestros feos vicios;
¿Y por vil la tenemos? ¿Al membrudo
Que nos defiende, injustos desdeñamos?
Sus útiles fatigas nos sustentan;
¿Y en digna gratitud con pie orgulloso
Hollamos su miseria, porque al pecho
La roxa cinta, o la brillante placa,
Y el ducal manto para el ciego vulgo
Con la clara Excelencia nos señalen?
¿Que valen tantas raras invenciones
De nuestro insano orgullo, comparadas

Con el monton de sazonadas mieses
Que crió el labrador ? Débiles niños
Fináramos bien presto en hambre y lloro
Sin el auxîlio de sus fuertes brazos.

FIN.

ÍNDICE
DE LAS POESÍAS
DEL TOMO SEGUNDO.

A

B

D

E

F

H

P

Q

S

T

V

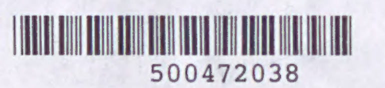
Y

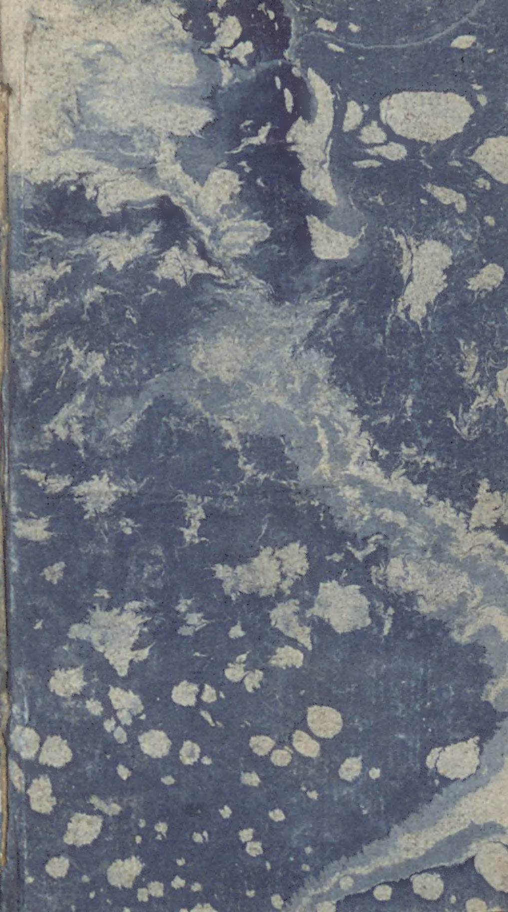
ERRATAS.

Pág.	Lín.	Dice:	Léase:
61.	12.	*huyó*	*huyo*
104.	1.	*embriaga*	*embriaga?*
324.	1.	*neveccilla*	*navecilla*

NOTA. Todas las páginas desde la 183 llevan una decena mas de lo que les corresponde.








POESIAS
DE
MELENDEZ
2


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm